Crónicas del Imaginario

Donde Salamina Sueña lo Imposible



Eleuterio Gómez Valencia

Esta recopilación de crónicas que hoy conforman este libro es mucho más que un conjunto de palabras hiladas en el tiempo. Es, ante todo, una manifestación de amor. Amor por mi historia, por mis raíces y por la sangre que me dio identidad.

Está escrita en memoria de mis padres, Cira y Hernando, pilares de mi existencia, ejemplo silencioso de dignidad, trabajo y honra. En ellos confluyeron dos vertientes poderosas: el hijo y descendiente de fundadores, y la hija de colonos antioqueños, herederos del temple que abrió montañas y sembró pueblos donde antes solo había horizonte y silencio. De ellos aprendí que el apellido no es un adorno, sino una responsabilidad; que la historia no es pasado muerto, sino brújula viva.

A mis queridos hermanos, Elena y Efraín, compañeros de origen y de memoria, con quienes comparto el orgullo de llevar este apellido colonizador, forjado entre trochas, esfuerzo y fe. Juntos somos custodios de una herencia que no se mide en bienes materiales, sino en valores transmitidos con el ejemplo.

A mis hijos y a mis nietos, les dejo estas páginas como quien deja una carta para el futuro. Tal vez cuando pasen los años y la vida los lleve por caminos lejanos, encuentren aquí el eco de su origen. La única herencia verdadera que puedo ofrecerles no está en posesiones ni en títulos, sino en el honor de portar con orgullo este apellido de fundadores de pueblos y de linajes construidos con trabajo y coraje.

Que nunca olviden de dónde vienen. Que comprendan que cada generación recibe una antorcha que no debe apagarse. Y que el mayor legado no es la tierra heredada, sino la dignidad con que se la honra.

Con todo mi amor.

Eleuterio Gómez V.

Crónicas del Imaginario - Donde Salamina sueña lo Imposible
© Eleuterio Gómez Valencia
Editorial Arte Libros y Café
https://artelibrosycafe.com
Neuquén - Neuquén - Argentina

© Todos los Derechos Reservados - Prohíbida su reproducción total y/o parcial o ser compartida via internet, sin permiso del autor.

Indice

Presentación 5
Donde Salamina Sueña lo Imposible 8
Prólogo 9
Capitulo II 17
Capítulo III 20
Epílogo 23
De Arma hasta Manizales 25
Capitulo I 26
Capítulo II 30
Salamina, joya andina 37
Garrita, Dorian y la neblina que escribe memorias en Salamina 42
Salamina donde la niebla fundo patria que brotó del monte 51
Linaje, memoria y misión 59
Marulanda 64
La Hilaridad del Alma 69
Crónicas de Arrieria 74
Memoria, caminos y cultura 75
Los arrieros que fundaron pueblosconbueyes, mulas y sueños 81
El país que cabía en una recua 87
El motor de cuatro patas 100
La Mula 104
La enjalma 109
Donde el tiple encendía el camino 114
Crónica de fondas y arrieros 114
El tiple 122

El carriel 127
La mulera, la alpargata y la cotiza 131
El mercado de la colonización antioqueña 135
La voz del culebrero 142
El Cacharrero 149
Memoria viva de los caminos que fundaron el Eje cafetero 154
Crónicas Varias y del Alma 156
Presentación 157
Herencia de grandeza 158
Del Silencio al Canto 161
Las mujeres de la Colonización Antioqueña 161
La arquitectura de tabla parada 170
El Final 177

Presentación

Hablar de Donde Salamina sueña lo imposible es hablar de un libro que no se acomoda en los moldes rígidos de la historiografía académica, ni pretende ser un tratado exhaustivo de fechas y documentos. Este libro nace de otro lugar: del corazón de un cronista cultural que, desde sus raíces campesinas y su linaje familiar, se atreve a contar lo que la historia oficial no alcanza a decir. Aquí no se trata de repetir datos, sino de darles alma; no de enumerar próceres, sino de devolverles humanidad; no de levantar estatuas, sino de bajarlas del pedestal para que vuelvan a caminar entre nosotros.

La historia, cuando se mira desde la distancia fría de los archivos, suele perder la voz de quienes la vivieron. En cambio, la crónica periodística sentida, motivadora y profundamente humana que propone Eleuterio Gómez Valencia nos devuelve esa voz. Nos recuerda que detrás de cada acta de fundación hubo hombres que dudaron, mujeres que tejieron silencios, niños que soñaron futuros imposibles. Nos recuerda que los pueblos no se construyen solo con decretos, sino con relatos, con memorias compartidas, con gestos que se repiten generación tras generación.

Este libro es, en esencia, un acto de pertenencia crítica. El autor no es historiador ni pretende serlo. Es cronista, heredero de una tradición oral y cultural que sabe que la verdad no siempre está en los documentos, sino en las grietas de la memoria. Por eso, cada página se mueve en esa frontera porosa entre lo real y lo imaginado, entre lo que ocurrió y lo que pudo haber ocurrido. Es allí donde aparece el realismo mágico, no como artificio literario, sino como modo natural de narrar lo que en Salamina siempre se entendió sin necesidad de nombrarlo.

Eleuterio lo dice con claridad: estas crónicas son fruto del estudio, de la investigación y de la lectura de muchos de los grandes escritores que han dado su tierra buena. Pero, sobre todo, son fruto de su alma de cronista cultural, de su mirada campesina que sabe que la historia no se mide solo en batallas o decretos, sino en silencios, en intuiciones, en gestos cotidianos que sostienen la vida.

Escribir, en este caso, no es fijar una versión definitiva, sino abrir un espacio donde la memoria, la imaginación y la historia puedan sentarse a la misma mesa.

El realismo mágico, género que aprendimos de nuestro Nobel Gabriel García Márquez, se convierte aquí en herramienta para dar cuenta de lo que la razón no explica. Casas que recuerdan, estatuas que escuchan, objetos que cruzan el tiempo: no hay que creer literalmente en ellos, basta con aceptar que los pueblos guardan capas superpuestas de sentido, y que algunas solo se revelan cuando la lógica se relaja. En ese sentido, este libro no exige fe, exige sensibilidad. El lector está invitado no a comprobar, sino a habitar. A caminar por estas páginas como se camina por una calle antigua: atento a los detalles, dispuesto a perderse, consciente de que no todo necesita explicación.

Donde Salamina sueña lo imposible es también un gesto íntimo. El autor lleva el mismo nombre que sus antepasados fundadores, y entiende que escribir es continuar una conversación interrumpida. No se trata de cerrar esa conversación, sino de prolongarla, de darle nuevas voces, de permitir que las preguntas abiertas sigan resonando. Por eso, estas crónicas no dicen "así fue", sino "así pudo sentirse". No buscan certezas, sino raíces. No buscan imponer una versión, sino multiplicar las versiones posibles.

La lectura de este libro es agradable porque está ceñida a la historia, pero no se limita a ella. Es historia sentida, historia narrada con humanidad, historia que se atreve a incorporar la duda, el deseo, la fragilidad. Es historia que se convierte en literatura, que se abre al lector como un territorio donde lo real y lo imaginado conviven sin conflicto. Es historia que se vuelve canto, que se vuelve memoria viva, que se vuelve homenaje a un pueblo que no se rinde ni cuando lo rinde la tierra.

El lector encontrará aquí alcaldes que escribían poemas en secreto, abogados que sabían que la justicia se negociaba también con los muertos, sacerdotes que dejaban espacios en blanco en sus manuscritos porque entendían que el silencio también documenta. Encontrará mujeres tejedoras que recibieron encargos imposibles, viajeros que llegaron con manuscritos en lenguas desconocidas, niños que cruzaron siglos al tocar una taza de café. Encontrará, en suma, un pueblo que no se agota en su fundación, sino que se expande hacia adentro, multiplicando sus versiones.

Este libro es también un homenaje a la tradición campesina, a esa raíz que sostiene la cultura y la memoria. Porque el campesino, como el cronista, sabe que la vida no se mide en títulos ni en diplomas, sino en surcos abiertos, en semillas sembradas, en historias contadas al calor del fogón. El campesino es memoria viva, y el cronista cultural es su voz escrita. Ambos sostienen el mundo sin pedir aplausos, ambos nos recuerdan que la grandeza está en lo humilde.

Nelson Alberto Castro[1]

1 Nelson Alberto Castro - San Martín - Buenos Aires, 1955. Es un destacado periodista argentino, presentador de televisión y escritor, además de ser médico neurólogo de formación. Se graduó con honores de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA y ha ejercido su profesión médica durante varios años, mezclando su carrera como periodista con sus conocimientos en salud. Ha sido galardonado con el Premio Konex de Platino en dos ocasiones, en 1997 y 2007, lo que refleja su destacada trayectoria en el periodismo argentino.

Crónicas del Imaginario
Donde Salamina Sueña lo Imposible

Prólogo

"Hay nombres que no se heredan: regresan".

Vuelven como vuelven ciertas preguntas, ciertos gestos, ciertas formas de mirar el mundo que uno no aprende, sino que reconoce. Mi nombre es uno de esos. No lo elegí. Me eligió a mí, con la paciencia de las cosas antiguas que saben esperar su turno.

Me llamo Eleuterio Gómez, como mi abuelo, uno de los fundadores de Marulanda, y como su abuelo antes que él, Eleuterio Gómez también, bisnieto de aquel primer José Nicolás Gómez que aparece en los documentos de la fundación de Salamina. Durante años, ese dato fue apenas una nota familiar, un relato repetido en sobremesas, una anécdota respetable pero lejana. No era una carga ni un orgullo: era una sombra discreta. Solo con el tiempo entendí que los nombres, en ciertos pueblos, no se repiten por casualidad.



La caravana cruza el paisaje andino como lo hicieron los primeros pobladores de Salamina: cargando sueños, semillas y herramientas. Estos personajes representan a los pioneros de la colonización antioqueña, hombres y mujeres que domesticaron la montaña en el siglo XIX. Su travesía fundacional dio origen a una identidad marcada por el trabajo, la memoria y la tierra. Fotografía Perplexity AI

Este libro no nace de una investigación histórica, aunque dialoga con la historia. Tampoco pretende corregirla ni completarla. Nace de una sospecha más íntima y más antigua: la de que los pueblos no están hechos solo de hechos, sino de lo que esos hechos no alcanzaron a decir. De silencios, de deseos inconclusos, de decisiones que se tomaron por intuición y no por razón, de amores que no dejaron rastro en los archivos, pero sí en el aire.

Salamina y Marulanda no son aquí simples escenarios. Son entidades vivas, territorios que recuerdan incluso cuando sus habitantes olvidan. Lugares donde el tiempo no se comporta de manera lineal, donde los nombres regresan porque algo quedó pendiente, donde el pasado no está atrás, sino alrededor. Crecí escuchando historias que no siempre coincidían entre sí, versiones distintas de un mismo origen, relatos que cambiaban según quién los contara. Con los años entendí que esa contradicción no era un error: era una forma de verdad.

Crónicas del Imaginario" es un libro que se mueve en esa zona porosa donde la historia y la ficción dejan de oponerse. Los personajes que aparecen —alcaldes, fundadores, sacerdotes, abogados, curanderas, viajeros— existieron, en muchos casos, y en otros son la suma de varias existencias posibles. Los hechos no siempre ocurrieron como aquí se narran. Y, sin embargo, pudieron haber ocurrido así, que es otra forma de realidad. El realismo mágico no aparece como un artificio literario, sino como un modo natural de contar lo que en estos pueblos siempre se entendió sin necesidad de nombrarlo.

Escribo desde un lugar particular: no desde la nostalgia pura ni desde la distancia académica, sino desde una pertenencia crítica. No busco glorificar a los fundadores ni convertirlos en estatuas de bronce más pulidas que las que ya existen. Al contrario: intento bajarlos del pedestal, devolverles la duda, el deseo, la fragilidad. Mostrar que antes de ser próceres fueron hombres que se equivocaron, que amaron en silencio, que soñaron futuros que no llegaron a ver. Hombres que, quizás sin saberlo, dejaron preguntas abiertas para que otros —mucho después— intentáramos responderlas escribiendo.

Este libro tampoco exige fe. No hay que creer literalmente en casas que recuerdan, estatuas que escuchan o objetos que cruzan el tiempo. Basta con aceptar que los pueblos guardan capas superpuestas de sentido, y que algunas solo se revelan cuando la razón se relaja. El lector no está invitado a comprobar nada, sino a habitar. A caminar por estas páginas como se camina por una calle antigua: atento a los detalles, dispuesto a perderse, consciente de que no todo necesita explicación.

Hay una razón más íntima para este prólogo. Al llevar el mismo nombre que quienes fundaron, gobernaron o caminaron estos territorios antes que yo, entendí que escribir también es una forma de conversación interrumpida. No escribo para cerrar esa conversación, sino para continuarla. Estas crónicas no dicen "así fue", sino "así pudo sentirse". No buscan fijar una versión definitiva, sino abrir un espacio donde la memoria, la imaginación y la historia puedan sentarse a la misma mesa sin imponerse unas a otras.

Quien lea estas páginas no encontrará certezas históricas en el sentido estricto, pero sí encontrará raíces. Y quizá algo más inquietante: la sensación de que los pueblos, como los nombres, no nos pertenecen del todo. Somos nosotros quienes les pertenecemos, aunque tardemos una vida entera en comprenderlo.

Este libro es, en el fondo, un gesto de escucha.

A Salamina.

A Marulanda.

A los que estuvieron.

A los que vendrán.

Y a esa voz tenue que insiste, desde algún lugar entre la realidad y el cuento, en que todavía hay historias que merecen ser contadas.

Capitulo I
Salamina, el pueblo donde la memoria fundó antes que la historia

En lo alto de la cordillera central, donde el aire parece aprender a caminar despacio y las nubes bajan cada tarde a posar la frente sobre los tejados, existe un pueblo que no terminó de decidir si pertenece al mundo de los vivos o al de los recuerdos. Salamina no fue fundada: fue recordada antes de existir, como si alguien la hubiera soñado con tanta fuerza que el sueño terminó por volverse madera, tapia, campana, camino de piedra. Quien llega por primera vez cree que entra a un lugar quieto, casi detenido; quien se queda descubre que el pueblo se mueve, pero lo hace hacia adentro, hacia capas profundas donde el tiempo no obedece a los relojes sino a la memoria.

Las calles rectas de Salamina no conducen solo de un punto a otro. Conducen hacia atrás. Cada balcón florecido es una fecha sin escribir, cada puerta antigua guarda el eco de una conversación que no terminó. Las casas de bahareque, con sus muros ligeramente vencidos por la edad, respiran por las noches como animales mansos: crujen, suspiran,



Hombres recios avanzan entre montañas, ríos y neblina, símbolos vivos de los fundadores de Salamina. Fueron arrieros y colonos de la Antioquia del siglo XIX que, a fuerza de mula, machete y fe, abrieron caminos imposibles. De esa marcha lenta y obstinada nació el pueblo, fruto directo de la colonización antioqueña de 1800. Fotografía Perplexity AI

recuerdan. No son estructuras: son archivos vivos, y a veces, cuando el viento baja desde la montaña con un silbido particular, parece que todas se pusieran de acuerdo para contar lo mismo, aunque cada una lo haga desde un ángulo distinto.

La historia dice que Salamina fue fundada en 1825, y que su primer orden llegó de la mano de José Nicolás Gómez Zuluaga, uno de esos hombres a los que la posteridad reduce a un nombre y una fecha, pero que en vida cargaron con dudas, temores y una fe obstinada en que el mundo podía organizarse a fuerza de voluntad. Fue la primera autoridad legal del poblado, dicen los documentos. Lo que no dicen es que José Nicolás hablaba solo cuando caminaba de madrugada, ni que juraba escuchar voces en la neblina, voces que le señalaban dónde clavar el próximo poste o levantar la siguiente casa. Nunca supo si aquellas voces venían de Dios, de la montaña o de su propio cansancio, pero les obedecía con una devoción silenciosa.

José Nicolás Gómez Zuluaga no fundó un pueblo: fundó una estirpe, una manera de estar en el mundo. Sus hijos aprendieron pronto que en Salamina nada era del todo firme: la tierra se deslizaba, el clima cambiaba de humor en cuestión de minutos y las noticias tardaban semanas en llegar, siempre incompletas, siempre deformadas. De ese aprendizaje nació Eleuterio Gómez, su hijo, que creció entendiendo que gobernar un lugar así no consistía en imponer reglas, sino en escuchar los murmullos del entorno. Eleuterio fue alcalde cuando aún se confundían las funciones civiles con las espirituales, cuando una decisión política podía depender tanto del estado del cielo como del humor de la plaza.

Eleuterio Gómez caminaba despacio, como si temiera despertar algo dormido bajo las piedras. Decían que sabía reconocer el sonido de los pasos: distinguía al campesino del comerciante, al forastero del hijo del pueblo, incluso podía adivinar si alguien venía con pena o con esperanza. En las noches sin luna, se sentaba en el umbral de su casa a mirar el vacío y murmuraba nombres que nadie más escuchaba. Algunos juraban que hablaba con su padre muerto; otros, que ensayaba discursos que jamás pronunciaría. La verdad, como casi todo en Salamina, quedó suspendida en una zona intermedia donde ninguna versión se impuso del todo.

El tiempo pasó como pasa en los pueblos de montaña: sin apuro, pero sin pausa. Llegaron los nietos, y con ellos una nueva forma de mirar. Ramón María Gómez heredó no solo el apellido, sino una inquietud que lo hacía sentir extranjero incluso en su propia casa. Ramón María tenía la costumbre de escribir listas: de nombres, de fechas, de sueños que no se atrevía a contar en voz alta. En una de esas listas anotó, sin saber

por qué, el nombre de un lugar que aún no existía: Marulanda. Años después, cuando su propio nieto, también llamado Eleuterio Gómez, fundara ese poblado junto a Cosme Marulanda, muchos dirían que la historia se repite. Nadie sospechó que, en realidad, la historia se estaba obedeciendo a sí misma.

Salamina siempre tuvo esa forma extraña de producir duplicaciones: nombres que regresan, gestos que se repiten, decisiones que parecen tomadas de antemano. No como una maldición, sino como un ritmo. El bisnieto Eleuterio creció escuchando relatos sobre el origen del pueblo, pero nunca le interesaron las fechas exactas. Lo que lo inquietaba eran las zonas borrosas: esos momentos en que nadie recordaba con precisión quién decidió qué, o por qué un camino se torció en lugar de seguir recto. Cuando junto a Cosme Marulanda emprendió la fundación del nuevo poblado, lo hizo con la certeza —nunca confesada— de que estaba cumpliendo una instrucción antigua, escrita en algún lugar que no era papel.

Cosme Marulanda, general, alcalde, estatua futura, fue en vida un hombre menos solemne de lo que luego sugeriría el bronce. Tenía ataques de risa en momentos inapropiados y una melancolía persistente que lo llevaba a permanecer largo rato en silencio, mirando la plaza como si esperara que algo sucediera. En Salamina, Cosme aprendió que los pueblos no se gobiernan solo con decretos, sino con relatos compartidos. Por eso, cada vez que podía, inventaba pequeñas historias sobre el origen de una casa o el carácter de un árbol, y las repetía hasta que los demás empezaban a creerlas. Años después, nadie recordaba quién las había inventado; simplemente formaban parte del paisaje.

La plaza principal fue, desde el principio, el corazón de esa circulación de historias. Allí se cruzaban los comerciantes, los sacerdotes, los viajeros y los niños que jugaban sin saber que estaban pisando el centro exacto de una trama mayor. La estatua que hoy se alza inmóvil —inspirada en uno de aquellos próceres tempranos— no siempre estuvo ahí. Antes de su instalación, el lugar estaba ocupado por un árbol frondoso que algunos consideraban sagrado. Decían que bajo su sombra se habían tomado decisiones cruciales, y que, al talarlo, el pueblo quedó ligeramente desorientado. Desde entonces, la estatua escucha, noche tras noche, los murmullos de quienes pasan, y guarda silencio por pura cortesía.

La iglesia de la Inmaculada Concepción se levanta como una presencia que observa más de lo que impone. Sus muros han escuchado confesiones que jamás llegaron al confesionario y plegarias formuladas sin palabras. Entre sus paredes se esconde, según cuentan, un pergamino escrito por Pantaleón Escobar, alcalde en 1853 y 1861. Pantaleón fue un

hombre de rostro severo y voz medida, pero pocos sabían que escribía versos en secreto. Poemas torpes, a veces, pero cargados de una ternura que no encontraba lugar en la vida pública. Los escribió para una mujer que tejía ruanas en las tardes, sentada frente a una ventana desde la que se veía la montaña. Nunca se los entregó. Los ocultó en la iglesia como quien deja una botella en el mar, confiando en que alguien, en otro tiempo, los encontraría.

Y alguien los encontró. Un sacristán joven, casi dos siglos después, removió una piedra suelta bajo el altar y dio con el pergamino. Al leerlo en voz alta, sin comprender del todo lo que hacía, provocó un viento extraño que recorrió Salamina de extremo a extremo. Las ventanas se abrieron solas, las puertas crujieron, y más de una persona creyó escuchar un suspiro largo, antiguo, satisfecho al fin. Desde esa noche, cuando sopla cierto viento, algunos dicen que huele a lana recién tejida.

Salamina fue también lugar de viajeros que llegaron sin nombre y se fueron sin despedirse. Uno de ellos arribó en 1844, año en que el pueblo recibió reconocimiento oficial como municipio. Traía un manuscrito escrito en una lengua irreconocible, o tal vez demasiado antigua. Nadie pudo leerlo, pero todos sintieron su peso. El viajero se reunió con Eleuterio Gómez en una taberna iluminada por velas, y le habló de un destino alternativo: de un Salamina que pudo haber sido reino, refugio, capital de los que no encajaban en ninguna parte. Bebieron aguardiente hasta entrada la noche. El manuscrito se perdió en un incendio antes del amanecer. Sin embargo, desde entonces, algunos sostienen que el pueblo conserva una nostalgia que no corresponde a nada vivido.

Las casas coloniales aprendieron a guardar silencio. La Casa del Degüello, con sus muebles tallados por Eliseo Tangarife, fue durante años un punto de reunión invisible entre épocas. Allí pasó sus últimos días Monseñor Carlos Isaza Mejía, y allí también, mucho después, un niño encontró una taza de café aún caliente. Al tocarla, fue lanzado a 1853, donde vio a José Domingo Gallo negociando con comerciantes ingleses, discutiendo precios y destinos bajo la luz temblorosa de un candil. El café nunca se enfría en Salamina: es la sustancia que mantiene unido el tiempo.

Las mujeres tejedoras, aquellas que dieron forma a los primeros sombreros aguadeños, recibieron una noche un encargo que no figuró en ningún registro. Un ángel —o algo que se le parecía— descendió a la plaza y les pidió una prenda capaz de resistir el olvido. Tejieron en silencio, cantando un canto que no pertenecía a ninguna lengua conocida. El sombrero resultante permitía escuchar voces del pasado. Se perdió, como se pierden las cosas importantes. A veces reaparece en los mercados, esperando a quien esté dispuesto a escuchar demasiado.

Los sacerdotes de Salamina tampoco escaparon a lo extraordinario. El presbítero José Joaquín Barco solía detenerse a mitad del sermón, como si alguien le dictara otra versión desde algún lugar remoto. El padre Duque Botero, historiador riguroso, sabía que había hechos que no podían anotarse sin traicionarlos. Por eso dejó espacios en blanco en sus manuscritos, convencido de que el silencio también documenta.

El abogado y jurisconsulto Rodrigo Jiménez Mejía entendió temprano que las leyes no alcanzaban para explicar un pueblo así. Defendió causas imposibles, ganó juicios que nadie celebró y perdió otros que nadie lamentó. Decía que en Salamina la justicia se negociaba primero con los muertos.

Así, entre nombres repetidos y silencios compartidos, el pueblo siguió avanzando sin moverse. Salamina no se agotó en su fundación ni en sus próceres. Se expandió hacia adentro, multiplicando sus versiones. Cada habitante heredó no solo una casa o un apellido, sino una pregunta sin respuesta. Y en ese preguntar constante, el pueblo aprendió a existir. Aquí comienza esta historia. No como un reemplazo de la historia oficial, sino como su sombra fiel. Porque en Salamina, lo que fue y lo que pudo haber sido caminan de la mano, y a veces es imposible distinguir cuál de los dos dejó la huella más profunda.

Capitulo II

Los hombres que gobernaron Salamina mientras desobedecían la realidad

En Salamina hubo un tiempo —que no figura en ningún almanaque— en el que casi todos los hombres importantes llevaban una vida secreta. No porque conspiraran contra el poder ni porque ocultaran delitos, sino porque el pueblo mismo les enseñó que una sola existencia no alcanza cuando se vive entre montañas que recuerdan más de lo que muestran. Así, mientras en la plaza se discutían impuestos, caminos y nombramientos, en las cocinas, en los corredores, en los márgenes del bosque, se tejía otra historia, más frágil y más verdadera.

Pantaleón Escobar fue uno de los primeros en entenderlo. Alcalde en dos ocasiones, hombre respetado, de palabra exacta y mirada severa, parecía hecho de una sola pieza. Sin embargo, cada noche, cuando el pueblo se recogía y las campanas quedaban mudas, Pantaleón se sentaba a escribir versos que jamás pensó publicar. No eran poemas de gloria ni de patria. Eran versos torcidos, íntimos, dirigidos a una mujer que nunca sabría que era la destinataria. Ella tejía ruanas frente a una ventana baja, con el cabello siempre recogido y las manos veloces. Pantaleón la observaba desde lejos, convencido de que amar en silencio era una forma superior de fidelidad.

Con el tiempo, comenzó a creer que aquellos poemas no le pertenecían del todo. Sentía que alguien más los dictaba, como si Salamina misma necesitara dejar constancia de lo que no se atrevería a decir en voz alta. Por eso los escondió bajo el altar de la iglesia: no como un acto de fe, sino como un gesto de confianza en el futuro. Sabía que algún día alguien los leería y que, al hacerlo, el pueblo respiraría distinto, aunque nadie supiera explicar por qué.

José Domingo Gallo, prócer y alcalde, fue menos dado a los secretos románticos, pero más vulnerable a los pactos invisibles. Era un hombre práctico, atento al comercio y al progreso, pero había aprendido pronto que en Salamina los acuerdos más importantes no se cerraban con firmas, sino con silencios compartidos. Cuando negociaba con comercian-

tes ingleses, lo hacía bajo la certeza de que había terceros escuchando: los muertos del pueblo, los fundadores que aún rondaban, las montañas que todo lo veían. Por eso hablaba despacio y elegía cada palabra como quien coloca piedras en un río para cruzarlo sin mojarse.

Una noche, mientras bebía café —siempre café, nunca otra cosa—, sintió que el tiempo se plegaba sobre sí mismo. Frente a él, por un instante, vio a un niño observándolo con curiosidad, como si lo estuviera estudiando. No supo que ese niño venía de otro siglo, ni que había llegado allí por tocar una taza que no debía. José Domingo solo sintió una tristeza breve, una certeza extraña: todo lo que hacemos será observado por alguien que aún no existe.

Las noches de Salamina se volvieron entonces territorio fértil para lo improbable. Noches en las que los caminos de piedra resonaban con pasos que no dejaban huella. Noches en las que los carreteros juraban haber hablado con hombres muertos sin darse cuenta. Uno de ellos, perdido en una tormenta, encontró refugio en una finca abandonada que no figuraba en ningún mapa. Allí lo esperaba una figura espectral que algunos identificaron luego como Narciso Londoño, alcalde en 1849. El espectro le ofreció un mapa hacia un tesoro escondido en las montañas de Marulanda. El carretero lo tomó, agradecido. Al amanecer, descubrió que cada vez que seguía el mapa regresaba al mismo punto. Comprendió entonces que no todos los tesoros están hechos para ser encontrados; algunos existen solo para mantener vivo el deseo de buscarlos.

Mientras tanto, en los márgenes del pueblo, lejos de la plaza y de la mirada vigilante de la Iglesia, José María Duque Arbeláez vivía su propia disidencia. Gobernó en múltiples ocasiones, pero nunca se sintió del todo cómodo con el poder. Lo que realmente lo transformó fue su encuentro con una curandera que vivía entre cafetales, una mujer sin apellido registrado, conocida solo por el sonido de su risa. Ella le enseñó a leer el futuro en las hojas de café, a reconocer en sus manchas no fechas ni eventos, sino estados del alma. Juntos hablaron de una revuelta que nunca ocurrió: una insurrección íntima, más espiritual que política, que consistía en imaginar un Salamina distinto.

No se levantaron armas ni se escribieron proclamas. Bastó con que, durante un tiempo, algunas decisiones se tomaran siguiendo intuiciones en lugar de dogmas. El pueblo no cambió de rumbo, pero se volvió más permeable, más consciente de sus grietas. A veces, eso basta.

Las mujeres, siempre más atentas a lo invisible, fueron las primeras en notar que algo se estaba moviendo. Las tejedoras de sombre-

ros, las que trabajaban en silencio mientras los hombres discutían, comenzaron a escuchar voces al anochecer. No eran voces amenazantes, sino coros dispersos: risas, canciones antiguas, promesas incumplidas. Cuando el ángel descendió a la plaza aquella noche de luna llena, no sintieron miedo. Comprendieron de inmediato el encargo. El sombrero que tejieron contenía no solo la memoria del pueblo, sino su cansancio, su ternura, su culpa. Quien se lo ponía escuchaba demasiado. Por eso desapareció pronto. Salamina no estaba preparada para oírse a sí misma sin filtros.

Los sacerdotes lo sabían. El presbítero José Joaquín Barco interrumpía a veces sus homilías porque sentía que las palabras se le escapaban del control. Decía cosas que no había preparado, frases que parecían venir de otro lugar. Algunos feligreses salían conmovidos; otros, inquietos. El padre Duque Botero, más consciente de su papel como historiador, comprendió que había hechos que no debían fijarse en papel. Anotó fechas, nombres, batallas, pero dejó intactos los rumores. Sabía que escribirlo todo sería una forma de empobrecerlo.

El abogado Rodrigo Jiménez Mejía fue testigo privilegiado de esa tensión. Defendió casos en los que la verdad legal y la verdad del pueblo no coincidían. Aprendió a perder con dignidad y a ganar sin orgullo. En más de una ocasión, al cerrar un expediente, sintió que el caso continuaba vivo, caminando por las calles, ajeno a su sentencia. Comprendió que la justicia, en Salamina, no terminaba en los juzgados: seguía su curso en la memoria colectiva.

Y así, sin grandes gestas ni tragedias espectaculares, el pueblo se fue llenando de capas superpuestas. Cada generación heredó no solo los logros de la anterior, sino sus silencios. Los nombres volvieron a repetirse, como si alguien insistiera en probar distintas versiones de una misma vida. Eleuterio, Ramón, José, Cosme. No como copias, sino como ecos.

Salamina comenzó a entender que no era un lugar fijo, sino un proceso. Un relato en constante corrección. Quien caminaba de noche podía sentirlo: una ligera vibración bajo los pies, como si el suelo respirara. No era miedo. Era conciencia.

Y en medio de todo, la plaza seguía ahí, escuchando. La estatua, inmóvil, acumulando historias. Esperando el momento en que alguien, tal vez un poeta borracho, se atreviera a escucharla hablar.
Ese momento estaba más cerca de lo que el pueblo imaginaba.

Capítulo III

Cuando Salamina cruzó los siglos y convirtió al lector en testigo

Hubo un momento —imposible de fechar con exactitud— en que Salamina entendió que ya no podía seguir viviendo únicamente de lo que había sido. No fue una revelación repentina ni un acontecimiento extraordinario. Ocurrió como ocurren las cosas importantes en los pueblos antiguos: sin anuncio, sin testigos confiables, casi con pudor. Tal vez empezó el día en que un poeta borracho se sentó frente a la estatua de la plaza y juró escucharla hablar. O tal vez cuando un niño, de regreso del colegio, creyó ver a un hombre del siglo XIX cruzar la calle y desaparecer detrás de una casa que ya no existía. Nadie se puso de acuerdo. Y eso, en Salamina, fue una señal.

Desde entonces, el pueblo comenzó a mezclarse consigo mismo. Las mañanas seguían siendo claras, el café seguía oliendo igual, las campanas seguían marcando las horas, pero algo se había soltado. El tiempo dejó de obedecer del todo. En algunas casas, los relojes se detenían durante minutos enteros. En otras, avanzaban sin razón. Nadie los arreglaba. Había una aceptación tácita de que no todo necesita corrección.

El poeta borracho se llamaba —o se hacía llamar— Anselmo, aunque nadie estaba seguro. Llegó una noche cualquiera, sin equipaje visible, con los zapatos gastados y una libreta en el bolsillo interior del saco. Se sentó en la plaza como si hubiera estado allí toda la vida. Bebía poco, hablaba menos, pero escuchaba con una intensidad que incomodaba. Una madrugada, apoyó la espalda contra la estatua y sintió un murmullo grave, paciente, que parecía venir desde el centro mismo del bronce. No fue una voz clara, sino una sucesión de imágenes: madres llorando, niños corriendo, hombres discutiendo bajo la lluvia, pactos sellados sin palabras. Anselmo escribió toda la noche. Al amanecer, nadie creyó una sola línea de lo que había puesto en el papel.

El cuaderno circuló por el pueblo durante semanas. Algunos se rieron, otros se inquietaron. Hubo quien reconoció episodios que jamás había contado en voz alta. Al final, el cuaderno desapareció. Como tantas

cosas en Salamina, no se perdió: se escondió a plena vista. Dicen que aún aparece, de tanto en tanto, en una mesa de café, abierto por la página exacta que alguien necesita leer.

Mientras tanto, la Casa del Degüello comenzó a comportarse de manera extraña. Visitantes aseguraban que, al cruzar su umbral, sentían una leve desorientación, como si el cuerpo entrara antes que la mente. Algunos salían convencidos de haber visto muebles moverse solos; otros, de haber escuchado pasos en habitaciones vacías. Un anciano juró haber conversado con Monseñor Carlos Isaza Mejía, quien le habló con una serenidad que no correspondía a ningún recuerdo conocido. Nadie intentó refutarlo. En Salamina, la experiencia pesa más que la prueba.

Los descendientes de los fundadores comenzaron a notar coincidencias inquietantes. Apellidos repetidos en registros distantes. Gestos heredados sin contacto directo. Eleuterio Gómez —uno de los últimos en llevar el nombre con plena conciencia de su peso— descubrió una tarde que caminaba igual que su bisabuelo, sin haberlo visto jamás. Al darse cuenta, no intentó corregirse. Comprendió que el cuerpo también recuerda, que hay memorias que no pasan por la cabeza.

Marulanda, el pueblo hermano nacido de la mano de Eleuterio y Cosme, empezó a reflejar esas mismas fisuras temporales. Algunos habitantes decían soñar con calles que no reconocían, pero que luego encontraban al viajar a Salamina. Otros afirmaban lo contrario: haber soñado con Marulanda antes de que existiera. Las montañas entre ambos pueblos parecían funcionar como un corredor de ecos, un lugar donde las historias se llamaban entre sí. No eran dos pueblos distintos, sino dos versiones del mismo impulso.

Los sacerdotes más jóvenes, formados en una lógica distinta, intentaron imponer orden. Hablaron de superstición, de cansancio colectivo, de sugestión. Pero incluso ellos, en las noches largas, sentían una presencia que no sabían nombrar. El presbítero Barco había muerto hacía años, pero más de uno creyó verlo sentado en una banca, sonriendo con discreción. El padre Duque Botero dejó manuscritos inconclusos, páginas donde la tinta se detenía a mitad de frase. Quien los leía sentía que el resto debía completarlo con su propia vida.

El abogado Rodrigo Jiménez Mejía envejeció rodeado de papeles que ya no consultaba. Decía que las causas más importantes no se escriben, se transmiten. En sus últimos días, pidió que no destruyeran los expedientes perdidos, aquellos casos que nunca se resolvieron del todo. “Déjenlos abiertos”, dijo. “Algún día alguien entenderá que eso también es justicia”.

Las mujeres, una vez más, fueron las primeras en aceptar lo que estaba ocurriendo. No buscaron explicaciones. Continuaron tejiendo, cocinando, criando, pero incorporaron lo imposible con naturalidad. Algunas decían escuchar a sus abuelas mientras amasaban. Otras aseguraban que los hijos traían recuerdos que no les pertenecían. Nadie se alarmó. En Salamina, el asombro siempre fue una forma de respeto.

Una tarde, en el mercado, apareció un sombrero distinto a todos. No nuevo, no viejo. Simplemente presente. Una mujer lo tomó entre las manos y sintió un rumor que la atravesó de lado a lado. No se lo puso. Nadie lo hizo. Comprendieron que el pueblo ya no necesitaba escuchar a los muertos: había aprendido a convivir con ellos.

Y entonces ocurrió lo inevitable: el lector llegó.

No como personaje evidente, sino como presencia. Alguien que camina por estas páginas creyendo observar, sin darse cuenta de que también es observado. Porque Salamina no se deja narrar sin responder. Quien lee comienza a recordar cosas que no vivió, a sentir nostalgia por calles que nunca pisó, a reconocer nombres como si fueran propios. Esa es la última transformación del pueblo: convertirse en memoria ajena.

Salamina no termina aquí. No puede. Es un lugar que se rehace cada vez que alguien pronuncia su nombre con atención. No es solo la Ciudad Luz. Es un archivo abierto, un relato que se escribe solo cuando alguien se atreve a imaginarlo.

Y ahora que estas crónicas existen, el pueblo ha ganado otra vida.

No la oficial.

No la documentada.

La necesaria.

Porque mientras alguien lea, Salamina seguirá ocurriendo.

Epílogo

Escribo estas últimas líneas lejos. No solo lejos del pueblo, sino lejos del tiempo en que uno creía que la vida era un camino recto. Desde esta Patagonia extensa y callada, donde el viento parece venir de otro siglo, la nostalgia no llega de golpe: se instala. Se sienta a mi lado como alguien que no pide permiso y empieza a nombrar lo que fui, lo que perdí, lo que todavía me habita.

Cuando el mundo real comienza a volverse más corto que la memoria, el pueblo natal crece. Salamina regresa en los detalles más inesperados: en el olor del café que no es el mismo, en una tarde nublada que se parece demasiado a aquellas de la cordillera, en una palabra dicha con cierta cadencia. Entonces aparecen ellos. Mis antepasados, caminando sin apuro. Los Eleuterio Gómez que me precedieron. Los fundadores, los caminantes, los hombres que no sabían que algún día serían recordados por alguien que lleva su nombre y escribe desde tan lejos.

Aparecen también mis padres, mis tíos, las sobremesas largas, las voces que ya no escucho pero que siguen teniendo opinión sobre mi vida. Y, entre todas esas presencias, vuelve con una nitidez especial mi querida tía María Crispina Valencia, hermana de mi madre. Hay personas que no se van nunca del todo. Se quedan en la forma de mirar, en la paciencia, en cierto modo de querer sin hacer ruido. Ella es una de esas presencias que no envejecen.

Y luego están los amores. Los reales y los platónicos, que al final pesan lo mismo. Porque no es el cuerpo lo que permanece, sino lo que se llevó el alma en silencio. Ligia Zuluaga, Esperanza Márquez, la inolvidable Merceditas, aquella luz discreta de la hacienda La Pica, en San Félix, donde nací y pasé mis primeros años. Allí aprendí que la infancia no se va: se esconde y espera.

Después vino Salamina y con ella otros nombres que todavía vibran: Esperanza Vásquez, Dorian Escobar, inolvidable como solo lo son las personas que llegan cuando uno aún no sabe defenderse del todo.

Más tarde, ya con los años marcando otro ritmo, Eliana Castellanos, que ocupa un lugar propio en mi alma, sin condiciones ni despedidas.

Y finalmente, como un punto y seguido que la vida insiste en subrayar, Olga Lucía Toledo: amiga, compañera de mil batallas, madre de mis hijos. Hay vínculos que no necesitan explicación. Se sostienen solos, incluso cuando todo lo demás cambia.

Esta crónica del Imaginario, termina aquí, pero no se cierra. Porque lo que quise escribir no fue solo un homenaje a un pueblo ni a una historia, sino una forma de decir que nada de lo vivido se pierde del todo. Que seguimos siendo la suma de los lugares que amamos, de las personas que nos nombraron, de los afectos que todavía nos habitan.

Desde esta lejanía austral, Salamina sigue ocurriendo.

Y mientras ocurra en mí, seguirá viva.



Arrieros del siglo XIX avanzan entre neblina, palmas de cera y rebaños de ovejas, abriendo rutas en la montaña andina. Su paso firme sostuvo la colonización, el comercio y la memoria fundacional de los pueblos del viejo Caldas. Fotografía Perplexity AI

De Arma hasta Manizales
la epopeya del machete y la montaña

Capitulo I

El río Arma o el primer cruce hacia lo imposible

El río Arma no era solo agua. Era una línea moral. Antes de cruzarlo, los hombres todavía pertenecían a algo: a un pueblo, a un apellido, a una tumba conocida. Después, ya no. El río corría espeso y oscuro, con un ruido que parecía una respiración antigua, como si la montaña misma durmiera bajo su cauce. Nadie lo cruzaba sin perder algo. Algunos dejaban el miedo, otros la juventud, otros un nombre que nunca volverían a pronunciar en voz alta.

A comienzos del siglo XIX, cuando el mundo parecía acabarse en cada guerra y la tierra se repartía entre pocos, comenzaron a llegar familias enteras a sus orillas. Venían desde Sonsón, Rionegro, Marinilla, cargando santos envueltos en trapos, semillas guardadas como oro y niños que aún no sabían que estaban siendo llevados al origen de una historia que no pediría permiso. Las balsas de guadua se mecían como animales cansados, y al empujarlas al agua, las mujeres rezaban no para llegar, sino para no volver.



Arrieros y familias cruzan el río Arma a comienzos del siglo XIX, cargando semillas, hijos y silencios. Frente a ellos, la selva espesa promete tierra y amenaza muerte. Así comenzó la colonización antioqueña: con miedo, fe y machetes que abrieron caminos donde antes solo reinaba el monte y la incertidumbre. Fotografía Chat GPT AI

Decían que al otro lado la tierra era más blanda, que el monte se dejaba abrir, que el aire no sabía a pólvora ni a decreto. Decían muchas cosas. El río escuchaba todas y no confirmaba ninguna.

Los primeros en quedarse levantaron chozas bajas, casi avergonzadas, con techos de palma que goteaban incluso cuando no llovía. Arma Viejo nació así: como nacen las cosas destinadas a desaparecer, con urgencia y fe prestada. El trueque sostenía la vida: sal por tabaco, maíz por silencio. El silencio era abundante. De noche, la selva no dormía. Rugía. Caminaba alrededor de las casas. Respiraba encima de los niños.

Las fiebres llegaron temprano, como si la tierra reclamara un precio por ser nombrada. Hombres jóvenes se acostaban a descansar y amanecían sin nombre. Las mujeres aprendieron a reconocer el paludismo por el temblor de las manos y por ese brillo extraño en los ojos que parecía nostalgia adelantada. Aun así, nadie retrocedía. El río no perdonaba regresos.

Cuando algunos entendieron que el calor era una sentencia lenta, miraron hacia arriba. Las montañas, vistas desde abajo, parecían promesas. Aguadas apareció como un alivio vertical. Subir fue como aprender a respirar de nuevo. Allí, donde brotaba el agua entre las piedras, levantaron una capilla de bahareque que olía a barro fresco y esperanza usada. Las campanas eran pequeñas, pero sonaban como si anunciaran algo más grande que una misa.

Fue en ese tiempo cuando Fermín López empezó a volverse visible sin proponérselo. No hablaba de más. No hacía discursos. Caminaba. Observaba el monte como si este pudiera contestarle. Tenía manos que no pedían descanso y una mirada donde cabía el cansancio de otros. Nadie lo eligió jefe, pero todos empezaron a seguirlo.

Salamina no nació donde está ahora. Nació mal, como nacen muchos sueños. Sabanalarga fue un intento torcido, una conversación fallida con la tierra. Fermín lo entendió antes que los demás. Volvió a cargarlo todo —personas, animales, culpas— y buscó un lugar donde el suelo no pareciera huir. Las Ensimadas fue eso: una meseta rodeada de abismos, como si la ciudad tuviera que aprender desde el inicio a vivir al borde.

Trazaron las calles en cuadrícula, no por orden, sino por desafío. Decirle al caos que no mandaba. Desde allí, el mundo se

veía hondo y peligroso, pero propio. Las casas crecieron con balcones abiertos, como si necesitaran mirar lejos para no arrepentirse.

Fermín siguió bajando. Siempre bajaba. Decía que el sur lo llamaba, aunque nunca explicó cómo sonaba ese llamado. En 1837, ya con el cuerpo marcado por los años, descendió por una quebrada que todavía no tenía nombre. San Cancio lo recibiría después. Entonces era solo un murmullo entre árboles que no habían sido tocados por el miedo humano.

Allí habló con su mula más que con los hombres. Le dijo cosas que nadie oyó. Marcó árboles con cruces de carbón como quien escribe una carta para el futuro. Sembró maíz, frijol, plátano. Esperó. El monte, sorprendido, se dejó abrir. O fingió hacerlo.

Otros llegaron. Siempre llegan. Donde uno se atreve, muchos se autorizan. Así empezó Manizales sin saberlo, como empiezan las cosas que luego se creen inevitables.

Fermín no se quedó. Nunca se quedaba. Cuando el asentamiento respiró solo, siguió hacia Santa Rosa de Cabal, donde el frío era distinto y el volcán parecía vigilar los sueños. Allí dejó otro pedazo de vida y se fue muriendo despacio, sin darse cuenta, hasta que el cuerpo dijo basta en 1850. No vio el café. No vio las iglesias altas. Pero dejó caminos. Y los caminos, a veces, son más duraderos que las ciudades.

Morrogacho fue piedra antes que nombre. Piedra brillante, burlona. Allí llegaron hombres cansados de pedir permiso. Antonio Ceballos empujó su carreta como quien empuja un destino torcido. Dijo que buscaba paz y encontró cuarzo. A veces la paz empieza así: dura y fría.

Se reunieron veinte hombres en una choza prestada por la noche. Afuera, el viento parecía discutir con la montaña. Decidieron fundar un pueblo como quien decide resistir. Manizales nació en un risco porque nadie más lo quiso. La altura los protegió. El hambre los probó. Los gorgojos casi los vencieron. Comieron raíces, insectos, silencios largos. Pero no se fueron.

La guerra llegó como llegan todas: prometiendo orden y dejando monedas. Los soldados compraban comida. El oro circuló. El mercado apareció. La iglesia se levantó sin permiso formal, como todo lo importante.

Más abajo, donde el calor derretía el pensamiento, otros intentaban lo imposible. Victoria fue una lucha contra el aire. Venancio Ortiz parecía dibujado con alambre. Fundaron Aguabonita sobre pilotes para no dormir con las serpientes. La malaria eligió a los más fuertes. Siempre lo hace.

Cuando Nepomuceno Parra abrió el camino hacia Honda, no sabía que estaba salvando un pueblo. Las mulas entendieron antes que los hombres. El canto volvió. El miedo aprendió a viajar acompañado.

Manzanares nació porque alguien necesitaba respirar mejor. Porque el aire también puede matar. Esa noche, las fogatas parecían estrellas caídas. Un niño escribió que la luna sudaba. No sabía que estaba dejando una frase para la historia.

Hoy, todo parece fijo. Pero nada lo está. Los apellidos caminan. Los machetes oxidados todavía recuerdan. La tierra no olvida quién la abrió con dolor y fe.

Y el río Arma sigue ahí, respirando, esperando al próximo que se atreva a perder algo para ganar un mundo.

Capítulo II
Donde el monte aprendió a llamarse pueblo

El monte no se dejó domesticar de inmediato. Antes de aceptar nombres, antes de aprender a llamarse pueblo, exigió sangre, silencio y paciencia. Los hombres que bajaron desde Aguadas y Salamina no llegaron a fundar nada: llegaron a pedir permiso. Y el permiso nunca fue verbal. Era una tregua que se ganaba a fuerza de noches sin fuego, de rezos murmurados al oído de las mulas, de pasos dados con cuidado para no despertar a la montaña cuando todavía estaba de mal humor.

Fermín López lo supo desde el primer día. No porque alguien se lo hubiera dicho, sino porque el monte se lo mostró. En la quebrada San Cancio, el bosque parecía respirar. No era una metáfora: los troncos exhalaban una neblina tibia al amanecer, como si la selva estuviera soñando y no quisiera ser interrumpida. Cada



En las montañas altas, Salamina surge como refugio y proyecto. Calles trazadas a pulso, balcones mirando al abismo y hombres como Fermín López marcando el territorio con hacha y paciencia. Aquí, la colonización se vuelve permanencia: la selva cede y nace el pueblo, sostenido por trabajo, fe y memoria compartida. Fotografía Chat GPT AI

golpe de hacha era devuelto por un eco sordo que parecía una pregunta: ¿para qué? ¿para quién?

Fermín no respondía. Trabajaba. Tenía una forma de talar que no era violenta. Marcaba los árboles con cruces de carbón, como si los estuviera bautizando antes de derribarlos. Decía poco, pero cuando hablaba lo hacía con una calma que desarmaba. A veces se quedaba quieto durante minutos, observando cómo la luz se filtraba entre las hojas, como si estuviera leyendo un mensaje antiguo escrito en verde. Los otros colonos empezaron a imitarlo sin saber por qué. Nadie quería contrariar a un hombre que parecía entender el idioma secreto de la montaña.

El primer claro no fue una plaza ni una calle. Fue un silencio. Donde antes cantaban insectos, de pronto hubo un espacio donde el sonido se detenía. Allí sembraron maíz y frijol, no como cultivo sino como señal. "Aquí estamos", parecía decir cada planta. Y el monte, desconfiado, respondió con lluvias interminables, con barro hasta las rodillas, con noches en que el frío bajaba como un animal sin nombre y se metía en los huesos.

Las mujeres llegaron después, y con ellas llegó algo parecido al futuro. Traían ollas abolladas, imágenes de santos envueltas en trapos, semillas guardadas como amuletos. Algunas no bajaron caminando: bajaron llorando. No por miedo, sino por despedida. Sabían que el camino de regreso no existía. La colonización no fue una marcha hacia adelante: fue un corte definitivo con lo que había quedado atrás. Cada paso hacia el sur borraba un recuerdo del norte.

Por las noches, alrededor de fogones tímidos, se contaban historias para no enloquecer. Historias de pueblos que todavía no existían, de calles que algún día tendrían nombres, de campanas que sonarían donde ahora solo croaban ranas invisibles. Nadie hablaba de riquezas. El sueño era más humilde: que los hijos sobrevivieran, que la fiebre no regresara, que el maíz no se pudriera antes de tiempo.

Cuando el asentamiento empezó a atraer más familias, el monte cambió de actitud. Como si hubiera aceptado la presencia humana, permitió que los caminos se abrieran solos. Las mulas aprendieron rutas que los hombres no veían. Los arrieros decían que era la tierra misma la que guiaba a los animales, que los cascos seguían una memoria anterior a cualquier mapa. Así se fue tra-

zando la red invisible que uniría Aranzazu, Neira, Chinchiná y ese punto sin nombre que ya empezaba a sentirse inevitable.

Pero no todo fue acuerdo. Hubo días en que la selva se vengó. Un niño desapareció una tarde sin dejar rastro. Una mujer despertó con la piel cubierta de manchas negras que ningún rezo pudo borrar. Las fiebres regresaron como un castigo cíclico, recordándole a los colonos que no eran dueños de nada. Cada muerto era enterrado sin ataúd, envuelto en mantas, mirando hacia el norte, como si todavía esperara algo del río Arma.

Fermín envejecía rápido, pero no se quejaba. Su espalda se encorvó como si imitara la forma de la cordillera. Algunos decían que no caminaba: se deslizaba. Que hablaba con las mulas como con personas. Que una vez, al caer una ceiba gigantesca, se quedó quieto, con el sombrero en la mano, murmurando un padrenuestro que nadie escuchó completo. Para muchos, ya no era solo un colono. Era una especie de guardián involuntario, el hombre que había logrado que el monte no los expulsara.

Mientras tanto, más al sur, Morrogacho empezaba a latir. El nombre parecía una broma cruel: un lugar áspero, lleno de piedras, donde el suelo se resistía a cualquier intento de siembra. Antonio Ceballos llegó allí sin esperanza, arrastrando una carreta que parecía a punto de desarmarse. No buscaba prosperidad; buscaba descanso. Pero la montaña no concede descanso sin exigir algo a cambio.

Las piedras brillaban después de la lluvia, como si el suelo escondiera una risa irónica. Los colonos empezaron a llamarlas maníes, porque parecían pequeñas, inofensivas, pero destrozaban los arados. Cada intento de abrir surco terminaba en frustración. Sin embargo, algo en ese risco tenía una fuerza extraña. Desde allí se veía el mundo hacia el Cauca, se sentía el viento de los pasos altos, se intuía el paso futuro de caminos importantes.

La decisión de fundar un pueblo no fue solemne. No hubo discursos largos ni actas pomposas. Fue una conversación cansada, una suma de derrotas que necesitaban convertirse en algo distinto. Veinte hombres, una choza, una noche fría. “Aquí nos quedamos”, dijo alguien. Y nadie lo contradijo. Fundar Manizales fue, ante todo, un acto de terquedad.

El hambre fue la primera autoridad. Durante meses, la comida escaseó. Hubo días en que el almuerzo era una raíz hervida y la cena, silencio. Las hormigas culonas se convirtieron en manjar involuntario. Los niños aprendieron a no quejarse. Los adultos aprendieron a no prometer. Sin embargo, en medio de la miseria, apareció algo nuevo: una sensación de pertenencia. Ese risco era suyo porque les dolía.

La guerra llegó sin pedir permiso, como siempre. En 1851, los soldados ocuparon el naciente pueblo y lo llenaron de ruido, botas y órdenes ajenas. Pero también trajeron monedas, intercambios, una economía precaria que permitió resistir. Manizales empezó a crecer sin darse cuenta. Una iglesia de tapia pisada, un mercado improvisado, un nombre que ya nadie cuestionaba.

Fermín López no vio ese crecimiento. Para entonces, ya caminaba poco. Había dejado sembradas las rutas, que era su verdadera obra. Murió sin ceremonia, como había vivido. Algunos dicen que el día de su entierro llovió de una forma distinta, como si el agua cayera con respeto. Otros juran que, durante semanas, las mulas se negaron a avanzar por ciertos caminos, como si esperaran que él volviera a guiarlas.

La colonización siguió sin él, pero nunca fue igual. Algo se había cerrado. El monte ya no era completamente salvaje, pero tampoco dócil. Había aprendido a convivir. Los pueblos empezaron a reconocerse entre sí, a intercambiar apellidos, semillas, historias. La región dejó de ser frontera para convertirse en territorio.

Y sin embargo, cada noche, cuando la neblina bajaba desde las cumbres y cubría los techos de bahareque, muchos colonos sentían la misma punzada en el pecho: la certeza de que todo lo construido era frágil. Que bastaba una lluvia excesiva, una plaga, una guerra más, para que el monte reclamara lo suyo.

Tal vez por eso siguieron adelante. Porque sabían que detenerse era desaparecer. Porque habían aprendido que la esperanza no es optimismo, sino resistencia. Y así, entre piedras, sudor y silencios heredados, el monte empezó, lentamente, a llamarse pueblo.

Capítulo III

Cuando la montaña se volvió destino y la memoria, camino

El sur volvió a llamar cuando muchos creían que ya no quedaba nada por abrir. Llamó con un aire espeso, con una humedad que no dejaba dormir, con una promesa tan fértil como peligrosa. Allí, donde el río La Miel se arrastraba lento y brillante como una serpiente antigua, la tierra parecía ofrecerlo todo a cambio de casi todo. Nuestra Señora de la Victoria fue primero un nombre y luego una prueba.

Venancio Ortiz llegó flaco como si el camino se lo hubiera ido comiendo por partes. No tenía voz de mando ni cuerpo de caudillo, pero poseía algo más raro: una obstinación silenciosa que no se quebraba ni con la fiebre. Cincuenta familias lo siguieron, no porque creyeran en él, sino porque ya no creían en nada más. Baja-



Entre neblinas, cafetales y caminos de arriería, Manizales se levanta sobre la piedra y la esperanza. Supervivientes de fiebres y guerras fundan ciudad donde antes hubo riesgo. La montaña no fue conquistada: fue habitada con terquedad, canto y resistencia, dejando un legado que aún respira en cada ladera. Fotografía Chat GPT AI

ron cargando hamacas, botellas de aguardiente, rezos aprendidos de memoria. Decían que el licor mataba el veneno del aire. Decían muchas cosas para no decir miedo.

El calor no tardó en mostrar los dientes. Allí el día comenzaba antes del amanecer y no terminaba nunca. El sudor era una segunda piel. Las casas se levantaron sobre pilotes, no por elegancia, sino por supervivencia. Las serpientes se deslizaban debajo como pensamientos malos. Los mosquitos zumbaban con una insistencia casi inteligente, como si supieran exactamente a quién buscar.

La malaria no atacó de golpe. Llegó despacio, con paciencia, como alguien que sabe que no necesita apurarse. Primero fueron los escalofríos, luego el delirio, después el silencio. En dos años, la mitad de los colonos desapareció sin irse. Los enterraban rápido, sin nombre largo, porque el aire no perdonaba ceremonias. Aguabonita fue un caserío levantado sobre ausencias.

Hubo un momento en que todo pareció perdido. Las noches eran un inventario de nombres que ya no respondían. Las mujeres hablaban poco. Los niños aprendieron a reconocer la muerte por el sonido de la respiración. Algunos hombres pensaron en regresar, pero el camino de vuelta era una idea borrosa. El río Arma quedaba demasiado lejos. Y nadie cruza dos veces el mismo destino.

La salvación, cuando llegó, no lo hizo con milagros, sino con huellas. Nepomuceno Parra, arriero viejo, descubrió que las mulas sabían algo que los mapas ignoraban. Siguiendo rastros antiguos, abrió una ruta imposible hacia Honda, atravesando páramos donde el frío mordía distinto, donde el silencio pesaba como una carga más. El camino no se trazó con planos, sino con cansancio. Paso a paso. Error a error.

Cuando la primera recua logró llegar al Magdalena, el mundo volvió a conectarse. El café empezó a circular como una sangre nueva. Los arrieros cantaban bambucos para espantar el miedo y para avisarle a la montaña que no venían solos. Victoria respiró de nuevo. No sanó del todo, pero aprendió a vivir con sus cicatrices.

De esos sobrevivientes nació Manzanares. No por ambición, sino por necesidad de aire. Subieron buscando un lugar don-

de el cuerpo no se rindiera tan pronto. La colina los recibió con una brisa menos cruel. La primera noche encendieron fogatas como quien prende constelaciones. Los jaguares rondaron, pero no se acercaron. Tal vez entendieron que allí ya había suficiente lucha.
Un niño escribió que la luna sudaba. No sabía que estaba dejando constancia de una época. Nadie sabía que estaba fundando memoria.

Con los años, los caminos se afirmaron. El café cubrió las laderas como una promesa cumplida a medias. Las iglesias crecieron, las plazas se llenaron de nombres, los apellidos empezaron a repetirse como una oración larga. López, Arango, Gómez, Palacio, Ceballos. Cada uno traía una historia de monte, de fiebre, de barro. Nadie hablaba de héroes. Se hablaba de resistencia.

El machete, que al comienzo fue arma y pluma, quedó colgado detrás de las puertas. Oxidado, pero presente. Como un recordatorio. Los títulos de tierra, firmados con manos temblorosas, se guardaron junto a las partidas de bautismo. La propiedad nunca fue del todo legal: fue moral. Se pertenecían mutuamente, tierra y gente.

Hoy, la carretera serpentea donde antes solo había abismos. Los buses pasan sin saber que pisan antiguas huellas de mula. En Manizales, una estatua mira hacia el norte, buscando algo que ya no está. En Victoria, los caficultores aún siembran maíz entre los cafetales, por si acaso. Por si la historia decide repetirse.

La verdadera herencia no está en las ciudades, sino en la manera de caminar. En esa forma de avanzar aun cuando el cuerpo pide descanso. En esa certeza íntima de que nada fue regalado. Todo fue ganado a pulso.

Y si uno escucha con atención, cuando la neblina baja y cubre los pueblos del viejo Caldas, todavía puede oír el eco de un machete abriendo monte, escribiendo, sin saberlo, una historia que no terminó de decir su última palabra.

¡Porque al final, lo único que venció a la montaña no fue el hierro ni la fe, sino la obstinada ternura de quienes decidieron quedarse!

Salamina, joya andina

Donde historia y poesía se entrelazan eternamente.

"Entre montañas y neblinas, Salamina emerge como un relicario de arte y memoria. Sus calles susurran versos, sus balcones narran leyendas, y su gente, forjada entre abismos y estrellas, encarna la grandeza de un pueblo que desafía el tiempo".

Bajo el manto azulado de los cielos andinos, donde las nubes se deshacen en hilos de plata sobre cumbres que besan el infinito, se alza Salamina, un relicario de piedra y memoria. Sus montañas, antiguas como el tiempo, guardan secretos de una tierra tallada por dioses caprichosos, que entre riscos y quebradas sembraron el germen de un pueblo indomable. Aquí, donde el aire es tan puro que parece contener el aliento de los ancestros, cada roca, cada sendero empedrado, cada murmullo del viento entre los eucaliptos, cuenta una historia de grandeza.



La calle duerme bajo la luz amarilla, despojada de asfalto y devuelta al polvo del tiempo. Las casas, con balcones cansados, parecen guardar voces antiguas. En esta pendiente, la noche aprende a recordar y Salamina vuelve a ser promesa, silencio y memoria caminando descalza entre sombras.

Eliseo Reclus, aquel geógrafo cuya pluma trazaba mapas del alma humana, intuyó que los pueblos son espejos de su paisaje. Los antioqueños, nacidos en las faldas de montañas que se alzan como catedrales pétreas, forjaron su espíritu en el yunque de la adversidad. Sus manos, curtidas por el frío de las alturas y el sol inclemente, labraron terrazas en laderas imposibles, mientras su mirada, siempre alerta, desafiaba horizontes lejanos. Eran hombres y mujeres de una "sociología de vertiente", como los llamó Reclus: seres arraigados a la tierra, pero con alas en el pensamiento, cuyo temple se templaba en el silbido de los vientos que jugueteaban entre los abismos.

Mientras tanto, en los valles tibios donde los laureles extienden su sombra como mantos de terciopelo, otros hombres se dejaron arrullar por la dulzura del clima. Allí, entre ríos sin prisa y tardes perfumadas de guayabas, florecieron los poetas de versos melancólicos, los filósofos que dialogaban con las estrellas, los artistas cuyos pinceles buscaban capturar la luz dorada del ocaso. Pero Salamina, ah, Salamina desdibuja los límites. No es ni montaña ni valle, sino un prodigio suspendido entre ambos mundos: un lugar donde la roca se hace verso y el esfuerzo se transfigura en arte.

Al caminar por sus rectas calles, uno siente pisar las páginas de un grimoire ancestral. Las casas, blancas como huesos de gigante, despliegan balcones tallados con filigranas que narran siglos de historias: aquí, una enredadera de hierro forjado se enrosca como serpiente mitológica; allá, un dintel de madera exhibe símbolos esotéricos, legado de carpinteros que firmaban sus obras con códigos de luz y sombra. En las mañanas, la neblina se desliza entre los tejados, envolviendo el pueblo en un aura de misterio, mientras el eco de pasos perdidos resuena en callejuelas que parecen conducir a otros siglos.

En la Plaza de Bolívar, bajo la mirada severa de la Basílica Menor —cuya torre se eleva como un dedo índice señalando el cielo—, el tiempo se fragmenta. Los ancianos, sentados en bancos de granito gastado, recuerdan épocas en las que los carruajes de caballos traían noticias de lejanas revoluciones. Sus voces, ásperas y cálidas, se mezclan con las risas de los niños que corren hacia la fuente, donde el agua canta melodías que solo los salamíneños comprendemos.

Salamina no es un pueblo: es un Parnaso. Entre sus muros, las musas no merodean; habitan. Jorge S., cuyo nombre se pro-

nuncia en susurros reverenciales, tejía metáforas con hilos de luna, mientras Eusebio y Emilio Robledo, hermanos en sangre y en poesía, componían odas a las montañas, como si quisieran domar su ferocidad con rimas. Agripina Montes del Valle, sacerdotisa de las palabras, elevó el dolor y la esperanza de su gente a la categoría de himnos sagrados, mientras Juan Bautista López, cronista de lo cotidiano, inmortalizaba en sus relatos el susurro de las cocinas, el roce de las enaguas almidonadas, el crujir de la leña en los fogones.

En el ágora imaginaria de Salamina, la palabra era espada y escudo. Carlos Tirado Macías, orador de voz torrencial, encendía multitudes con discursos que vibraban como truenos, mientras su hermano Ricardo, más sutil, tejía argumentos con la precisión de un relojero. Víctor Manuel Salazar, periodista de pluma incisiva, desafiaba tiranías desde las páginas de diarios que olían a tinta fresca y rebeldía. Y en medio de ellos, Joaquín Ospina Vallejo, el narrador infatigable, recorría los caminos polvorientos del país con una libreta en la mano, capturando historias que luego florecerían en crónicas donde lo real y lo mágico se fundían.

En las aulas del Instituto Salamina, donde la luz entraba a través de vitrales que pintaban el suelo de colores, los maestros eran alquimistas. Juan Duque Tobón, con su bastón que marcaba el compás de las lecciones, enseñaba gramática como si desvelara los secretos del universo. Emilio Marín, matemático de alma poética, explicaba geometría trazando círculos perfectos en el aire, mientras Lorenzo Mejía, bibliotecario de mirada serena, guiaba a sus alumnos entre los laberintos de Homero y Cervantes.

La ciencia, en este rincón de los Andes, no era fría ni distante. Ya entrado el siglo XX, cuando el calendario parecía avanzar pero el tiempo seguía caminando despacio, el Instituto Salamina conservó esa vocación de santuario. En sus aulas, donde la luz entraba tamizada por vitrales que pintaban el suelo de azules cansados y amarillos de tarde, los maestros seguían siendo alquimistas del alma. Don Gonzalo Tobón, maestro de la vida antes que de cualquier cátedra, hablaba poco y enseñaba mucho: bastaba su silencio para que los muchachos entendieran el peso de la palabra justa. Gonzalo Marín, llegado de Manizales con mapas en la voz, hacía de la historia un relato vivo, como si Bolívar y los arrieros aún cruzaran la plaza al caer la neblina. Don Godofredo Ríos enseñaba con la paciencia de quien sabe que el conocimiento también necesita reposar, mientras Abel Agudelo, bohemio incurable, llenaba las matemáticas de música secreta y noches sin reloj.

Por los corredores todavía resonaban los pasos de Juan Estrada, músico y profesor de educación física, atleta del cuerpo y del espíritu, que afinaba pulmones y voluntades mientras soñaba duetos; junto a él, Juan José Tabares hacía del esfuerzo una forma de armonía. Joel Adarve, con su filosofía lenta y honda, sembraba preguntas que tardaban años en florecer, y nadie salía ileso de ellas. Y eran muchos más, tantos, que la memoria no alcanza: amigos, maestros, faroles humanos. Como antes Juan Duque Tobón marcando el compás con su bastón, Emilio Marín dibujando círculos invisibles, o Lorenzo Mejía guiando entre libros, todos parecían obedecer a un mismo pacto secreto: enseñar no para el examen, sino para la vida. Por eso, cuando hoy el edificio guarda silencio, basta que la tarde se incline un poco para que las voces regresen, mezcladas con el polvo y la nostalgia, repitiendo lecciones que aún no terminamos de aprender.

Cuando diciembre llega con su manto de brisas frescas, Salamina se transfigura. La Noche del Fuego no es simple celebración: es un rito colectivo donde el pueblo exhala su alma. Desde los campos más remotos, donde el café crece entre brumas, descienden familias enteras. Las mujeres visten trajes de colores vivos —azules como el cielo, rojos como la tierra fértil—, y sus cabellos, adornados con flores de papel, ondean al compás de las guabinas y los pasillos que emergen de tiple y bandola.

En la plaza, los globos de aire caliente —esferas de papel sedoso pintadas con versos y retratos de próceres— se elevan lentamente, llevando consigo los sueños de los niños y las plegarias de los ancianos. Abajo, desfilan las comparsas: hombres disfrazados de mitos —el Mohán, el Sombrerón— danzan en círculos hipnóticos, mientras las reinas, coronadas de orquídeas, avanzan como vestales en procesión. María Emilia García, cuyo rostro parece esculpido en mármol de Carrara, personifica a la diosa Chalchiuhtlicue, señora de las aguas; Nancy Gutiérrez Carrasquilla, con su sonrisa que ilumina la noche, evoca a Ixchel, tejedora de destinos; Amparo Isaza, grave y majestuosa, encarna a Palas Atenea, guerrera de la razón.

Al caer la tarde, cuando el sol tiñe de oro las fachadas, los salamíneños se reúnen en el Parque de los Poetas. Allí, entre bustos de bronce que guardan los rasgos de sus ilustres, se escuchan recitales improvisados. Un niño lee un poema a la luna; una abuela cuenta la leyenda de El Dorado, ese reino perdido que, dicen, yace bajo las montañas cercanas. En el Colegio Pio XII, fun-

dado por monseñor Carlos Isaza Mejía que creía en la educación como sacramento, los jóvenes estudian junto a retratos de Tomás Calderón, el sabio cuyo cerebro, se murmura, contenía bibliotecas enteras.

Salamina no duerme. En la noche, las luces de las ventanas parpadean como estrellas terrestres, y en el Café El Polo —antiguo café donde se servían huevos al vapor y Macana y se debatía de política—, los viejos intelectuales juegan al ajedrez, moviendo piezas como si recrearan batallas épicas. Fuera, los ríos Chambery y Posito susurran canciones de cuna, arrullando a un pueblo que, incluso en sueños, sigue creando versos, descubriendo mundos, honrando a sus muertos.

Salamina no es solo un lugar: es un estado del alma. En cada esquina, en cada rostro arrugado que sonríe con dignidad, en cada joven que parte hacia la universidad con una maleta llena de libros y sueños, late la promesa de que la grandeza no es un relicario del pasado, sino una semilla que brota una y otra vez. Aquí, donde los Andes se quiebran en abrazos y los cielos escriben poemas con nubes, el tiempo ha aprendido a detenerse, a guardar en su seno la esencia de lo que significa ser colombiano: indómito, creador, eterno.

Y así, entre el vuelo de los globos que se elevan como sueños al cielo y el murmullo de los ríos que susurran memorias a las piedras, Salamina persiste: faro en la bruma, cuna de genios, estrofa sagrada en el poema eterno de los Andes.

Desde esta indómita Patagonia, donde los vientos también narran epopeyas, escribo estas crónicas del alma para honrar a esta Ciudad Luz, que brilla perpetua en las entrañas de quienes la aman.

Garrita, Dorian y la neblina que escribe memorias en Salamina

Había mañanas en Salamina en que la neblina amanecía con vocación de escribana. Se sentaba en los aleros, se demoraba en los balcones como una anciana curiosa y, con dedos de agua fría, corregía la ortografía del mundo. En 1968 —o tal vez en un año que se le parece— la ciudad despertaba así, suspendida, como si alguien hubiera detenido el péndulo del tiempo para que los hombres aprendieran a mirar.

Yo era joven entonces y creía que el amor podía aprenderse como se aprende una lección de física: por aproximaciones sucesivas. Caminaba hacia el Instituto Nacional con los cuadernos apretados contra el pecho y la certeza de que el día me aguardaba con dos promesas: la voz del profesor Gustavo Galvis y la posibilidad, siempre improbable, de cruzarme con Dorian Escobar en el Parque Bolívar. Entre una cosa y otra se me iba la vida.



En la plaza de Salamina, la neblina se posa en balcones y memorias. Garrita sonríe, el joven avanza con cuadernos y Dorian observa desde lo alto, mientras el tiempo parece detenido. Es una mañana cualquiera de 1968 —o de sus semejantes— cuando la ciudad aprende a mirarse y el amor aún cree que puede estudiarse.. Fotografía Perplexity AI

A Gustavo Galvis nadie lo llamaba por su nombre completo. Era "Garrita", dicho así, con una familiaridad que solo concede el respeto. El apodo no venía de la rudeza sino de la precisión: sus pies, cuando tocaban un balón, sabían aferrarse al lodo como si la cancha fuera una criatura viva que necesitara ser domada con ternura firme. Pero antes de ser futbolista, antes de ser bombero, Garrita era profesor. Y en Salamina, ser profesor era una forma discreta de heroísmo.

El aula olía a tiza y a café recién colado. Desde las ventanas entraba el frío con educación, como quien pide permiso. Garrita comenzaba la clase sin levantar la voz. Tenía el don de los hombres que no necesitan imponerse porque la autoridad les brota de la coherencia. Decía que la física no estaba en los libros sino en la manera en que una pelota aprendía a obedecer a la montaña, en cómo la madera del bahareque resistía el empuje del viento, en la paciencia de la guadua que sabía doblarse sin romperse. Mientras hablaba, yo pensaba en Dorian, y Garrita lo sabía. A veces me sorprendía mirando hacia la Calle Real y no me reprendía. Me parecía que entendía que el amor también educa.

Dorian Escobar vivía en una casa alta, de esas que parecen desafiar a Dios por pura elegancia. Desde su balcón, la ciudad se volvía un mapa sentimental: el kiosco donde sonaban las retretas, la basílica que levantaba sus torres como plegarias de piedra, la fuente que flotaba en la bruma como un recuerdo europeo. Dorian se asomaba algunas tardes y el mundo, obediente, cambiaba de temperatura. No era que hiciera menos frío; era que el frío se volvía soportable.

Garrita cruzaba la ciudad con la naturalidad de quien pertenece a todas partes. En la cancha del estadio Manuel S. Gómez, el barro parecía reconocerlo. Los partidos contra Neira o Aránzazu eran batallas ceremoniales donde se jugaba algo más que el marcador: se defendía una manera de estar en el mundo. Garrita corría con la serenidad de los que conocen el terreno y el destino. Cuando pateaba, el balón describía arcos que no estaban en ningún manual, porque obedecían a leyes antiguas, aprendidas a fuerza de respirar neblina.

Yo lo veía jugar desde la baranda, con el corazón dividido entre la admiración y la prisa. Sabía que, al terminar el partido, Dorian podría aparecer, y esa expectativa era un temblor dulce. Garrita, al salir del campo, me guiñaba un ojo, como si compar-

tiéramos un secreto. Tal vez lo compartíamos: la certeza de que la vida se sostiene en pequeños gestos.

Por las noches, cuando las campanas de la basílica no llamaban a misa sino al fuego, Garrita se transformaba. El uniforme de bombero le daba otra gravedad. En una ciudad de madera, el incendio era un animal voraz que conocía los atajos. Garrita los conocía mejor. Subía escaleras invisibles, se metía en los entresuelos, hablaba con el humo como si fuera un viejo enemigo. La gente decía que entendía la respiración de las casas, que sabía cuándo la guadua estaba a punto de estallar. Yo lo vi una vez, cubierto de hollín, salir de una vivienda salvada por segundos. Tenía la mirada tranquila de quien ha hecho lo que debía.

Entre esas noches y esos días se fue tejiendo mi historia con Dorian. Caminábamos bajo la neblina, aprendiendo a decirnos sin palabras. El balcón era nuestro idioma. A veces, desde el aula, Garrita me veía distraído y sonreía. Otras, en las procesiones de Semana Santa, avanzaba con paso firme mientras yo buscaba la mano de Dorian entre la multitud. Todo ocurría a la vez, como si Salamina hubiera decidido que la simultaneidad era su forma más honesta.

La ciudad tenía sus propias travesuras. Había noches en que la fuente de la plaza parecía murmurar chismes, y uno juraba ver sombras que no pertenecían a nadie. Garrita contaba historias de la montaña, de presencias antiguas que aún vigilaban los caminos. No lo hacía para asustarnos, sino para recordarnos que no estábamos solos en el tiempo.

Llegó diciembre y con él la Noche del Fuego. Los faroles se multiplicaron como constelaciones domésticas. Garrita supervisaba con ojo atento, subía balcones con la agilidad de siempre. Dorian y yo caminábamos juntos, envueltos en luz. En un momento, un farol amenazó con morder la madera seca de una fachada. Garrita apareció de la nada, suspendido entre cielo y tierra, y apagó el peligro con las manos. Nadie aplaudió. No hacía falta.

Esa noche entendí que Salamina no era un lugar sino un estado del alma. Que Garrita no era solo un hombre, sino una manera de sostener el mundo. Que el amor, como la ciudad, se construye con madera fina, con paciencia, con la certeza de que la neblina también escribe.

La melancolía llegó a Salamina sin anunciarse, como llegan las cosas verdaderas. No fue un golpe, sino una sombra leve que empezó a posarse en los objetos: en los pupitres del Instituto, en las graderías húmedas del estadio Manuel S. Gómez, en los balcones donde la madera crujía como si recordara. Yo no sabía aún ponerle nombre, pero ya me habitaba.

Garrita parecía sentirla también. Sus clases se volvieron más lentas, no por cansancio, sino por cuidado. Se detenía en mitad de una explicación como si escuchara algo que los demás no podíamos oír. A veces hablaba del tiempo no como una sucesión de fechas, sino como un material frágil que había que tratar con respeto. Decía que hay cosas que solo se entienden cuando ya no están, y al decirlo miraba por la ventana, hacia ninguna parte, o tal vez hacia todas.

Yo empezaba a sospechar que mi permanencia en Salamina tenía fecha de caducidad. Esa certeza, todavía borrosa, me volvía más atento a Dorian. Cada encuentro era una forma de despedida anticipada. Caminábamos despacio, como si al ralentizar el paso pudiéramos engañar al futuro. Ella hablaba poco, pero cuando lo hacía parecía escoger las palabras con la misma delicadeza con que se enciende una vela. Su risa tenía algo de despedida incluso cuando era plena.

Desde su balcón, Dorian me miraba como si yo ya fuera un recuerdo. No había tristeza en su gesto, sino una aceptación serena, casi sabia, que me dolía más que cualquier llanto. A veces la neblina nos separaba en pleno diálogo visual, y yo sentía que la ciudad conspiraba para enseñarme a perder.

En la cancha, Garrita seguía siendo fuerte, pero había en su juego una economía distinta, como si ya no necesitara demostrar nada. Sus pases eran más precisos, menos vistosos, cargados de una inteligencia callada. Cuando el balón volaba hacia el arco, yo pensaba que así debía sentirse la memoria: un trayecto breve y perfecto antes de caer.

Las noches de incendio se hicieron más frecuentes, o tal vez yo empecé a recordarlas mejor. El fuego, en Salamina, siempre tuvo algo de pedagógico. Enseñaba a valorar la madera, el agua, la solidaridad. Garrita volvía cubierto de ceniza y silencio. Una madrugada lo vi sentado en el borde del parque, solo, mirando la fuente apagada. No parecía cansado, sino pensativo, como si su-

piera que salvar una casa no siempre es suficiente para salvar lo que vive dentro de ella.

En Semana Santa, las procesiones avanzaron más pesadas. Las imágenes parecían conscientes del peso simbólico que cargaban. Yo caminaba junto a Dorian sin atreverme a tomarle la mano. El amor, comprendí entonces, también es una forma de reverencia. Garrita marchaba unos metros adelante, firme, sosteniendo el orden de la fila como si sostuviera el pulso mismo del pueblo.

Fue en esos días cuando empecé a entender que Salamina no me estaba reteniendo: me estaba preparando. Cada gesto de Garrita, cada mirada de Dorian, cada banco de madera del Instituto era una lección final, aunque nadie lo dijera en voz alta.

La Noche del Fuego de ese año fue distinta. Más silenciosa. Los faroles ardían con una luz más íntima, menos festiva. Dorian y yo caminamos juntos apenas unos metros. No hizo falta más. En un balcón cercano, Garrita vigilaba, atento, como si cuidara no solo de las casas, sino de los afectos que estaban a punto de convertirse en recuerdo.

Cuando una vela se apagó por el viento, Dorian se inclinó a encenderla de nuevo. Su rostro, iluminado desde abajo, me pareció el rostro mismo de Salamina: hermoso, frágil, condenado a permanecer solo en quien supiera recordarlo.

Esa noche no nos prometimos nada. No fue necesario. La melancolía ya había hecho su trabajo.

La noticia de mi partida no llegó en forma de anuncio, sino como llegan las verdades que duelen: filtrándose. Primero fue una conversación escuchada a medias, luego un silencio prolongado en la mesa, después la certeza muda de que el tiempo había empezado a recoger sus cosas. Yo seguía yendo al Instituto, seguía cruzando el Parque Bolívar, pero todo tenía un brillo distinto, como si la ciudad ya me estuviera mirando desde la distancia.

Garrita lo supo antes que yo. Los maestros tienen ese don: leen los movimientos del alma con la misma atención con que leen los exámenes. Una tarde, después de clase, me pidió que me quedara. El aula estaba vacía y la neblina entraba sin pudor por las ventanas. No habló de calificaciones ni de trámites. Me habló del viaje como de una forma del aprendizaje. Dijo que uno no se va

de los lugares que ama, que solo aprende a llevarlos mal doblados en el pecho.

Me entregó un cuaderno. No era nuevo. Tenía las hojas amarillas y un olor leve a humo, como si hubiera sobrevivido a algún incendio antiguo. "Escriba", me dijo, "porque lo que no se escribe se quema dos veces". Yo no entendí del todo, pero asentí. Hoy sé que ese fue su último examen.

Con Dorian la despedida empezó mucho antes del adiós. Caminábamos juntos sabiendo que cada paso era irrepetible. Ella me hablaba de cosas pequeñas: del balcón que crujía por las noches, de una grieta nueva en la pared, del modo en que la neblina parecía demorarse más en su casa que en las otras. Yo la escuchaba como se escucha a alguien que se ama y se pierde al mismo tiempo.

Una tarde subí hasta su balcón. No hubo besos largos ni promesas. Nos quedamos mirando la ciudad en silencio. Desde allí, Salamina parecía una maqueta delicada, sostenida por pura fe. Dorian apoyó la cabeza en mi hombro y sentí que ese gesto contenía todos los futuros que no tendríamos. El amor, entendí, también sabe callar.

Garrita siguió siendo bombero, futbolista, profesor, pero algo en él se había vuelto más esencial. Jugaba menos, hablaba menos, miraba más. En una práctica final en el Manuel S. Gómez , el balón rodó hasta mis pies y él me hizo una seña para que lo pateara. Lo hice con torpeza. Garrita sonrió, no por el tiro, sino por el intento. "Con eso basta", dijo. Nunca supe si hablaba del fútbol o de la vida.

La última Noche del Fuego que viví en Salamina no fue luminosa. Fue íntima. Encendí un farol pequeño, casi humilde. Garrita pasó a mi lado, me puso una mano en el hombro y siguió su ronda. Dorian me miró desde su balcón. No levantó la mano. No hizo falta. La ciudad estaba llena de gestos que decían adiós sin pronunciarlo.

El día de la partida, la neblina no se levantó. Parecía una forma de pudor. Al salir, miré una vez más la basílica, el kiosco, las casas altas que desafiaban la gravedad. Pensé en Garrita subiendo una escalera invisible, pensé en Dorian mirando la calle vacía. Entendí entonces que Salamina no se abandona: se queda adentro.

Años después, cada vez que huelo madera húmeda o escucho una campana lejana, vuelvo. Garrita sigue enseñando, Dorian sigue asomada al balcón, la Noche del Fuego no termina nunca. Hay cosas —lo supe gracias a ellos— que ni el tiempo ni el fuego consiguen quemar.

El tiempo hizo lo que sabe hacer: pasar sin pedir permiso. Yo crecí lejos de Salamina, pero nunca fuera de ella. Aprendí ciudades nuevas, otros climas, otras urgencias, y aun así había mañanas en que despertaba con la sensación de haber caminado, horas antes, por la Calle Real. La memoria no obedece a la geografía. Se mueve por afinidades.

Durante años creí que lo que extrañaba era a Dorian. Y lo era, pero no solamente. Extrañaba la manera en que su nombre se acomodaba en mi respiración, la forma en que su silencio completaba el mío. Con el tiempo entendí que ella se había convertido en una forma del recuerdo, en una luz quieta que no reclamaba presencia. A veces la sueño todavía, apoyada en el balcón, mirando una ciudad que ya no necesita ser explicada.

De Garrita supe por terceros, como se sabe de los hombres que han decidido volverse ejemplo. Me dijeron que siguió enseñando hasta que la voz se le volvió más pausada, que dejó la cancha sin hacer ruido, que continuó saliendo a los incendios como si el fuego aún pudiera sorprenderlo. Alguien mencionó que, ya mayor, se detenía a mirar las casas como quien revisa un álbum familiar. Yo supe entonces que había entendido todo.

Hay maestros que no terminan cuando acaba el curso. Garrita fue uno de esos. Me enseñó que la fuerza no está en imponerse sino en sostener, que la disciplina puede ser una forma del cariño, que el heroísmo verdadero ocurre cuando nadie está mirando. Cada vez que enfrento una dificultad, recuerdo su manera de pararse, ligeramente inclinado hacia adelante, como si siempre estuviera dispuesto a recibir el golpe primero.

Volví a Salamina muchos años después. La ciudad seguía allí, y sin embargo era otra. O tal vez el otro era yo. Caminé por el parque, toqué la madera de los balcones, escuché la fuente. Nada me resultó ajeno. Sentí que el pasado no estaba detrás, sino alrededor. Pregunté por Dorian sin preguntar. No hacía falta. Algunas presencias no se buscan: se aceptan.

En el Instituto Nacional, un aula llevaba otro nombre en la puerta, pero el aire era el mismo. Me senté en un pupitre vacío y abrí el cuaderno que Garrita me había regalado. Aún lo conservo. Las hojas están llenas de una letra que ya no es la mía, pero que nació allí. Comprendí que escribir fue mi manera de no irme del todo.

Esa noche caminé hasta el Mirador. La neblina apareció puntual, como si alguien la hubiera citado. Vi las luces encenderse una a una. Pensé en la Noche del Fuego, en las manos de Garrita apagando un peligro, en Dorian inclinándose para proteger una llama pequeña. La ciudad respiraba despacio, segura de sí.

Entendí entonces que la permanencia no es quedarse, sino haber sido atravesado. Salamina me había enseñado a mirar, Garrita a sostener, Dorian a amar sin retener. Nada de eso se pierde. Se transforma.

Cuando bajé de la colina, supe que no volvería a despedirme. Ya no era necesario. Hay lugares —hay personas— que se vuelven una parte silenciosa de uno mismo. Y desde allí, desde esa región invisible, siguen iluminando.

La neblina cerró la noche como un párpado. En algún lugar, una campana sonó. Y aunque no supe si llamaba al fuego o a la memoria, caminé tranquilo. La luz, en Salamina, siempre sabe encontrar su camino.

Con el tiempo comprendí que la historia no pedía más escenas, sino un último silencio. Hay relatos que no se cierran con hechos, sino con comprensión. Yo había buscado durante años una forma de decir gracias sin pronunciar la palabra, y entendí que este cuento era ese gesto.

Gustavo "Garrita" Galvis no fue un héroe de estatua ni de discurso. Fue un hombre que supo estar donde hacía falta: frente a un tablero, detrás de un balón, delante del fuego. Su grandeza no residió en la fuerza de sus manos, sino en la firmeza con que sostuvo la vida ajena. Cuando pienso en él, no lo veo viejo ni joven, sino entero, como si el tiempo hubiera decidido respetarlo.

Dorian Escobar tampoco pertenece al pasado. Vive en una forma distinta del presente. En la manera en que la luz toca la madera, en la paciencia con que una llama se defiende del viento,

en la dignidad silenciosa de lo que no se exige. Amarla fue aprender que el amor no siempre se queda, pero siempre enseña.

Y Salamina... Salamina es el lugar donde todo ocurrió y sigue ocurriendo. Una ciudad que no envejece porque no depende del calendario, sino de la memoria. Sus balcones, su neblina, su fuego ritual no son decorados: son un lenguaje. Allí aprendí que la belleza también es responsabilidad, que cuidar es una forma de amar.

Hoy, cuando alguien me pregunta de dónde soy, a veces dudo. No porque no lo sepa, sino porque la respuesta no cabe en una sola palabra. Soy de donde me enseñaron a mirar con respeto, a amar sin posesión, a servir sin aplauso. Soy, inevitablemente, de Salamina.

Este cuento no intenta conservar lo que fue, sino honrar lo que permanece. Porque hay fuegos que no destruyen, hay amores que no terminan y hay maestros que no se van nunca.

En la Ciudad Luz, la neblina sigue escribiendo cada mañana. Y mientras lo haga, Gustavo Galvis seguirá caminando sus calles, Dorian seguirá asomada a su balcón, y yo — aunque en la Patagonia — seguiré regresando.

¡Aquí termina el relato... No la luz!

Salamina donde la niebla fundo patria que brotó del monte
Donde la montaña empieza a hablar

Hay tierras que parecen haberse guardado un secreto en lo profundo del monte. Salamina, en el corazón de la cordillera central, fue una de esas. Antes de que tuviera nombre, fue sólo un murmullo entre neblinas, un rumor de machetes abriéndose paso en la selva, de bestias cargadas y hombres con los pies mojados por la bruma, venidos del norte, de tierras altas y frías.



En esta imagen se evoca la fundación de Salamina, un pueblo que nació entre montañas y esperanza. Las casas de techo de paja rodean la iglesia, símbolo de fe y unidad, mientras el sol ilumina los caminos que vieron llegar a los primeros pobladores, forjando historia, tradición y cultura en el corazón del paisaje andino colombiano.. Fotografía CHAT GPT AI

Los llamaron colonos, pero bien pudieron haber sido peregrinos o buscadores de augurios. Salieron de Sonsón, provincia de Antioquia, empujados por el deseo, por la escasez de tierra propia, por el hambre, por el instinto de fundar. Atravesaron cañones, ríos embravecidos, y selvas donde el verde lo cubría todo con obstinación. Descendieron hasta el río Arma y lo siguieron como quien sigue una vena de vida en medio de la espesura, hasta que la montaña les susurró que era ahí, que ahí debía ser.

Aquel asentamiento primero, en la parte alta de la cordillera, cayó en tierras de la entonces concesión Aranzazu, en un paraje que llamaban Sabanalarga. No había plaza ni campanario. Pero sí una choza de madera y techo de palma que hacía las veces de iglesia, y algunas casas rústicas, nacidas del sudor, la esperanza y el barro. Así se dio el milagro de lo humano en medio de lo salvaje.

Posteriormente, el grupo de colonos decidió trasladarse a la vereda de Encimadas, donde eligieron asentarse en una meseta que ofrecía mejores condiciones para la defensa, pues desde allí podían vigilar los alrededores y protegerse con mayor facilidad de los aborígenes que habitaban la región.

El 8 de junio de 1825, el entonces presidente de la Gran Colombia, Francisco de Paula Santander, con pluma de poder lejano, le otorgó a ese caserío el título de parroquia. Aquel decreto no fue sólo un acto administrativo: fue la confirmación de que la vida se abría paso entre las sombras de la montaña. Desde entonces, Salamina dejó de ser sólo tierra, y empezó a ser memoria.

Pero esta crónica no se conforma con lo que dicen los libros. Aquí hablaremos también de lo que no se escribió: de los sueños, de las voces del bosque, de las mujeres que tejieron el alma del pueblo con sus manos, de los personajes que vinieron con nombres de bautismo y de aquellos que nacieron del barro, del mito o del miedo. Esta es la historia de cómo se fundó Salamina... contada por la niebla que lo vio todo.

Fue así como la niebla, que antes lo cubría todo en silencio, empezó a hablar con la voz de un pueblo que nacía.

Las calles, rectas como la voluntad de sus fundadores, comenzaron a trazar la forma de la esperanza. Fue Juan José Ospina, con mirada de arquitecto sin título y alma de soñador, quien delineó

las primeras calles en forma de cuadrícula, alrededor de un templo humilde que se alzaba como faro en medio de la bruma. Allí, en torno a ese primer centro espiritual, comenzó a formarse la aldea, creciendo como un abrazo en torno a la actual plaza principal.

La vida comunitaria requería orden, y fue Nicolás Gómez Zuluaga, con su voz justa y el respeto ganado a pulso, quien ejerció como primer juez, resolviendo conflictos con el equilibrio de quien conoce tanto la ley escrita como la del monte. Bajo su mirada vigilante se tejieron los primeros acuerdos, las primeras normas de convivencia, tan esenciales como los caminos y los techos.

Desde ese núcleo fundacional, y en apenas unas décadas, Salamina comenzó a proyectarse más allá de sus laderas. De sus entrañas partieron los fundadores de pueblos que llevarían su pulso a otras tierras: Filadelfia, Neira, Santa Rosa de Cabal, Manizales, Aránzazu, Pensilvania, La Merced, Marulanda, San Félix, y muchos otros. Por eso, el viento empezó a llamarla "la ciudad madre de los pueblos", y no era una metáfora, sino la verdad que brotaba con cada expedición hacia el sur, el oriente o el poniente.

A mediados del siglo XIX, Salamina ya era más que un caserío; era capital de uno de los cantones de la provincia de Antioquia y punto neurálgico de la colonización antioqueña. Se convirtió en un poblado pintoresco, de calles angostas y rectas, bautizadas con nombres de héroes y batallas, como si los adoquines recordaran la gesta de los fundadores a cada paso.

Las casas, construidas al estilo paisa, eran testimonio de una estética propia: ventanas arrodilladas de curvatura marcada, balcones neoclásicos de hierro forjado o madera tallada, zaguanes espaciosos, y más tarde, portones con imágenes labradas por el maestro Tangarife, cuyas manos parecían conocer el alma de la madera.

En 1860, la fe y la belleza se fundieron en piedra y cedro con la construcción del templo actual, en el costado norte de la plaza. Su diseño, firmado por el ingeniero inglés William Martin, trajo a la montaña un eco de los templos antiguos, con su arquitectura románica inspirada en el templo de Salomón. En su interior, los tallados del maestro Tangarife contaban, sin palabras, la historia sagrada del pueblo. La campana —fundida con joyas de oro y plata que donaron los propios habitantes— se convirtió en un símbolo del alma compartida, de esa voluntad de comunidad que no conocía límites.

Pronto, entre cafetales y neblinas, nacieron poetas, músicos, pintores, pensadores, como si el aire mismo trajera inspiración. Salamina comenzó a iluminar otras tierras no solo con sus colonos, sino con su arte. Por eso también se le empezó a llamar, con justicia y orgullo, la Ciudad Luz de Colombia.

Y mientras tanto, la montaña seguía hablando, y la niebla, como testigo antiguo, lo recordaba todo.

Donde la palabra se vuelve destino

La montaña ya no hablaba en murmullos. Ahora tenía voz de campana, eco de versos, resonancia de canciones que nacían entre balcones florecidos y patios donde las mujeres hilaban el alma del pueblo.

Salamina había pasado de ser promesa a ser certeza. En las calles rectas que trazó Juan José Ospina, comenzó a caminar el tiempo. El barro de los caminos se hizo polvo, el polvo memoria, y la memoria historia. A la sombra del templo, las campanas marcaban no solo las horas, sino también los nacimientos, las bodas, los duelos y los días de fiesta. Cada tañido era un capítulo que se agregaba al relato vivo del pueblo.

Los fundadores, aquellos hombres y mujeres de nombres que ya suenan a mito, seguían presentes en cada rincón. Francisco Velásquez recorría la plaza con la mirada firme de quien sabe que la fundación no termina con el acta, sino con la constancia del ejemplo. Fermín con sus hijos, Pablo y Manuel López, Nicolás Gómez Zuluaga, organizaban mingas, discutían los límites de las tierras, soñaban nuevas rutas. Carlos Holguín, José Hurtado, José Ignacio Gutiérrez, Antonio Gómez Zuluaga... todos eran artesanos de un orden nuevo, pero hecho a pulso, entre cafetales, sudor y oración.

Y no menos fundamentales fueron las mujeres. Ana Josefa García, Trinidad Álvarez Mesa, Micaela Delgado, Manuela Villa... Las que preparaban el pan, tejían las mantas, cuidaban a los hijos y mantenían la llama encendida. Ellas también eran constructoras, aunque no llevaran machete ni plomada. Fueron ellas quienes, con palabras suaves y firmes, forjaron el carácter profundo de Salamina.

Pronto, el pueblo comenzó a pensarse a sí mismo. Nacieron las primeras tertulias, en zaguanes abiertos o esquinas tibias al

sol. Se hablaba de política, de literatura, de Dios y del destino del país. El espíritu ilustrado llegó en forma de libros que venían desde Medellín o Bogotá, cargados por arrieros que sabían que una mula con papel podía pesar más que una con café.

De ese fermento salieron los primeros poetas y oradores, jóvenes que improvisaban décimas en las fondas, que recitaban a Silva o a Pombo, pero que también se atrevían a escribir sus propias metáforas, inspiradas en los riscos, en la niebla, en el canto de los grillos. La palabra se volvió destino, y Salamina empezó a mirarse en el espejo de su alma creadora.

Al mismo tiempo, el arte popular florecía. La madera cobraba vida en las manos del maestro Tangarife, pero también en los talleres que surgían en los patios, donde los hijos de los fundadores aprendían a tallar, a pintar, a cantar. Los balcones no eran solo arquitectura: eran escenarios desde donde se lanzaban serenatas y se tejían romances.

En las escuelas, los niños aprendían a escribir su nombre y a memorizar el de Bolívar. Pero también aprendían a escuchar los cuentos del abuelo, a reconocer las montañas, a distinguir los cantos de los pájaros. Porque en Salamina, desde temprano, se entendió que la educación verdadera no sólo está en los libros, sino en el monte, en la memoria oral, en el ejemplo cotidiano.

Y mientras en otros lugares la historia se imponía a sangre y fuego, aquí se sembraba con palabra, arte y trabajo. Por eso Salamina no solo fue madre de pueblos: fue semilla de sensibilidad. Y esa semilla, con los años, daría frutos de música, de literatura, de ciudadanía.

Desde la torre de su templo, desde la traza recta de sus calles, desde los portones tallados y las ventanas arrodilladas, Salamina ya no era solo un lugar. Era un espíritu. Una forma de estar en el mundo.

Y la niebla, testigo fiel, lo seguía observando todo, envuelta en silencio... como si supiera que el mejor relato siempre se susurra, no se grita.

Donde las mujeres comenzaron a tejer el alma del pueblo

No sólo los machetes abrieron trocha. No sólo los hombres cargaron con las maderas y delinearon las primeras calles. Cuando Salamina todavía era una promesa en el lodo, fueron las mujeres quienes comenzaron a darle sentido al día, al abrigo, al pan y al rezo.

Ana Josefa García, con sus manos de barro, moldeaba vasijas en las que se cocía el primer alimento comunal. Micaela Delgado sabía curar con yerbas y plegarias. Manuela Villa recogía a los niños de la vereda para enseñarles a escribir sus nombres con carbón sobre madera. Y Trinidad Álvarez Mesa, con su voz fuerte, organizaba las labores del templo y tejía en silencio los mantos de la Virgen. De ellas y de muchas más sin nombre quedó sembrada la costumbre de llamar al corazón del pueblo por su alma femenina.

Las casas aún olían a guayacán recién cortado y a brea de antorcha. Alrededor del templo nacieron los primeros oficios: el herrero, el talabartero, el fabricante de tejas, el músico empírico que afinaba el viento en su flauta de caña. Juan José Ospina, con ojo meticuloso y alma de agrimensor, trazó las primeras calles rectas, que bajaban con firmeza por la pendiente. Cada tramo recibía el nombre de un héroe de la patria, como si invocarlos fuera una manera de proteger la naciente aldea.

Nicolás Gómez Zuluaga, primer juez del poblado, resolvía pleitos con ecuanimidad en su voz pausada. Conocía el peso de cada palabra y supo que la justicia debía instalarse como columna fundacional, tanto como el alero o la oración. Junto a su hermano Antonio, y a pioneros como Francisco Velásquez, Fermín, Manuel y Pablo López, Carlos Holguín, José Hurtado, José Ignacio Gutiérrez y Nicolás Echeverri, se construyó no sólo un caserío, sino un pacto de permanencia.

Al caer la tarde, el sol se colaba por los balcones de madera tallada y los zaguanes olían a panela caliente. Ya no eran sólo casas, ya era un pueblo que empezaba a reconocerse en el eco de su plaza, en el tañido de su campana forjada con joyas de esperanza, en la voz de un niño que recitaba los salmos.

Salamina crecía, sí, pero también soñaba. Y en ese sueño se empezó a escribir su otro destino: el de ser madre de pueblos y faro de cultura. Desde sus bordes ya partían comitivas con mache-

tes y santos, que irían a fundar lo que serían luego Filadelfia, Neira, Manizales, Aranzazu, La Merced y muchos otros caminos que nacieron aquí, entre brumas y memorias.

Así fue como la aldea dejó de ser sólo una fundación, para convertirse en una visión compartida. Y esa visión, que parecía salir de entre las montañas, seguía creciendo con cada paso, con cada rezo, con cada mujer que tejía su nombre en la historia.

Donde la palabra encendió la luz

Cuando el templo ya era basílica, cuando las calles de Salamina respiraban nombres de batallas y las casas lucían balcones neoclásicos que parecían alas abiertas al paisaje, algo nuevo empezó a germinar entre sus gentes: el deseo de pensar en voz alta, de hablar con la pluma, de hacer del lenguaje un modo de habitar el mundo.

Fue así como nació la Tertulia Literaria de Salamina, en una casa blanca de altos ventanales y piso de madera crujiente, donde las ideas entraban como el café recién hecho: humeantes, fuertes, con alma de madrugada. No tenía nombre oficial, ni estatutos, ni membretes. Se reunían simplemente porque sí, porque el espíritu se los pedía, porque el silencio del atardecer merecía ser compartido con un poema o una discusión sobre la belleza o la muerte.

Allí se sentaban poetas, abogados, maestros, carpinteros y bordadoras. Allí se leyó por primera vez un soneto de Gregorio Gutiérrez González, se recitaron versos de Epifanio Mejía, y se debatió con fervor sobre la influencia francesa en las letras. Allí las mujeres, con mirada aguda y voz firme, también ocuparon el centro del círculo, reclamando su lugar en la conversación del país.

Esa tertulia fue más que un encuentro: fue una semilla. De ella brotaron publicaciones locales, escuelas de pensamiento, círculos filosóficos, y sobre todo, una sensibilidad que convirtió a Salamina en un faro para el resto del país. Pronto, comenzaron a llegar visitantes de otras tierras: periodistas de Bogotá, músicos de Medellín, profesores de Tunja, todos atraídos por esa mística bruma donde las palabras parecían tener cuerpo.

La ciudad, que ya era madre de pueblos, se convirtió también en madre de ideas. De sus talleres salieron pintores que entendieron el paisaje como un acto espiritual. Sus calles vieron pasar a músicos

que componían mirando los guayacanes en flor. Sus cafés fueron escenario de debates sobre la política y la poesía, sobre el alma nacional y la belleza de una palabra bien dicha.

Los salamineños no se conformaron con repetir lo aprendido: crearon su propia voz, su propio estilo. Y esa voz, hecha de rumor de montaña y cadencia antioqueña, se extendió como una canción antigua por los caminos del país.

Por eso, cuando en el resto de Colombia se hablaba de Salamina, no era sólo para recordarla como ciudad madre, sino como la ciudad que pensaba, que sentía, que iluminaba. La ciudad que había hecho de la palabra una lámpara encendida entre la niebla.

Y si bien esta crónica puede leerse como una reconstrucción histórica, también es, sobre todo, un homenaje íntimo desde mi imaginación al bicentenario de mi amada Salamina. Una manera de devolverle en palabras lo que ella ha sembrado en tantas almas: belleza, memoria y raíz.

La llamo con orgullo "Tierra Buena", como la llamó el insigne escritor Rodrigo Jiménez Mejía, quien no sólo supo narrarla con sabiduría y ternura, sino que también forma parte de su carne misma, como descendiente de Nicolás Gómez Zuluaga, uno de los fundadores de esta historia —quien también fue el primer juez del poblado y es, a su vez, mi antepasado, padre de Eleuterio Gómez y abuelo de Ramón María Gómez, mi bisabuelobuelo.

Escribo entonces no solo con tinta, sino con sangre. Porque en cada línea late un agradecimiento, una deuda de amor con esta tierra de calles neblinosas y espíritu claro. Salamina no sólo existe en los mapas: existe en la memoria, en los versos, y en el corazón de quienes, como yo, llevan su historia en los huesos.

Linaje, memoria y misión
la herencia viva de Salamina

Hay nombres que no se borran con el paso del tiempo. Nombres que no solo figuran en las actas de fundación de los pueblos, sino que laten en las calles rectas, en las campanas de las iglesias, en la voz de los abuelos y en las memorias familiares que se transmiten como tesoros invisibles. Son nombres que atraviesan generaciones como una corriente subterránea, silenciosa pero constante, que alimenta la identidad colectiva. Para mí, ser descendiente



Bajo el cielo dorado de Salamina, la memoria se vuelve presencia. Entre montañas y arquitectura ancestral, un heredero contempla el legado de quienes fundaron y guiaron este pueblo. El pasado no es sombra, es raíz viva: justicia, liderazgo y servicio que atraviesan generaciones y convierten la historia familiar en compromiso con el presente.. Fotografía CHAT GPT AI

directo de José Nicolás Gómez Zuluaga, uno de los fundadores de Salamina, Caldas, y su primer juez de facto, es un honor profundo que me conecta con la historia viva de esta tierra, con la esencia misma de su identidad. Pero no solo él hace parte de ese linaje de servicio y compromiso. También lo fueron su hijo, Eleuterio Gómez, y su nieto, Ramón María Gómez, ambos alcaldes en repetidas ocasiones. Llevar esa herencia en la sangre es llevar la historia de un pueblo como fuego sagrado, una llama que no consume, sino que ilumina y orienta.

En cada rincón de Salamina hay una historia, pero muy pocas veces se piensa en quiénes pusieron la primera piedra, en quiénes decidieron quedarse en este suelo fértil, bello y desafiante para forjar una comunidad donde antes solo había montaña y silencio. Aquellos primeros colonizadores no encontraron caminos trazados ni estructuras definidas: tuvieron que abrir trochas, levantar viviendas, sembrar cultivos y, sobre todo, sembrar confianza. Fundar un pueblo no era solamente delimitar tierras; era acordar normas, establecer principios de convivencia, construir un sentido de pertenencia común.

Uno de ellos fue José Nicolás Gómez Zuluaga, uno de los pioneros que participó activamente en la fundación del municipio en 1825, como parte del movimiento colonizador antioqueño que expandió la frontera agrícola y cultural hacia el sur. Ese proceso no fue sencillo: implicó desplazamientos largos, adaptación a geografías complejas y la decisión valiente de empezar desde cero. En ese contexto, cada acción tenía un peso histórico. Cada decisión contribuía a modelar el carácter del naciente municipio.

Pero más allá de haber sido uno de los fundadores, su papel como primer juez de facto de Salamina le da un peso simbólico y real a su legado: fue la figura encargada de impartir justicia en una comunidad naciente, cuando las leyes apenas se acomodaban a las realidades del terreno, cuando la autoridad se construía desde la legitimidad que otorgaba la rectitud, la palabra y el ejemplo. Ser juez en ese contexto no era ejercer poder, sino equilibrio, sabiduría y mesura. La justicia no estaba respaldada por grandes edificios ni por códigos extensos, sino por la credibilidad moral de quien la administraba.

Me pregunto con frecuencia cómo serían sus días, sus decisiones, los conflictos que debía mediar y la confianza que su palabra inspiraba. En un mundo donde la institucionalidad era

frágil y la vida comunitaria dependía del respeto mutuo, ser juez era ser constructor de armonía. Seguramente enfrentó disputas por tierras, desacuerdos familiares, tensiones inevitables en una comunidad en formación. Cada veredicto debía buscar no solo resolver un problema inmediato, sino preservar la cohesión social. Saberme su descendiente me lleva a pensar en la justicia no solo como un valor legal, sino como una forma de vida, una ética cotidiana.

La historia no se detuvo con él. Su hijo, Eleuterio Gómez, también dejó huella profunda en Salamina. Fue alcalde en varias ocasiones, y su gestión es recordada por su compromiso con el desarrollo del municipio en momentos complejos, cuando el país transitaba por guerras civiles, crisis políticas y cambios económicos. Gobernar entonces era también resistir y construir. Era administrar recursos escasos, mediar en divisiones partidistas, sostener la estabilidad local mientras el país parecía fragmentarse. Eleuterio encarnó la vocación de servicio público, una herencia paterna que supo multiplicar con decisión y sentido práctico.

Pero la cadena no se detuvo ahí. Ramón María Gómez, nieto de José Nicolás e hijo de Eleuterio, también fue elegido alcalde en diversas oportunidades. La gente confiaba en él, como había confiado en sus antecesores. Su nombre aparece en los archivos municipales, en testimonios orales, en los libros polvorientos de actas que duermen en algún archivo del municipio. Esas páginas no solo consignan decretos y nombramientos; allí también están las ideas de progreso, las discusiones sobre educación, los esfuerzos por mejorar las vías, garantizar el agua potable, fortalecer la institucionalidad local y preservar la tradición cultural.

Soy heredero de esos nombres. No de sus cargos —que fueron pasajeros—, sino de su vocación de liderazgo, su espíritu de justicia y su compromiso con el bien común. Esa herencia no se traduce en privilegio, sino en responsabilidad. Me recuerda que la autoridad verdadera no se impone: se construye con coherencia y servicio.

A lo largo de mi vida, he comprendido que la identidad no es solo una etiqueta de procedencia, sino una raíz que alimenta cada decisión. Ser descendiente de quienes construyeron y sirvieron a Salamina me compromete a mirar esta tierra con otros ojos. No puedo caminar por la plaza, por el cementerio o por las veredas sin sentir que parte de mi historia personal está anclada aquí, sin escuchar ecos de conversaciones pasadas, sin imaginar la voz de

José Nicolás leyendo un veredicto, o a Eleuterio organizando un cabildo, o a Ramón María dialogando con sus conciudadanos. Es como si el tiempo no fuera una línea que se rompe, sino un círculo que se expande.

La memoria es un hilo invisible que une generaciones. En mi casa se hablaba con respeto de los antepasados. No como ídolos, sino como seres humanos que vivieron con intensidad su tiempo y asumieron responsabilidades con dignidad. También cometieron errores, como todo ser humano, pero supieron responder a las circunstancias con carácter. Esos relatos alimentaron mi sentido de pertenencia, mi orgullo sano por ser salamineño, mi deseo constante de seguir contribuyendo, desde mis capacidades, al bienestar del lugar que me vio nacer.

Muchas personas creen que el linaje es un pedestal. Yo no lo veo así. Ser descendiente de estos hombres no me hace mejor que nadie. Pero sí me invita, cada día, a vivir con coherencia, a actuar con integridad, a honrar sus nombres no desde el orgullo vacío, sino desde el compromiso con lo público, la defensa de la verdad y la búsqueda del bien común. El verdadero homenaje no está en repetir sus hazañas, sino en adaptar sus valores a los desafíos actuales.

No basta con recordar: hay que actuar. Y actuar con conciencia de lo que representamos. Ser nieto, bisnieto o tataranieto de líderes es una invitación a ser también servidor, a escuchar, a proponer, a cuidar. A entender que el liderazgo auténtico no es protagonismo, sino responsabilidad compartida.

Hoy, cuando el mundo se mueve entre el escepticismo y la indiferencia, cuando la política se ve con sospecha y la historia se olvida con facilidad, me resulta urgente y necesario decir que sí, hay linajes que valen la pena reivindicar, no por nostalgia, sino porque en ellos hay claves para construir presente y futuro. La historia no debe ser un museo inmóvil, sino una fuente de aprendizaje activo.

Salamina no es cualquier pueblo. Su historia cultural, su arquitectura, su gente, su temple, todo habla de una identidad forjada con esfuerzo, con sueños, con vocación de futuro. Ser parte de esa historia desde las raíces mismas me permite ver este municipio con un amor que no es ciego, sino crítico, activo y esperanzador.

Desde esta lejana Patagonia, con la tecnología a mi alcance y los desafíos contemporáneos golpeando la puerta, siento que mi deber como descendiente de José Nicolás, Eleuterio y Ramón María Gómez es seguir abonando este suelo, ahora con ideas, con proyectos, con reflexión y participación. Quiero que las nuevas generaciones conozcan sus nombres, no como adornos del pasado, sino como faros para el presente.

Estoy convencido de que recordar es resistir al olvido, y honrar es transformar la memoria en acción. La historia no debe ser solo objeto de conmemoración, sino semilla para el porvenir.

Quizás nunca llegué a conocer sus rostros más que por fotografías borrosas o relatos lejanos, pero sus vidas laten en la mía. Cuando hablo de Salamina, cuando escribo, cuando sueño, cuando defiendo una causa justa, sé que lo hago también por ellos.

Ser su descendiente no es una casualidad: es una misión.

Marulanda
Crónica de la Perseverancia en el Alto Oriente Caldense

La historia de Marulanda, anclada en la imponente geografía del Alto Oriente de Caldas, no es un relato de un solo hombre o de un solo día. Es una epopeya fraguada en dos tiempos, marcada por la visión de un militar veterano y la tenacidad inquebrantable de los colonos que lo secundaron, cuyas manos y voluntad garantizaron lo que la sola autoridad no pudo conseguir. En el corazón de esta crónica de cimentación, la figura del General Cosme Marulanda se alza como el visionario, pero la del colono Eleuterio



De pie sobre la montaña que ha trabajado toda su vida, este campesino encarna la dignidad del campo colombiano. Entre cafetales, caminos de tierra y una casa humilde al fondo, su mirada serena refleja esfuerzo, tradición y arraigo. Es el rostro silencioso de generaciones que sembraron futuro en las laderas verdes de Salamina.. Fotografía CHAT GPT AI

Gómez, junto a su hermano Juan C. Gómez y Pedro Mejía, emerge como el verdadero cimiento de la aldea que se negaba a morir.

El siglo XIX en el territorio que hoy conforma Caldas fue un lienzo de migraciones y conflictos, conocido como la Colonización Antioqueña. La presión demográfica, la búsqueda de nuevas vetas mineras y, sobre todo, la necesidad de pacificación social tras las incesantes guerras civiles, impulsaron un vasto movimiento de pioneros hacia el sur. En este contexto, el General Cosme Marulanda, oriundo de Salamina, se erigió como uno de sus protagonistas.

Su primer contacto con estas tierras, vastas y vírgenes, se remonta a 1810, cuando exploró el territorio, mucho antes de que se consolidara la oleada migratoria. Durante décadas, la imagen de esos altos páramos y laderas fértiles, que en épocas precolombinas habían sido hogar de los Pantágoras y Pícaras , debió fermentar en su mente, aguardando el momento propicio.

Avanzada ya su vida, con 67 años, y habiendo acumulado experiencias en «luchas y persecuciones» , el General Marulanda regresó. En 1877, actuando como representante legal de la Concesión González & Salazar , tomó la decisión de fundar la Aldea de Marulanda en un paraje conocido como Plancitos, ubicado en la margen izquierda del río Guarinó. El General soñaba con crear un «pueblo deseado» , un remanso donde las familias pudieran ser «socios de esa empresa colonizadora».

Sin embargo, la voluntad de un líder, por más experimentado que fuera en la guerra, no era suficiente para doblegar la aspereza de la cordillera. El primer asentamiento en Plancitos, a pesar del ímpetu inicial, “no perduró”. Las razones, probablemente ancladas en la dificultad del terreno, la falta de logística o el rigor climático, demostraron que la fundación de un pueblo requería más que una proclamación: necesitaba raíces profundas, trabajo coordinado y una fe inamovible en el porvenir. Se necesitaban hombres con una perseverancia a prueba de aislamiento y fracaso.

Eleuterio Gómez: El Artífice del Cimiento

El fracaso de Plancitos fue el punto de inflexión. El General Marulanda entendió que la colonización, al contrario que la conquista militar, no se consolidaba por decreto, sino por la lealtad comunitaria. La segunda y definitiva fundación exigía el compromiso de familias que estuvieran dispuestas a mudarse, construir y sembrar, asegurando que esta vez, el pueblo perdurara.

Es aquí donde la crónica debe posar la mirada en el colono Eleuterio Gómez, en su hermano Juan C. Gómez y en Pedro Mejía. La historia, en su concisión, los reconoce a todos como colaboradores «muy decididos». No obstante, al analizar el contexto, la decisión de Eleuterio es la que representa el salto de la fundación fallida al éxito inquebrantable.

Eleuterio Gómez encarna el arquetipo del colono pionero: el hombre de familia con las habilidades prácticas y la tenacidad para convertir el monte en hogar. Su contribución, junto a su hermano Juan C. Gómez, era de un valor inestimable. Ellos no eran simplemente seguidores del General; eran los proveedores de la mano de obra, los conocimientos agrícolas y pecuarios, y la estabilidad social que transformaba una concesión de tierra en una comunidad.

Mientras el General Marulanda ofrecía el amparo legal—el derecho a establecerse—, Eleuterio Gómez ofrecía la garantía del sustento: la capacidad de trabajar la tierra, levantar la arquitectura de tabla parada característica de la región y asegurar que las provisiones duraran el invierno. La presencia decidida de los Gómez significaba familias asentadas, campos cultivados, y la promesa de que la aldea no sería abandonada de nuevo.

Junto a ellos, la familia Mejía, con Don Teodoro y Pedro Mejía, completaban el cuarteto de forjadores que blindó el proyecto. Pedro Mejía, como Eleuterio, representa el esfuerzo anónimo pero indispensable, el compromiso de mover a su familia, sus herramientas y sus sueños a un lugar tan inhóspito como bello, a 2.825 metros sobre el nivel del mar. Estos hombres no solo creyeron en el sueño de Marulanda; invirtieron sus vidas en él.

Con el apoyo asegurado de Eleuterio y Juan C. Gómez, Pedro y Teodoro Mejía, y otras «numerosas familias, principalmente de origen antioqueño» , el General Marulanda lideró el reasentamiento. Dejaron atrás el paraje sombrío de Plancitos para establecer el pueblo actual en «tierras fértiles».

La decisión de Eleuterio Gómez de seguir adelante, de comprometerse con el General después de haber presenciado un fracaso, debió ser un acto de fe y pragmatismo. No se trataba de un capricho militar, sino de una oportunidad para edificar un futuro para sus descendientes, lejos de la inestabilidad central. Su papel en la logística de la reubicación, en la medición y división inicial de los solares, y en

la organización del trazado de calles—por rudimentario que fuese en sus inicios—fue determinante. Es altamente probable que Eleuterio y su hermano fueran los encargados de movilizar los recursos necesarios para construir los primeros edificios esenciales, como la capilla provisional y los primeros establecimientos comerciales.

La aldea, consolidada por este esfuerzo mancomunado, comenzó a florecer. Los colonos, muchos de ellos campesinos habituados a la ganadería de altura, encontraron un entorno ideal para la actividad pecuaria, que con el tiempo definiría la identidad del municipio, llevándolo a convertirse en un referente en la ovinocultura. La energía y el esfuerzo de los co-fundadores crearon una comunidad autosuficiente, capaz de sostenerse en un aislamiento geográfico que, paradójicamente, contribuiría a la preservación de su cultura y arquitectura.

La fundación de la aldea en 1877, un esfuerzo en el que el ímpetu de Marulanda se fusionó con la tenacidad de Eleuterio Gómez y sus pares, no solo fue un hito geográfico, sino también un triunfo social. Consolidada la población, el reconocimiento político no se hizo esperar, y en 1885, la aldea fue formalmente erigida como municipio.

El Legado de los Constructores

La vida del General Cosme Marulanda se apagó poco después de ver su sueño realizado. Falleció en 1887, diez años después de haber fundado la aldea, dejando un «legado de perseverancia y un símbolo de esperanza para las generaciones futuras». Su nombre quedó inmortalizado en el territorio que él, como representante de la Concesión, ayudó a legitimar.

Pero el verdadero triunfo del General fue haber sabido rodearse de hombres como Eleuterio Gómez, Juan C. Gómez y Pedro Mejía, cuya contribución anónima en la historia regional es un espejo del espíritu de la Colonización Antioqueña. Ellos son los héroes civiles que, sin medallas, garantizaron que el pueblo no colapsara, que la promesa de la tierra fértil se convirtiera en realidad.

Hoy, la herencia de estos forjadores se materializa en la cultura marulandeña. La arquitectura de tabla parada, la misma que Eleuterio Gómez y los primeros colonos habrían levantado, es hoy un emblema de la identidad local, y uno de los motivos por los cuales el municipio ha sido reconocido internacionalmente como

Cittaslow (Municipio Lento), un sello de su calidad de vida, cultura apacible y preservación ambiental.

El cimiento de la aldea de 1877 no fue solo tierra y madera. Fue la firmeza de un General que no se rindió ante el primer fracaso y, sobre todo, fue la «colaboración muy decidida» 1 de Eleuterio Gómez, su hermano y sus compañeros, que aportaron la esencia más preciada de la Colonización: el compromiso innegociable con la construcción de un futuro, ladrillo a ladrillo, en el corazón de la cordillera.

La Hilaridad del Alma
Ser Nieto de un Fundador de Marulanda

La fundación de Marulanda en 1877 fue un acto de resiliencia ante el fracaso minero. Su legado persiste en la arquitectura de bahareque, la tradición textil y la cultura ovina, donde la lana simboliza la ética, la memoria y la firmeza que sostienen la vida en la alta montaña caldense, entre nieblas, silencios y dignidad.



Esculpido en piedra y memoria, este hombre parece custodiar el alma del campo colombiano. Su mirada firme se pierde entre montañas cubiertas de neblina, mientras la antigua casona y los pastizales evocan historia y arraigo. Es símbolo de resistencia, trabajo y dignidad: la representación eterna de quienes forjaron comunidad con esfuerzo silencioso.. Fotografía AI

Llevar el apellido Gómez en Marulanda no es un privilegio superficial; es un juramento perpetuo al frío, a la roca y al silencio de la alta montaña. Ser nieto de Eleuterio Gómez, uno de los hombres que puso el corazón y el hacha para fundar este pueblo en 1877, es vivir bajo la sombra de un mandato de perseverancia. Mi herencia no es de tierras tituladas en pergamino, sino de la más pura, áspera y fundamental carga que puede recibir un colombiano: la obligación de la resiliencia.

Eleuterio Gómez no era un hombre de palacios, sino de caminos. Su historia, y la de Marulanda misma, nace de una renuncia amarga. Él no llegó a estas laderas de Caldas por un ideal romántico, sino por el fracaso de una quimera. Al igual que el arriero Miguel Murillo y tantos otros, mi abuelo fue un mazamorrero, un buscador de oro que el destino condenó a la pobreza incesante. Cansados de esa miseria rodante, debieron abandonar los ríos y voltear la mirada hacia arriba, a las tierras que nadie más quería. El acto fundacional no fue un momento de triunfo, sino de terca adaptación: clavar el machete para organizar rozos y sementeras, donde solo había páramo, a 2.820 metros de altura, en un paraje conocido como “Plancitos”.

Imagino a Eleuterio Gómez y a sus compañeros, el General Cosme Marulanda y Pedro Mejía, en esa primera noche de 1877. El viento debe haber sido despiadado, la temperatura cayendo a los 14°C promedio. En ese frío, donde la vida se aferra a la tierra con uñas y dientes, se forjó el carácter marulandeño: austero, resistente y profundamente arraigado. Mi abuelo no fundó un centro minero; fundó un santuario de labranza y resistencia. El General le dio el nombre al pueblo, pero hombres como Eleuterio le dieron el pulso lento y firme que hoy lo enorgullece. Ser su nieto es ser la memoria de ese momento, la justificación de esa renuncia al oro por la dignidad de la agricultura.

El legado se manifiesta en la geografía y en la arquitectura. Marulanda no permite la fragilidad. El paisaje exige respeto. Al recorrer sus calles, siento que no estoy pisando asfalto, sino las huellas profundas de su decisión. La arquitectura vernácula —las fachadas de tabla parada, las bases de tapia y, sobre todo, el noble bahareque— son testigos silentes. El bahareque, esa mezcla humilde de tierra, caña y madera, no es un material pobre; es una filosofía constructiva, un símbolo de lo que es firme y flexible a la vez.

Al visitar la Concentración Escolar "Cosme Marulanda", esa inmensa estructura catalogada como uno de los «dinosaurios del bahareque», me conmueve pensar en la previsión de mi abuelo. Él y sus cofundadores construyeron no para ellos, sino para el futuro, con materiales que honran la tierra. Esta conservación arquitectónica, que hoy se articula en programas como «Pueblos que Enamoran», donde la comunidad se organiza para aportar su mano de obra con gran sentido de pertenencia, es una extensión directa de su espíritu fundacional: la convicción de que solo la colaboración y el cuidado mutuo pueden sostener la vida en la alta montaña. Mi misión, como nieto, es ser guardián de ese sentido de pertenencia, no un mero heredero de un nombre.

Pero si el bahareque es la piel de Marulanda, la lana es su alma y su metáfora más profunda. El oro se fue con el viento, pero la lana se quedó en la piel. Mi abuelo y sus compañeros se dieron cuenta de que el frío que los castigaba era, en realidad, su mayor aliado económico. La altitud de 2.820 metros sobre el nivel del mar y la necesidad de abrigo constante garantizaron que la ovinocultura y la artesanía textil se convirtieran en el verdadero motor del municipio. Ser nieto de Eleuterio Gómez, en este contexto, es entender que la supervivencia se teje, literalmente, fibra a fibra.

El proceso de la lana, organizado por la Cooperativa Ovina de Marulanda, se ha convertido para mí en una catequesis de la vida. No se trata solo de esquilar a la oveja y vender el vellón. Se trata de un rigor técnico y moral que define la calidad de ese pueblo.

La primera lección es la selección. Me enseñaron que, tras la esquila, hay que limpiar y seleccionar, retirando de forma rigurosa todo lo que esté «quemado» o «sucio». Es la obligación de despojarse de los vicios, de la historia inútil y de la pereza.

La segunda lección, la más crucial, es el descrudado. Esta es la purificación. La lana, me explicaron, debe ser lavada con líquidos especiales para eliminar la grasa natural, la lanolina, y el característico «olor a ovejo». El descrudado es indispensable; sin él, la lana no es apta, no es aceptable en el mercado. Para mí, el descrudado es la metáfora de la probidad: es la necesidad de quitar el olor a la mala vida, de limpiar el alma hasta que la fibra quede pura. Un pueblo, como una hebra de lana, debe ser purificado de sus malas prácticas para poder ser digno de la historia que lo funda.

La tercera lección, y la que mayor peso emocional conlleva, es la del doble torcido. Una vez limpia, la hebra no puede dejarse simple. Los artesanos mayores lo sentenciaron: «la hebra es muy débil, entonces tiene que estar de dos hebras para que sea más firme». El hilo debe ser torcido en dos para alcanzar la solidez necesaria para ruanas y cobijas que duren generaciones.

Ser nieto de Eleuterio Gómez es ser esa doble hebra torcida. La primera hebra soy yo, el individuo, con mis propios sueños y ansias de modernidad. La segunda hebra es el legado, el peso ineludible de mi abuelo, de su lucha contra el páramo, de su decisión de darle al pueblo una identidad basada en el trabajo honesto. Estas dos hebras no pueden separarse; si lo hicieran, el hilo se volvería frágil, incapaz de sostener el tejido de la comunidad. Mi firmeza en la vida no es mía; es la suma de mi voluntad y del compromiso de mi linaje.

Pero la angustia es real. La juventud de Marulanda mira hacia afuera. Mis mayores lamentan con voz quebrada que existe un «desinterés» palpable por «guardar las tradiciones» y «conservarlas». Esta apatía no es solo un riesgo cultural; es una amenaza a la sostenibilidad económica, porque si se pierde el conocimiento del descrudado y el doble torcido, Marulanda se queda sin su valor agregado. La lana se volverá un producto genérico. El legado de Eleuterio Gómez se deshilachará.

Por eso, mi compromiso se renueva cada dos años en la gran festividad que mi abuelo nunca conoció, pero que valida su vida entera: el Festival de la Lana, la Papa, la Leche y la Arriería. Este evento no es solo recreación; es la reafirmación solemne del juramento fundacional. Al celebrar la arriería, se honra a los caminantes que llegaron a esta tierra y la fundaron. Al exaltar la papa y la leche, se celebra la diversificación agropecuaria que mi abuelo y sus compañeros se vieron obligados a empezar. Y al elevar la lana, con sus desfiles de corderos y sus muestras de artesanía, se convierte la técnica manual en un acto de orgullo público.

Como nieto, entiendo que mi función es ser un puente entre la historia y la esperanza. Debo asegurarme de que la estrategia de resiliencia de Marulanda —que incluye ahora la diversificación hacia el mercado de carne ovina procesada— no opaque la belleza y el rigor de la tradición artesanal. Mi nombre, Gómez, me exige no solo conservar la arquitectura de bahareque y el bosque de Palmas de Cera en el Valle de Cabras, sino, sobre todo, garantizar que la lección del doble torcido no se olvide.

Ser nieto de Eleuterio Gómez es un deber emotivo y un privilegio humilde. Mi identidad es un tejido denso y firme. Es la convicción de que la grandeza de un hombre no se mide por el oro que persiguió, sino por la solidez del hogar que construyó para los que vinieron después. Honro esa verdad: que el frío, la lentitud y la lana son las pruebas irrefutables de que la perseverancia es el verdadero tesoro de la alta montaña.

Crónicas de Arrieria

Memoria, caminos y cultura

Hay historias que no se escribieron en los libros oficiales, pero quedaron grabadas en la tierra. Historias que no tuvieron fechas exactas ni actas notariales, pero dejaron huellas profundas en las montañas, en los caminos de herradura y en la memoria de los pueblos. La historia del viejo Caldas, del norte del Valle del Cauca y del norte del Tolima es una de esas historias: una narración hecha de pasos lentos, de cargas equilibradas, de silencios largos y de una tenacidad que no necesitó discursos para transformar el territorio.

La colonización antioqueña de los siglos XVIII y XIX no fue una empresa grandilocuente ni planificada desde escritorios lejanos. Fue una gesta cotidiana, íntima y persistente, protagonizada por familias enteras que se internaron en selvas, montañas y laderas empinadas en busca de tierra, sustento y futuro. En esa epopeya silenciosa, el buey y la mula fueron reconocidos como mo-



En la ladera verde del viejo Caldas, las mulas avanzan con paso paciente, cargadas de sacos y memoria. Cada huella en el camino de herradura recuerda la arriería: trabajo silencioso, fuerza compartida y el pulso vital que sostuvo pueblos, comercio y cultura en la montaña. Fotografía Fernando Uribe Cataño

tores esenciales del proceso: fuerza paciente que arrastró troncos, abrió claros en el bosque, movió arados y permitió levantar las primeras viviendas. Sin ellos, el asentamiento humano habría sido casi imposible.

Pero en paralelo a esa fuerza bruta, indispensable para la fundación de pueblos, emergió otro capítulo igualmente decisivo: el de la arriería. Mientras el buey servía para abrir la tierra, la mula se convirtió en el hilo que cosía los territorios, en el medio por el cual circulaban alimentos, mercancías, noticias y afectos a través de una geografía abrupta y fragmentada. La mula no solo cargó productos; cargó el pulso mismo de la vida económica y social de la región.

En los pueblos del viejo Caldas, la llegada de una recua no era un hecho menor. Era anuncio de abastecimiento, de novedades, de contacto con el mundo más allá de las montañas. De niño, en San Félix, era común ver aparecer las muladas cargadas de papa, ese producto que durante décadas sostuvo la economía del corregimiento y dio forma a su identidad agrícola. Las bestias avanzaban lentamente por los caminos empedrados o de barro, con la carga bien asegurada, balanceada con precisión casi matemática. Detrás venía siempre el arriero, con paso firme y mirada atenta, vigilando que nada se desajustara.

Aquellas recuas no eran simples caravanas de transporte. Eran parte de un sistema cultural complejo, de una economía viva que sostenía a los pueblos y les permitía existir. Y detrás de ese sistema estaba siempre la figura del arriero, un personaje que merece ser contado con detenimiento, no como postal folclórica, sino como actor central de nuestra historia.

Oficio, cultura y memoria

Las Crónicas de Arriería nacen de la necesidad de mirar con otros ojos aquello que durante mucho tiempo se dio por sentado. De reconocer no solo a los animales —bueyes y mulas— sino también a los hombres, los objetos y los saberes que conformaron la identidad de la colonización antioqueña. Porque el arriero no viajaba solo: lo acompañaban el carriel, la mulera, las cotizas, las alpargatas, la enjalma. Elementos que no eran accesorios ni adornos, sino extensiones del cuerpo y del oficio, herramientas cargadas de significado.

Cada uno de estos objetos habla de una relación íntima con el territorio. El carriel no era únicamente un bolso: era archivo personal, caja fuerte, botiquín, despensa mínima y relicario. En él convivían monedas, documentos, tabaco, agujas, estampas religiosas y pequeños recuerdos. Las cotizas y las alpargatas no eran simple calzado: eran la respuesta práctica a caminos resbalosos, a piedras filosas y a jornadas interminables. La enjalma y la mulera no eran simples aparejos: eran resultado de un conocimiento profundo del animal, diseñadas para protegerlo y permitirle cargar sin herirse.

Esta serie de crónicas busca rescatar esa memoria dispersa, a veces olvidada, otras veces reducida a caricatura. Cada entrega se dedicará a un elemento de la arriería, mostrando cómo todos se entrelazan en la construcción de pueblos, en la economía regional y en la formación de una identidad cultural que aún palpita, aunque a veces no sepamos reconocerla. Esta primera crónica está dedicada al arriero: ese hombre que, acompañado por su mula y su carriel, se convirtió en puente entre regiones, en portador de noticias y mercancías, y en símbolo de una tenacidad que definió a toda una cultura.

El arriero: arquitecto de caminos

El arriero fue mucho más que un transportador de mercancías. Fue, sin exageración, uno de los grandes arquitectos del territorio. En una Antioquia montañosa, fragmentada por cordilleras, quebradas profundas y selvas espesas, donde las carreteras eran inexistentes y las veredas apenas se abrían a punta de machete, el arriero garantizó la conexión. Donde no había puentes, él encontró vados. Donde no había caminos, él trazó rutas. Donde no había comunicación, él llevó palabra.

El oficio de la arriería llegó a América desde España, donde las recuas de mulas eran comunes en los caminos rurales y montañosos. Con la conquista, los españoles introdujeron caballos, mulas y bueyes, transformando de manera radical las formas de transporte existentes, que en muchas regiones dependían de la fuerza humana o del uso de llamas en los Andes. En Colombia, y especialmente en Antioquia, la arriería encontró un terreno propicio para desarrollarse y consolidarse entre los siglos XVIII y XX.

La decadencia de la minería de oro en Antioquia fue uno de los factores que impulsó a muchas familias a buscar nuevas tie-

rras fértiles hacia el sur. Así comenzó el poblamiento de lo que hoy conocemos como Caldas, Risaralda, Quindío y el norte del Tolima. En ese desplazamiento constante, el arriero se volvió indispensable. Era él quien transportaba café, sal, panela, tabaco, herramientas, telas y víveres básicos. Sin su trabajo, los asentamientos habrían quedado aislados, condenados a la autosuficiencia precaria.

El arriero era un hombre recio, curtido por el clima y el esfuerzo. Estaba acostumbrado a jornadas largas, a la lluvia persistente, al sol inclemente y a las noches frías en la montaña. Su día comenzaba antes del amanecer, cuando aún la neblina cubría los caminos. Revisaba las mulas, ajustaba las enjalmas, aseguraba las cargas con la mulera y verificaba que el peso estuviera bien distribuido. Un error en el equilibrio podía significar una herida para el animal o la pérdida de la mercancía.

Más que transporte: circulación de la vida

Pero reducir al arriero a un simple transportador sería una injusticia histórica. El arriero fue también un mediador social, un narrador oral, un mensajero. En una época sin radios, sin periódicos accesibles y sin comunicaciones rápidas, él llevaba noticias de un pueblo a otro. Contaba lo que había visto, lo que había oído, lo que se decía en las fondas y en las plazas. Transmitía historias, canciones, rumores y, muchas veces, advertencias.

En sus recorridos llevaba cartas, medicinas, encargos especiales. Fue, en muchos sentidos, uno de los primeros portadores de la modernidad en territorios aislados. A través de él circulaban ideas políticas, noticias de guerras, cambios en los precios del café, decisiones administrativas. Su palabra tenía peso porque venía de lejos y porque estaba respaldada por la experiencia del camino.

La relación entre el arriero y la mula era profunda y basada en la confianza mutua. La mula, híbrido de caballo y burro, combinaba fuerza, resistencia e inteligencia. Era capaz de cargar hasta cien kilos y recorrer largas distancias por terrenos difíciles, donde otros animales no sobrevivían. El arriero conocía a cada una de sus mulas: sabía cuál era más fuerte, cuál más nerviosa, cuál necesitaba descanso. No era una relación romántica, pero sí respetuosa y funcional.

Sin la mula, la arriería no habría existido. Y sin la arriería, la colonización antioqueña habría sido mucho más lenta, frag-

mentada e incierta. Por eso la mula ocupa un lugar especial en la memoria colectiva, celebrada en fiestas, ferias y relatos que exaltan su papel silencioso pero fundamental.

Vestimenta, lenguaje y música

El arriero dejó una huella cultural profunda que va más allá de lo económico. Su vestimenta —sombrero, carriel, cotizas o alpargatas— se convirtió en símbolo de identidad regional. No era un atuendo pensado para lucir, sino para resistir. Cada prenda tenía una función concreta, adaptada al clima, al terreno y al trabajo.
La música popular recogió su legado. Bambucos, pasillos y trovas narran las hazañas de los arrieros, sus recorridos, sus amores fugaces y sus despedidas. En esas canciones se escucha el eco de los caminos, el ritmo pausado del andar de la recua, la nostalgia del regreso.

Incluso el dialecto paisa conserva expresiones nacidas en los caminos de herradura. Palabras y giros que surgieron de la necesidad de nombrar el oficio, el territorio y la experiencia compartida. El lenguaje del arriero fue un lenguaje práctico, directo, cargado de metáforas tomadas de la naturaleza y del trabajo cotidiano.

El carriel merece una mención aparte. Más que un objeto, es un símbolo de la vida itinerante. En sus compartimentos se guardaban objetos indispensables y secretos personales. Era, en cierto modo, la casa portátil del arriero, su espacio íntimo en medio del tránsito constante.

Las enjalmas y muleras, por su parte, hablan de una ética del cuidado. Lejos de la idea de explotación indiscriminada, el arriero sabía que su sustento dependía de la salud del animal. Un aparejo mal hecho podía herir la mula y dejarlo sin trabajo. Por eso estos elementos eran elaborados con conocimiento y precisión, adaptados al cuerpo del animal y a la carga específica.

Memoria viva

Hoy, las carreteras pavimentadas, los camiones y los sistemas modernos de transporte han relegado a la arriería a un segundo plano. Las mulas ya no recorren largas distancias cargadas de mercancía, y el arriero ha dejado de ser una figura cotidiana. Sin embargo, su memoria sigue viva.

En pueblos como Jericó, Jardín, Salamina y muchos otros del antiguo eje de colonización, se celebran fiestas que recuerdan la arriería. Desfiles de mulas, concursos de aperos, representaciones simbólicas mantienen viva la tradición. El arriero es recordado como símbolo de esfuerzo, tenacidad y dignidad.

Su legado no es solo económico, aunque sin él no habría habido comercio ni desarrollo regional. Es también cultural y simbólico. La arriería dio forma a una manera de entender el trabajo, el territorio y la relación con la naturaleza. Enseñó que el progreso no siempre llega rápido ni fácil, y que muchas veces se construye paso a paso, carga a carga.

Las Crónicas de Arriería buscan precisamente eso: rescatar una memoria que corre el riesgo de diluirse en el olvido o de quedar reducida a postal turística. Porque en cada paso de mula y en cada huella de arriero se esconde la génesis de nuestros pueblos. El arriero, con su mula y su carriel, no fue únicamente un transportador de mercancías: fue portador de sueños, sembrador de caminos y tejedor de vínculos entre regiones aisladas.

Recordarlo es reconocer que los pueblos del viejo Caldas y las regiones vecinas se levantaron gracias a su esfuerzo silencioso. Es aceptar que, sin grandes discursos ni monumentos, hubo hombres que abrieron trochas, sostuvieron economías y dieron forma a una identidad cultural que aún palpita en la memoria colectiva.

Evocar al arriero es, en últimas, rendir homenaje a la dignidad del trabajo bien hecho, a la paciencia del que avanza despacio pero no se detiene, y a la certeza de que los caminos —como la historia— se construyen andando.

Los arrieros que fundaron pueblos con bueyes, mulas y sueños

Crónica mayor de una fundación sin actas

Antes del nombre, antes del campanario, antes de que alguien pudiera señalar un punto exacto en el mapa y decir "aquí", el norte de Caldas era una respiración profunda. Un territorio que amanecía envuelto en neblina y anochecía cubierto de grillos, donde el monte no era paisaje sino presencia. Allí, donde hoy hay plazas y fachadas republicanas, hubo primero una oscuridad viva, fértil, expectante.



A lomo de mula y entre nieblas, el arriero abrió caminos donde solo había monte y silencio. Sin títulos ni armas, fundó pueblos con trabajo y terquedad, cargando en su carriel noticias, semillas y sueños. En cada huella quedó sembrada la memoria de una región nacida del esfuerzo y la dignidad.. Fotografía Geminni AI

A ese territorio no se llegó: se entró caminando.

El arriero no irrumpió como conquistador ni pidió permiso como colono ilustrado. Llegó con el cuerpo puesto en el camino, con la mula adelante y el miedo bien administrado. No traía papeles. Traía la costumbre de resistir. En las alforjas no llevaba pasado, sino futuro: semillas envueltas en trapo, sal para conservar alimentos, una muda de ropa seca y un pensamiento fijo que le martillaba la cabeza desde Antioquia: quedarse.

No buscaba riqueza. Buscaba raíz.

Caminar fue la primera escritura

La colonización antioqueña no empezó con decretos ni con planos. Empezó con pies hinchados. Con jornadas que no cabían en el día. Con espaldas dobladas por el peso y por la costumbre. Los caminos se hicieron porque alguien pasó muchas veces por el mismo sitio hasta que la tierra aceptó la huella.

Los arrieros salieron de Sonsón, Abejorral, La Ceja, Rionegro, cuando el oro dejó de alcanzar y la tierra se volvió estrecha. Las herencias se partían tanto que ya no sostenían una vida. La montaña, entonces, empujó hacia el sur. No fue expulsión: fue hambre de horizonte.

Venían solos o en pequeños grupos. Algunos con mujer esperando. Otros con la idea apenas esbozada de formar familia donde la tierra no tuviera dueño escrito. Dormían donde los alcanzaba la noche: bajo yarumos enormes, al borde de quebradas que hablaban solas, en claros recién abiertos donde la luna parecía más grande.

El monte los probaba.

Lluvias que caían sin aviso. Silencios espesos que apretaban el pecho. Ruidos que no tenían nombre. Pero aun así, caminaban. Porque el camino, una vez aceptado, se vuelve una forma de pensamiento.

La mula: animal que recuerda

La mula no era una herramienta. Era memoria viva. Sabía más del camino que cualquier hombre. Recordaba pendientes,

pasos falsos, piedras sueltas. Había mulas que se detenían sin razón visible, y solo después se entendía: un derrumbe reciente, un suelo traicionero, una culebra dormida.

El arriero le hablaba como a una persona. Le pedía. Le agradecía. Cuando el cansancio lo vencía, era la mula la que decidía seguir o parar. Cuando el miedo asomaba, era ella la que marcaba el ritmo.

Sobre su lomo iban cargas visibles —café, sal, panela, tabaco— y otras invisibles: cartas dobladas muchas veces, noticias de nacimientos y muertes, chismes políticos, recetas para curar fiebres. La mula transportaba mundo.

Por eso, cuando una mula moría en el camino, no se la dejaba sola. Se le cerraban los ojos. Se le hablaba bajito. Porque no era solo un animal: era una compañera que había visto nacer pueblos.

Una noche de arriero

Hubo noches —y esta fue una de ellas— en que el camino decidió detenerse.

La lluvia había empezado al caer la tarde, fina primero, luego insistente, como si el cielo hubiera encontrado una grieta por donde vaciarse entero. El arriero buscó un claro. No muy abierto, para no quedar expuesto; no muy cerrado, para evitar sorpresas. La mula se detuvo antes de que él lo pidiera. Allí era.

Amarró la carga con cuidado. Revisó la enjalma. Pasó la mano por el cuello caliente del animal. El vapor subía lento, como un aliento compartido. El monte se cerró alrededor.

Encendió el fogón con dificultad. La leña húmeda protestó, pero al final cedió. El fuego no alumbraba: apenas insinuaba. Cocinó algo simple. Comió despacio. El silencio no era ausencia; era vigilancia.

Entonces ocurrió algo que el arriero no supo explicar del todo.

El monte pareció acercarse. No con pasos, sino con atención. Los sonidos se ordenaron. La lluvia cambió de tono. Y por

un momento —breve, intenso— el arriero sintió que no estaba solo, pero tampoco acompañado. Era observado, no con amenaza, sino con curiosidad.

Soñó despierto.

Vio casas donde ahora había monte. Escuchó campanas que aún no existían. Vio niños corriendo por una plaza que no tenía nombre. Cuando abrió los ojos, la lluvia había parado. La mula lo miraba fija. Como si supiera.

Esa noche no fundó nada. Pero esa noche lo fundó a él.

El monte no estaba vacío

Llegar no significaba poseer. El territorio tenía dueño en el papel: la Concesión Aránzazu, herencia de una cédula real firmada lejos, en 1756, por un rey que jamás pisó estas lomas ni respiró esta humedad persistente.

En la práctica, la concesión era un feudo. Gamonales armados administraban la tierra como si fuera suya. Entregaban títulos a cambio de lealtad. Despojaban al que no tenía padrino. El fusil hablaba cuando el papel no bastaba.

Pero el arriero no negociaba con documentos. Negociaba con el monte.

Tumbaba un árbol. Abría un claro. Sembraba maíz. Levantaba una choza de bahareque. Y al final decía, sin alzar la voz, como quien afirma algo natural:

—Aquí me quedo.

Esa frase, repetida cientos de veces, fue una revolución silenciosa.

La tierra reconoce al que la trabaja

Hay quienes dicen —y no suena a superstición— que la tierra distingue intenciones. Que sabe quién llega a exprimirla y quién llega a convivir. A los primeros los desgasta. A los segundos los pone a prueba.

Cuentan que los árboles caían solos cuando había que caer. Que las quebradas bajaban mansas si se respetaba el cauce. Que la neblina se abría justo cuando el paso era necesario.

No es magia. Es reciprocidad.

Los caminos como sistema nervioso

La arriería no fue solo transporte. Fue comunicación. Fue política. Fue cultura en movimiento. En las fondas del camino, entre café recién colado y humo de fogón, se discutía de gobiernos lejanos, de guerras que aún no llegaban, de leyes que nadie había visto.

Las opiniones eran firmes, sin medias tintas. El lenguaje directo, sin eufemismos. Allí se formó una conciencia crítica que aún nos habita. El arriero aprendió a desconfiar del poder lejano y a creer en el trabajo cercano.

Mientras tanto, la mula esperaba afuera.

Escuchando país.

Así nacieron los pueblos

No hubo actas fundacionales. Hubo acumulación de gestos. Cinco fanegadas bastaban. Cinco para sembrar. Cinco para criar animales. Cinco para levantar familia.

De ahí nacieron las veredas. Luego los corregimientos. Luego los pueblos. Salamina, Aguadas, Pácora, Neira, Manizales.

Primero el rancho.
Luego la capilla.
Después la campana.

El día que sonó la primera campana, el monte entendió que algo había cambiado para siempre.

Lo que permanece

Hoy los caminos son asfalto. Las mulas son memoria. Pero algo persiste. En la forma de hablar. En la terquedad. En la ética del trabajo. En la sospecha frente a la injusticia.

Cada pueblo del norte de Caldas es un monumento vivo.
No a héroes oficiales, sino a caminantes.

Ellos no firmaron actas.

No pronunciaron discursos.

No pidieron permiso.

Caminaron.

Y en cada paso dejaron país...

El país que cabía en una recua
Crónica del comercio de arriería, primera red de mercados del Eje Cafetero

El día todavía no ha decidido si va a amanecer cuando Jacinto amarra la última atadura.

Las mulas respiran hondo, echan vapor por las narices como si también sintieran el peso de las cargas: café recién beneficiado, sacos de maíz, atados de panela, herramientas envueltas en costales, cartas escondidas entre las mantas, noticias que viajan sin sobre ni sello.

En la penumbra del corral, el tintinear de las jáquimas suena como una orquesta mínima afinándose antes del concierto. Jacinto es arriero de viejo cuño, pero no tiene más de treinta años. Lo envejecen el sol, la lluvia y esa manera de mirar los caminos como quien mira un libro que ya leyó varias veces y, sin embargo, no termina de entender.



Al amanecer, un arriero del Eje Cafetero guía su recua por el Camino del Quindío. Sobre el lomo de las mulas viajan café, panela y noticias, mientras la neblina envuelve montañas antiguas. La escena evoca el siglo XIX, cuando el comercio, la memoria y la patria avanzaban despacio, a paso firme de mula, entre barro, sudor y esperanza campesina viva.. Fotografía Chat GPT AI

Se persigna frente al oriente, allí donde las montañas del Quindío guardan todavía la memoria de los Quimbayas y de los primeros colonos que se atrevieron a rasgarles la piel.

Su madre dice que cada vez que él sale con la recua, el pueblo se queda un poco más solo, porque se lleva en las alforjas la mitad de las conversaciones pendientes.

—Vámonos, mis reinas —les dice a las mulas—, que el país está esperando.

Ellas parecen entender.

La primera, una mula color ceniza llamada Albahaca, mueve las orejas como si saludara al amanecer.

Jacinto toma el cabestro y la fila se alarga, obediente, hacia la puerta de la finca.

Al cruzar el umbral, algo cambia: ya no son animales amarrados unos a otros, sino una caravana de mercado en marcha, una especie de serpiente de barro y sudor que se dispone a coser pueblos a su paso.

El Camino del Quindío: una cicatriz luminosa

El Camino del Quindío no es solo un camino: es una cicatriz luminosa que atraviesa la cordillera, una vieja ruta real por donde durante siglos subieron y bajaron recuas cargadas de mercancía, corotos y sueños.

Por allí se tejió buena parte del comercio que unió el centro del país con los valles y puertos del occidente, mucho antes de que las carreteras se atrevieran a morder la montaña.
Jacinto lo conoce desde niño.

Dice que el Camino tiene humor propio: hay días en que se abre dócil, como un río manso, y deja pasar sin problema a las mulas cargadas; otros días se pone caprichoso, se derrumba, se esconde entre la neblina y obliga a los arrieros a hablarle bonito para no perderse.

Su abuelo le contó que, en tiempos antiguos, el Libertador mismo lo cruzó con su comitiva, y que desde entonces el sendero quedó con aires de protagonista.

A esa hora de la madrugada, el Camino parece más un recuerdo que una vereda.

Los árboles se inclinan hacia la trocha como si quisieran escuchar las confidencias de los viajeros.

El suelo, húmedo de rocío, conserva todavía las huellas invisibles de recuas viejas: bueyes, caballos, mulas que cargaron sobre el lomo el peso de la economía de un país que aprendía a levantarse.

—Por aquí empezó a caminar la plata del café —le había explicado el maestro de escuela, señalando el filo de la cordillera en el mapa—.

Antes de las carreteras, cada moneda, cada saco, cada herramienta venía o se iba sobre la paciencia de una mula.

Jacinto no piensa en cifras ni en estadísticas.

Piensa en doña Eulalia, en Filandia, que lo espera cada mes con azúcar, sal y telas de colores para el bautizo del nieto.

Piensa en los mineros de Marmato, para quienes carga herramientas y víveres; en los comerciantes de Armenia que le compran café verde y le encargan panela; en el boticario de Salamina que le manda frascos con remedios para la tos de los niños de las veredas.

Sin proponérselo, su recua es una tienda ambulante que lleva y trae la vida entera de la región.

En las subidas más duras, Jacinto camina a la cabeza, de a pie, hundiendo las botas en el barro hasta los tobillos.

La lluvia cae fina, tenaz, una cortina gris que borra a ratos la ladera de enfrente.

Las mulas avanzan a paso corto, clavando las herraduras en la arcilla como si sembraran pequeños soles metálicos.

Desde abajo, el Camino del Quindío parece una culebra de piedra; desde arriba, visto por los pájaros, se adivina como una costura que intenta juntar mundos que se resisten a tocarse.

El comercio, en esos días, cabe en una lista que cabe en el bolsillo: café, maíz, panela, fríjol, yuca, sal, aguardiente, instrumentos, herramientas, telas, medicinas.

Cada cosa tiene su peso, su precio y su historia.

Jacinto lo sabe: no transporta solo mercancías, sino decisiones.

Si llega tarde con el abono, la cosecha se pierde; si olvida las telas, la fiesta se apaga; si no trae la medicina, alguien en la montaña se queda sin esperanzas.

Por eso, cuando el barro le llega a las rodillas y la neblina le llena los ojos de lágrimas frías, sigue adelante.

Porque en esa geografía sin relojes, la recua es el horario del mundo.

Filandia: la fonda donde el camino se hace mercado

El primer descanso serio del día es en las afueras de Filandia, sobre un corredor de madera que mira hacia el abismo verde de la Hoya del Quindío.

La fonda huele a café recién tostado, a maíz asado y a lluvia vieja.

Las mulas, al ver el portón abierto, aceleran como si reconocieran la casa: han parado allí tantas veces que podrían llegar solas.

Filandia creció al borde del Camino del Quindío, primero como sitio de paso —Novilleros, Nudilleros, dicen los libros— y luego como pueblo entero, levantado al ritmo de la arriería.

Los viejos cuentan que las primeras recuas de la zona fueron las de Rafael Naranjo y sus compañeros, hombres testarudos que trajeron bueyes y mulas, y con ellos trajeron comercio, noticias y ganas de quedarse.

La fonda de doña Celerina es, desde hace décadas, una especie de bolsa de valores de montaña.

En sus mesas de pino se han pactado ventas de fincas, se han comprado cosechas antes de sembrarse, se han planeado caminos y veredas nuevas.

Los arrieros llegan con las mulas sudadas, sueltan las cargas en un rincón y, antes de beber, sacan lápiz, papel y cuentas: cuál fue el precio del café en Armenia, cuánto está valiendo la panela en el valle, qué se consigue más barato en Salamina.

Así, entre tazas de tinto y migas de arepa, se ajustan los precios del día.

—Mijo, ¿cómo amaneció el camino? —pregunta doña Celerina mientras sirve un caldo humeante.

Jacinto le cuenta de un derrumbe a la altura de la quebrada, de un puente improvisado con troncos, de un tramo donde la neblina parece guardar fantasmas.

Ella asiente, como si sumara esa información a un mapa invisible que tiene en la cabeza.

—Por aquí pasó anoche la recua de don Eliseo, camino a Salamina —agrega—.

Llevaba café, tabaco y hasta un piano desarmado.

Imagínese, un piano a lomo de mula.

Este país se inventó a punta de imposibles.

En esa fonda, el comercio de arriería se ve desnudo: no hay vitrinas, ni letreros luminosos, ni facturas impresas.

Hay cuadernos manchados de grasa, abacos improvisados con granos de maíz, acuerdos sellados con un apretón de manos y la palabra dada.

Cada saco que entra o sale tiene un destino preciso; cada mula conoce la ruta de memoria, como si llevara tatuado en las patas el mapa de la cordillera.

Al caer la tarde, cuando Jacinto retoma el Camino, siente que no solo se va él: se va también un poco de Filandia en sus costales.

Lleva tejidos, pequeñas artesanías, encargos de la tienda, cartas que las muchachas deslizan entre los pliegues del costal para novios que trabajan lejos.

El Camino del Quindío, gracias a esas recuas, no es solo una ruta de comercio: es un hilo sentimental que cose afectos a larga distancia.

La Ruta de la Arriería: cuatro pueblos y un mismo pulso

Días después, Jacinto ha cruzado el límite invisible que separa el Quindío de Caldas.

Ahora la recua avanza por la Ruta de la Arriería: Neira, Aranzazu, Salamina, Pácora, Aguadas, una secuencia de pueblos montañeros que parecen colgar de las laderas como faroles de fiesta.

Los folletos turísticos de hoy la venden como un recorrido de 120 kilómetros entre cafetales, miradores y pueblos de arquitectura tradicional, declarados patrimonio; pero, en tiempos de Jacinto, es la columna vertebral del comercio de montaña, un cordón umbilical por donde circulan café, víveres, artesanías y, sobre todo, historias.

Neira, primer punto de ese rosario, lo recibe con un olor dulce a panela y a guarapo.

Allí, los arrieros cargan pilones de azúcar, sacos de caña picada, bultos de café que empiezan a consolidarse como la riqueza grande del Gran Caldas.

Los comerciantes de Manizales bajan a negociar; las recuas se alinean en la plaza como si fueran barcos en un puerto de mar, cada una con su bandera de barro.

Aranzazu, un poco más arriba, se especializa en fique y en los cordeles con que se amarran las cargas.

Es un pueblo que huele a fibra húmeda y a sudor de hilar; sin sus sogas, las mulas irían desnudas de comercio.

Jacinto aprovecha para cambiar aperos rotos, encargar nuevos jáquimas, comprar costales reforzados.

Pero es al llegar a Salamina cuando el corazón se le pone lento.

Salamina: fonda, mercado y milagro

Salamina es una ciudad que parece haberse embriagado de belleza y haberse quedado dormida en mitad de la montaña.

Las casas de dos pisos, con balcones de madera multicolor, miran hacia la plaza como si asistieran, cada día, a la repetición de un ritual antiguo.

Allí los arrieros han encontrado, por generaciones, no solo techo y comida, sino mercado, crédito, noticias, fiesta.

La fonda que Jacinto prefiere queda a media cuadra de la plaza, detrás de una puerta verde que no llama mucho la atención.

Por dentro, sin embargo, es un universo completo.

En el corredor cuelgan lazos, sombreros, ruanas empapadas, costales vacíos; en el patio interior, una mula vieja sirve de tiro al que amarran las cargas mientras pesan y reparten.

La dueña, doña Mercedes, maneja con la misma mano firme la cocina, el libro de cuentas y la guitarra.

En una esquina hay una balanza grande, donde se pasan los sacos de café uno por uno.

Negociantes de Manizales y de otros pueblos cercanos aparecen con sus sombreros alones y sus cuadernos de hojas rayadas: compran, adelantan dinero, fijan precios que luego se replican en toda la región.

Jacinto observa el ir y venir de monedas y billetes con una mezcla de asombro y distancia: él es puente, no dueño del oro que cruza por sus manos.

—Sin ustedes, los arrieros, esta plaza estaría vacía —le dice un comerciante mientras firman un recibo improvisado—.

El café puede nacer en la finca, pero solo vale cuando llega aquí.

En la cocina, una olla inmensa de fríjoles espera a que termine la jornada de negociación.

Al anochecer, la fonda se transforma: donde antes hubo pesas y cuentas, ahora hay bancas corridas, tinto caliente y aguardiente.

La guitarra de doña Mercedes se mezcla con los tiples de los arrieros; alguno saca una bandola; la voz ronca de un viejo que ha recorrido tantas veces la ruta que podría hacerlo con los ojos cerrados empieza a cantar.

No es casual que muchos pueblos del Eje Cafetero hayan nacido precisamente en puntos donde las recuas solían detenerse a comer y dormir; con el tiempo, la fonda se volvió tienda, la tienda atrajo capilla, la capilla trajo escuela y, sin darse cuenta, la región entera se llenó de caseríos que brotaron del comercio de arriería. Cada pueblo es, de alguna manera, una nota en la canción de esos caminos.

Salamina, con sus pendientes empinadas y su aire de ciudad pintada a mano, fue y es todavía un corazón que late al ritmo del café y de la arriería.

Desde sus miradores se ve la ruta como una línea serpenteante de verde y neblina; Jacinto, asomado tras un día de mercado, tiene la sensación de ver el mapa de su propio oficio extendido a lo lejos.

—Mire, muchacho —le dice un abuelo que fuma tabaco sentado en el pretil—, todo eso que ve allá abajo se sostuvo durante años sobre el lomo de los animales y el empeño de hombres como usted.

Las carreteras vendrán, sí, pero no pueden reescribir lo que ya está cantado.

Pácora y Aguadas: El norte donde el comercio se vuelve niebla

Más al norte, Pácora y Aguadas cierran la Ruta de la Arriería como dos puntos de exclamación al final de una frase montañera.

Pácora, con su río sereno y sus valles, ofrece descanso: allí las recuas cruzan el agua y se toman un respiro entre cultivos y pesca.

Aguadas, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, vive coronada de bruma; sus miradores dejan ver, entre nubes ca-

prichosas, la perfección cuadriculada de los cultivos de café y los senderos que todavía hoy recuerdan pasos de mulas.

En Aguadas, la artesanía se vuelve comercio fino: sombreros de iraca que viajan a otras ciudades, tejidos que ocupan lugar de lujo en vitrinas lejanas.

Y, sin embargo, detrás de cada sombrero vendido, hay una historia de arriero que lo llevó a lomo de mula hasta la primera plaza de mercado.

Jacinto llega una noche de neblina espesa.

El pueblo parece flotar sobre una nube; las luces se diluyen, la calle empedrada guarda el eco de cascos antiguos.

En la fonda donde se hospeda, un letrero viejo reza: "Aquí se fía al arriero conocido".

Esa pequeña frase resume décadas de confianza y comercio: en una economía donde no siempre había bancos ni chequeras, la palabra del arriero valía crédito.

Durante la cena, un anciano de manos deformadas por el trabajo le cuenta cómo, en los años de esplendor de la arriería, las recuas salían de Aguadas cargadas de café hacia el Cauca y los puertos, y volvía con herramientas, telas finas, noticias de otras guerras y otras pestes.

—Si nosotros no hubiéramos hecho ese trabajo —dice, no sin orgullo—, muchos de estos pueblos se habrían quedado sin mercado, sin escuela, sin cura y sin fiesta.

Jacinto escucha en silencio.

Siente en los pies el peso de la historia; en los hombros, el cansancio dulce de saberse parte de una cadena larga.

El declive: cuando los motores sustituyeron los cascos

El tiempo, como los caminos, no se queda quieto.

Empiezan a hablar de nuevas carreteras que atravesarán las montañas, de máquinas que arrastrarán cargas mayores sin cansarse, de ferrocarriles que unirán al Gran Caldas con los puertos.

Los periódicos que Jacinto ve en las tiendas mencionan con entusiasmo el progreso; los arrieros, en cambio, lo miran con una mezcla de desconfianza y resignación.

En pocos años, la promesa se concreta.

Se abren carreteras entre Manizales, Armenia, Pereira y los valles vecinos; se construye el Ferrocarril de Caldas; algunos tramos del viejo Camino del Quindío se abandonan, otros se convierten en trazas de vías carrozables.

El comercio empieza a viajar en camiones y vagones; las mulas, poco a poco, van quedando desempleadas.

Jacinto, como muchos arrieros de su generación, intenta resistir.

Se aferra a los tramos donde aún no suben los carros, a las veredas que siguen necesitando recuas para sacar la cosecha.

Pero sabe que algo ha cambiado cuando, en Filandia, ve llegar por primera vez un camión hasta la plaza principal, cargado de sacos de café que en otro tiempo hubieran llenado tres recuas.

No es solo un cambio técnico; es un cambio en la manera de habitar la montaña.

Donde antes había fondas llenas de mulas, ahora hay estaciones de gasolina.

Los patios donde se oía el tintineo de las herraduras empiezan a llenarse de silencio.

Sin embargo, el legado no se evapora tan fácil.

Las rutas de los camiones siguen, en buena medida, la huella de los antiguos caminos de arriería; las ciudades y pueblos que florecieron gracias al comercio a lomo de mula conservan su papel como nodos económicos del Eje Cafetero.

El café que ahora sale en contenedores y barcos gigantes aprendió a viajar primero en costales sudorosos, entre neblina y barro.

Jacinto envejece.

En sus historias, el comercio nunca aparece como una palabra fría: siempre habla de la señora que pudo mandar a estudiar al hijo porque la recua llegó a tiempo con la cosecha; del tendero que salvó su negocio gracias a un viaje contra reloj; de la ocasión en que una mula parió a mitad del Camino del Quindío y el pueblo entero recibió al potrico como si fuera un nuevo ciudadano.

El legado: una red de mercados que sigue latiendo

Hoy, quienes recorren la Ruta de la Arriería como turistas —Neira, Aranzazu, Salamina, Pácora, Aguadas— creen que hacen un paseo pintoresco entre pueblos hermosos, cafetales, sombreros aguadeños y casas de bahareque.

Pocos saben que, bajo el asfalto y las vías terciarias, late todavía la red antigua de mercados que los arrieros tejieron con sus pasos: la primera infraestructura económica del Eje Cafetero.

Lo mismo ocurre con el Camino del Quindío: senderos que hoy se ofrecen como rutas de trekking o recorridos patrimoniales fueron, durante décadas, autopistas de mulas por donde se movió la riqueza y la identidad del Quindío, de Filandia y de buena parte del occidente colombiano.

Cada huella cubierta de musgo, cada piedra gastada, es un archivo silencioso del comercio de otros siglos.

Museos, parques temáticos y proyectos turísticos —como el Parque de los Arrieros, las rutas patrimoniales, las caminatas guiadas— recuperan ese pasado y lo cuentan a nuevas generaciones que ya nacieron entre carros y celulares.

Pero nada se compara con sentarse en una fonda viva, de esas que aún resisten, y escuchar a un viejo arriero describir, con voz baja, cómo sonaba la montaña cuando solo se oían cascos, cencerros y tiples.

Hay algo profundamente esperanzador en esa memoria.

En tiempos en que todo parece inmediato, recordar la arriería es recordar que este territorio se construyó despacio, a paso de mula, con paciencia y terquedad.

Que antes de las plataformas, ya existía una red logística impecable sostenida a punta de sudor y palabra; que antes de

los centros comerciales, hubo plazas de pueblo donde se encontraban campesinos, artesanos, comerciantes y arrieros para fijar, a la vez, el precio del maíz y el rumbo del día.

Para Jacinto —y para todos los que, como él, han puesto el cuerpo al servicio del camino— la mayor recompensa no fue el dinero ni el prestigio, sino esa certeza íntima de haber sido puente.

Entre finca y pueblo, entre pueblo y puerto, entre montaña y mundo, la recua fue una cuerda floja sobre la que caminó, durante más de un siglo, la economía entera del Eje Cafetero.

Al final de su vida, cuando ya no puede andar los caminos pero sí recuerda cada curva con una claridad obstinada, Jacinto suele sentarse en el corredor de una casa en Salamina que mira hacia las colinas de palmas de cera.

Ve pasar buses, motos, carros de carga.

Nadie sabe que él, con sus mulas, abrió alguna vez la trocha por la que ahora corre el asfalto.

A veces, algún niño curioso se le acerca y le pregunta qué fue ser arriero.

—Fue ser comerciante y mensajero, pero sobre todo fue ser camino —responde él—.

Cuando uno guía una recua, no lleva solo la carga: lleva los deseos de la gente que se quedó esperándonos al otro lado.

Y eso, mijo, no lo reemplaza ningún motor.

Entonces, mientras el sol se hunde detrás de la cordillera y las luces de la plaza se encienden una a una, Jacinto cierra los ojos.

Por un instante, la calle vuelve a sonar a cascos y cencerros; una voz lejana entona un bambuco; una fonda abre sus puertas para recibir una recua cansada.

La red de mercados de la arriería, aunque ya no se vea, sigue respirando por debajo de todo, como esas raíces profundas que sostienen al árbol aun cuando nadie las mira.

Y uno entiende, por fin, que el Eje Cafetero no empezó en los trenes ni en las carreteras, ni siquiera en los cafetales perfectos que hoy adornan los folletos.

Empezó en los pies de los arrieros que se atrevieron a cruzar la cordillera con una mula adelante, un país a cuestas y la certeza obstinada de que, mientras hubiera camino, siempre habría mercado y siempre habría patria.

El motor de cuatro patas
Crónica poética del buey y la conquista paciente de la montaña

Antes de que el día tenga forma, cuando la montaña todavía no decide si va a dejar entrar la luz y la neblina se posa sobre los potreros como un pensamiento que no termina de irse, el buey ya está en pie. No hay prisa en su cuerpo grande, pero tampoco desgano. Se levanta como se levanta la tierra después de la noche: despacio, con un rumor interno que no necesita testigos. Su aliento tibio se mezcla con el vapor del amanecer y por un instante no se sabe dónde termina el animal y dónde empieza el paisaje.



Bajo un cielo de montaña, una yunta de bueyes abre la tierra con paso lento y seguro. Cada surco guarda la memoria del esfuerzo silencioso que hizo habitable la cordillera. No hay prisa: hay constancia, músculo y paciencia. Así se fundaron los campos, los pueblos y el pan cotidiano, con poesía hecha de barro, sudor y aliento animal. Fotografía Chat GPT AI

Nadie le explicó que iba a ser historia, pero lo fue. Nadie le dijo que cargaría sobre el cuello un territorio entero, pero lo hizo. Así empezó muchas veces la fundación del Eje Cafetero: no con discursos ni mapas, sino con un animal avanzando paso a paso sobre una geografía que no se entregaba fácilmente.

La colonización antioqueña no fue una marcha épica ni una carrera hacia el progreso. Fue una decisión obstinada de quedarse donde todo parecía empujar al abandono. Familias enteras se internaron en la Cordillera Central con lo justo: algunas herramientas, unas semillas, la fe terca de quien no tiene a dónde volver. El monte no ofrecía bienvenida. Cada ladera era una pregunta sin respuesta, cada quebrada una amenaza, cada lluvia un recordatorio de fragilidad. El suelo frío y arcilloso dudaba de la semilla, y el cielo parecía medir a los hombres con una paciencia severa. Allí, la velocidad no servía. El que corría, caía. El que insistía, aprendía a esperar. En ese mundo, el buey no era un animal más: era la encarnación de la estrategia correcta. No conocía la impaciencia. Caminaba como camina la montaña, sin apuro y sin pausa, con una lentitud que no era torpeza sino sabiduría. Su fuerza no explotaba; se acumulaba. Y en esa acumulación, repetida día tras día, terminó por abrirle espacio a la vida humana.

Antes de sembrar, hubo que desmontar el mundo. La selva andina se aferraba al suelo con raíces viejas, profundas, como si supiera que el tiempo jugaba a su favor. Árboles enormes, de troncos anchos y copas cerradas, parecían haber nacido para no moverse nunca. El hacha hacía su parte, sí, pero el verdadero trabajo empezaba después, cuando había que sacar del camino lo que ya había caído. Allí entraba el buey. Atado a los troncos más grandes, inclinaba el cuello, tensaba el lomo, clavaba las pezuñas en el barro. Avanzaba apenas unos pasos, se detenía, volvía a avanzar. No había rabia en su esfuerzo, solo constancia. El árbol, que había resistido tormentas y décadas, terminaba cediendo ante esa fuerza que no gritaba. Así, lo que era tumba se volvía rozo; lo que era monte cerrado se convertía en posibilidad. El buey no destruía la selva: la traducía a lenguaje humano.

En ese proceso, el colono y el animal aprendieron a leerse mutuamente. El hombre entendió el ritmo del buey, su forma de medir el cansancio, su manera de decir basta. El buey aprendió la voz que lo llamaba, el silbido que marcaba el arranque, la caricia breve que confirmaba confianza. No era una relación romántica ni idílica: era una alianza nacida de la necesidad. Pero en esa necesi-

dad se fue tejiendo un respeto profundo. El colono sabía que sin el buey no habría casa, ni cultivo, ni mañana. El buey, sin saberlo, se volvió el eje silencioso de un proyecto de futuro.

Con la selva vencida, llegó el tiempo de moverlo todo. Antes de carreteras y ferrocarriles, el buey fue camino en movimiento. Las carretas, pesadas y lentas, arrastradas por yuntas pacientes, abrieron huellas que con los años se convertirían en veredas, luego en caminos reales, después en carreteras. Donde pasaba una yunta, la tierra aprendía a ceder. Por esas huellas viajaron troncos para casas, piedras para cimientos, barro para el bahareque, herramientas, sal, semillas, alimentos, noticias. Cada viaje era una afirmación silenciosa: aquí nos quedamos. No era un campamento de paso, era un hogar en gestación. Cuando una carreta de bueyes llegaba a un claro del monte, la geografía empezaba a cambiar de nombre.

El buey también enseñó a medir el tiempo. El día no se organizaba por relojes, sino por trayectos posibles. Lo que se podía cargar, lo que se podía avanzar antes de que la tarde cerrara el cielo, lo que el animal resistía sin quebrarse. Esa medida lenta del tiempo modeló una forma de vivir. No había espacio para la ansiedad. Todo requería repetición. Todo exigía paciencia. El progreso no era una explosión, sino una acumulación de días iguales.

Y entonces vino el acto más íntimo de todos: arar. El arado, tirado por la yunta, entraba en la tierra como una herida necesaria. El suelo se abría, se volteaba, respiraba. Arar no era solo preparar el cultivo; era conversar con la montaña, decirle que había intención de permanencia. De esos surcos nacieron el maíz, el fríjol, la papa. De ellos dependía la vida. El primer año era decisivo: si la cosecha fallaba, todo fallaba. El buey, con su tracción constante, garantizaba esa primera victoria. Su paso lento era, en realidad, una forma de cuidado.

En las alturas de San Félix y otros enclaves fríos de la cordillera, el buey alcanzó una dimensión casi mítica. Allí, donde el viento corta temprano y la papa se volvió destino, la yunta fue durante más de un siglo el equivalente del tractor moderno. Las pendientes eran brutales, la tierra dura y pedregosa, y las primeras máquinas, cuando llegaron, no pudieron con ese paisaje. El buey sí. Surcaba, aporcaba, cargaba. Su fuerza era exacta, su ritmo perfecto. Gracias a él, la alta montaña se volvió despensa; gracias a él,

generaciones enteras comieron. En esos páramos, el progreso tuvo forma de animal.

En los pueblos nacientes, la riqueza no se contaba en dinero sino en bueyes. Tener yunta era tener futuro. Permitía producir, transportar, ayudar, alquilar. El buey organizaba la vida social, tejía relaciones, marcaba jerarquías. Quien no tenía bueyes dependía de otros; quien los tenía podía sostener a su familia y a veces a medio vecindario. Era capital con aliento, infraestructura viva. Un banco que rumiaba.

La arquitectura misma de la colonización —el bahareque, la tabla parada, los balcones coloridos— se levantó sobre su esfuerzo. Fue él quien llevó los troncos, quien arrastró la madera, quien sostuvo el ritmo de construcción. Cada casa es, en el fondo, una carreta detenida. Cada pueblo, una yunta que decidió quedarse. No es casual que en Manizales, en el Monumento a los Colonizadores, el buey aparezca como figura central. No como adorno, sino como columna. Ese bronce reconoce una verdad que la historia escrita a veces olvida: la conquista del territorio fue una alianza entre la inteligencia humana y la fuerza animal.

Hoy, cuando los motores rugen donde antes sonaban yugos, el legado del buey sigue enterrado bajo el asfalto, en la forma de los caminos, en la lógica de los pueblos, en la memoria de los viejos que aún recuerdan el sonido de la tierra abriéndose al arado. El buey no escribió la historia, pero la sostuvo. Caminó con ella. La empujó. Y cuando ya no fue necesario, se quedó rumiando en la memoria colectiva, como quien sabe —sin necesidad de decirlo— que sin su paciencia, nada de esto habría sido posible.



La Mula
El paso que cargó la montaña y enseñó al país a avanzar

La mula llegó antes que el pueblo. Antes que la plaza, antes que la iglesia, antes incluso de que el nombre se asentara en los labios. Llegó tanteando la montaña con la prudencia de quien sabe que cada paso puede ser un abismo, y aun así avanza. En su lomo no venía solo la carga: venía la posibilidad misma de quedarse. Porque donde una mula lograba pasar, el hombre podía soñar con vivir.

La Cordillera Central no fue conquistada a caballo. El caballo, nervioso y elegante, se quebraba en la piedra húmeda, se asustaba del eco, resbalaba en la arcilla viva. El burro, fuerte pero limitado, no alcanzaba para la empresa larga. La montaña exigía algo distinto: un animal que no corriera, que pensara. Y así, casi sin saberlo, la Colonización Antioqueña encontró su locomotora viva en un milagro híbrido: la mula.



Durante la colonización antioqueña, la mula fue mucho más que un animal de carga: fue compañera inseparable del arriero y pieza clave del poblamiento del territorio. Por trochas empinadas y caminos fangosos transportó alimentos, herramientas, café y esperanzas. Gracias a su resistencia y nobleza, se conectaron regiones, nacieron pueblos y se sostuvo una de las gestas más importantes de la historia andina colombiana.. Fotografía Chat GPT AI

Hija estéril de dos mundos, la mula heredó del asno la inteligencia cautelosa y del caballo la potencia del músculo. Pero en la montaña colombiana esa mezcla se volvió algo más que biología: se volvió destino. La mula aprendió la geografía antes que los mapas. Supo leer el barro, medir la pendiente, anticipar el derrumbe. Donde el ojo humano dudaba, ella afirmaba o negaba con el cuerpo entero. El arriero, con los años, aprendió a obedecerle. Si la mula se detenía, no era terquedad: era advertencia.

Así comenzaron a moverse los caminos invisibles. No carreteras, no rutas trazadas, sino hilos de herradura cosidos con sudor entre cañones y nieblas. Por ellos bajó el café verde envuelto en costales ásperos, subieron las herramientas, viajaron las cartas sin sobre, los rumores de guerras lejanas, los nombres de pueblos que aún no existían. La mula fue mensajera antes que mercancía, fue puente antes que transporte. Cada viaje era una apuesta contra la montaña y contra el tiempo.

El día del arriero empezaba antes de la luz. En la penumbra del corral, el tintinear de las jáquimas era una oración mínima. Las mulas respiraban hondo, como si también supieran que el país pesaba sobre sus lomos. Una por una eran nombradas: la campanera adelante, la más vieja, la que conocía el camino incluso en la oscuridad total. Su cencerro marcaba el pulso del viaje, un latido metálico que ordenaba la fila y tranquilizaba al hombre cuando la niebla cerraba los ojos del mundo.

La carga no se improvisaba. Enjalmarlas era un arte aprendido a golpes de error: equilibrar el peso, proteger el espinazo, amarrar con fique y nudos que no cedieran en la bajada ni estrangularan en la subida. Una mula mal cargada podía despeñarse; una recua mal guiada podía perderlo todo. Por eso la relación entre arriero y animal no era sentimental, pero sí profunda. Había disciplina, sí, pero también respeto. El surriago corregía, pero la voz guiaba. El silbido era lenguaje. Y la mula respondía.

Había mulas de carga, curtidas por el peso, con el lomo ancho y la mirada antigua. Y había mulas de silla, más finas, escogidas para llevar al hombre, al comerciante, al viajero. Decían que una buena mula de silla podía llevar a su amo borracho dormido y aun así encontrar el camino de regreso. No era exageración: la mula memorizaba el territorio como una oración repetida mil veces. La montaña se le metía en los cascos.

Gracias a ella, el comercio dejó de ser un acto heroico aislado y se volvió sistema. La mula hizo posible que el oro de Marmato bajara, que el café se convirtiera en riqueza exportable, que los pueblos se conectaran antes de que existiera la idea de nación. Donde no había Estado, llegó la mula. Donde no había camino, lo inventó a fuerza de paso. Cada herradura marcó una sílaba del país.

Las fondas nacieron por ella. Allí donde las recuas debían detenerse a comer y dormir, alguien levantó un fogón, luego una mesa, después una tienda. El mercado fue primero que la misa. Y en esas fondas se fijaban los precios del café, se adelantaban cosechas que aún no germinaban, se negociaban vidas enteras con un apretón de manos. La mula esperaba afuera, masticando despacio, ajena y central.

La identidad paisa se montó en la enjalma. El acento, las canciones, la manera de negociar, la ética del trabajo viajaron con ella hacia el sur. Caldas, Quindío, Risaralda no se entienden sin ese ir y venir constante de mulas cargadas de mundo. Incluso el lenguaje la recuerda: trabajar como una mula no es insulto, es elogio mayor. Y cuando llegaron los camiones, nadie los llamó de otra forma: tractomulas, porque la memoria sabe reconocer a sus antepasados.

Con el tiempo, los motores empezaron a rugir. Las carreteras mordieron la montaña siguiendo, casi siempre, la huella antigua de la herradura. Las mulas fueron quedándose en los bordes, luego en los recuerdos. Pero no desaparecieron del todo. Siguen ahí, en las veredas donde el asfalto no se atreve, en las historias de los viejos, en el símbolo persistente de que este país se levantó despacio, sin prisa, a fuerza de paciencia.

La mula no tuvo estatuas grandilocuentes, pero vive en todas. En cada plaza fundada, en cada cafetal que desciende en terrazas imposibles, en cada camino que serpentea sin lógica aparente. Su marcha lenta fue la verdadera medida del progreso. No corrió, no brilló, no relinchó para la historia. Simplemente avanzó.

Y quizá por eso duele tanto recordarla. Porque en su silencio hay una enseñanza que hoy cuesta entender: que no todo progreso hace ruido, que no toda fuerza necesita velocidad, que a veces lo más heroico es seguir caminando cuando la montaña parece no terminar nunca. La mula lo hizo. Y en su lomo, sin saberlo, cargó un país entero hacia el futuro.

Con el paso de los años, la mula no solo cargó mercancías: cargó rutinas, silencios y destinos. Aprendió los horarios invisibles de la montaña. Sabía a qué hora la neblina se cerraba como un telón y cuándo el sol abría, apenas un instante, un claro suficiente para cruzar el filo. Sabía qué quebradas crecían con la lluvia y cuáles engañaban con su calma. Por eso, en muchos tramos, el arriero dejaba de mirar el camino y miraba las orejas de la mula: si se tensaban, algo venía; si se relajaban, se podía seguir. La mula se convirtió en brújula viva.

En las noches, cuando la recua se detenía en alguna fonda o bajo un alero improvisado, las mulas descansaban de pie, rumiando lentamente, como si repasaran el día. El arriero, envuelto en su ruana, sabía que mientras ellas estuvieran tranquilas, el mundo seguía en orden. Había una confianza tácita: el hombre cuidaba la carga y la ruta; la mula cuidaba la vida. No era romanticismo, era supervivencia compartida.

Muchas veces, en los relatos orales, la mula aparece como testigo de tragedias. Derrumbes que se llevaron hombres y animales, crecidas repentinas que arrancaron recuas enteras, noches interminables en las que solo el sonido del cencerro impedía la locura. Y, sin embargo, también fue testigo de nacimientos, de regresos, de celebraciones improvisadas en mitad del camino. Cuando una recua llegaba a un pueblo después de semanas de viaje, no solo llegaba el comercio: llegaba la noticia de que el mundo seguía girando más allá de las montañas.

La mula fue escuela de paciencia. No admitía apuro inútil. Si se le forzaba, se detenía. Si se le respetaba, avanzaba. Así enseñó a generaciones enteras que el progreso no siempre es cuestión de velocidad, sino de constancia. Que hay pendientes que no se suben a la carrera. Que hay cargas que exigen silencio.

Por eso el arriero viejo hablaba de sus mulas como quien habla de personas. Recordaba a la que le salvó la vida al no cruzar un río crecido, a la que se dejó morir de cansancio después de entregar la última carga, a la campanera que conocía el camino incluso cuando él ya no veía. En esos relatos no había nostalgia vacía, sino gratitud. La mula no fue un instrumento: fue una compañera de destino.

Cuando llegaron las carreteras, muchos arrieros intentaron adaptarse. Algunos vendieron sus mulas, otros las soltaron en

potreros altos donde el pasto era escaso pero la memoria abundante. El silencio que dejaron las recuas fue profundo. Las fondas se vaciaron, los patios se quedaron sin herraduras, los caminos se cubrieron de musgo. Pero la montaña no olvidó. Cada curva asfaltada sigue un trazo antiguo, cada túnel atraviesa una paciencia acumulada durante décadas de paso animal.

Hoy, cuando alguien camina por una trocha vieja y encuentra una piedra hundida de forma extraña, está pisando historia. Ahí apoyó el casco una mula. Ahí se detuvo a respirar. Ahí esperó a que el hombre ajustara la carga. La geografía del Eje Cafetero está escrita en capas: arriba el presente, debajo la huella de la mula, más abajo todavía el esfuerzo de los abuelos.

Tal vez por eso la figura de la mula sigue apareciendo en canciones, en dichos, en esculturas, en nombres de caminos. No como un animal del pasado, sino como una medida ética. La mula no prometía, cumplía. No aceleraba, resistía. No brillaba, sostenía. En tiempos donde todo parece urgente, recordarla es recordar que este territorio se levantó con otra lógica: la del paso firme y la carga compartida.

La mula no conoció la patria, pero la hizo posible. No entendió de banderas ni de discursos, pero sostuvo el comercio que dio origen a los pueblos. Fue, sin saberlo, una arquitecta silenciosa. Y aunque ya no encabece las recuas, sigue caminando debajo del asfalto, en la memoria obstinada de la montaña, marcando el ritmo profundo de un país que alguna vez aprendió a avanzar despacio, sin soltarse del todo de la tierra.

Así, cuando el lector cierre este capítulo, no debería imaginar solo un animal. Debería escuchar un cencerro lejano, ver una fila que se pierde en la neblina, sentir el peso antiguo de una carga que no era mercancía, sino futuro. Porque mientras hubo mula, hubo camino. Y mientras hubo camino, hubo esperanza.

La enjalma

La enjalma no era un objeto. Era una promesa.

Antes de ser paja, lona y cabuya, fue una idea nacida de la necesidad: la de cargar el mundo sin romperlo, la de atravesar montañas sin herir al animal que hacía posible el viaje. En la historia de la Colonización Antioqueña, donde todo parecía moverse a lomo de esperanza, la enjalma fue el punto exacto donde el ingenio humano aprendió a escuchar al cuerpo de la mula y a dialogar con la geografía.

Porque ninguna epopeya se sostuvo solo con valentía. Hizo falta técnica. Hizo falta cuidado. Hizo falta una ética silenciosa del trabajo bien hecho. Y ahí, justo ahí, apareció la enjalma como el corazón físico de la arriería: un colchón artesanal que convirtió a la mula en camino, en puente, en locomotora viva que respiraba y sudaba entre las pendientes.



La enjalma, hecha de paja, fique y saber campesino, fue el soporte silencioso de la arriería y la colonización antioqueña. Sobre ella descansaron cargas, caminos y esperanzas. Protegió el lomo de la mula y sostuvo el progreso en trochas difíciles, convirtiéndose en símbolo de equilibrio, trabajo y respeto entre el hombre, el animal y la montaña. Foto Internet

En los amaneceres fríos de la montaña, cuando la neblina todavía se aferraba a los cafetales jóvenes y el canto de los gallos se confundía con el roce del fique, el arriero se acercaba a su animal con un respeto casi ritual. La mula no era una herramienta: era socia. Y la enjalma, colocada con cuidado sobre su lomo, era el pacto diario que renovaba esa sociedad. Si la enjalma estaba mal hecha, si la paja se había corrido, si la tapa estaba húmeda o la cincha mal ajustada, el camino se volvía castigo. Una mula lastimada era una herida abierta en la economía del viaje y en la conciencia del hombre.

Por eso la enjalma se fabricaba como se fabrican las cosas importantes: despacio, con conocimiento heredado y manos pacientes. El enjalmero —talabartero de oficio y sabiduría rural— no solo cosía. Medía, tanteaba, olía la paja, la desmenuzaba hasta dejarla dócil, la apretaba sin ahogarla. Sabía que en ese colchón se jugaba la vida útil del animal y el éxito de una travesía que podía durar semanas.

La paja era el alma. Paja de basto, paja de colchón, fibras secas escogidas no por su apariencia sino por su comportamiento bajo presión. Ligera, resiliente, capaz de absorber el golpe constante del andar sobre piedra, barro y raíz. Cada puñado se acomodaba como si se tratara de un cuerpo vivo, cuidando que no quedaran montículos traicioneros ni vacíos peligrosos. Una enjalma mal "cuñada" podía convertirse en tormento. Una bien hecha era casi invisible para la mula, como si la carga flotara sobre su espalda.

Esa paja se encerraba en el jorro de fique, una tela áspera y resistente, y luego se cubría con la tapa, más gruesa, más dura, muchas veces untada de brea, grasa o aserrín para repeler la lluvia. Porque el agua era enemiga. Una enjalma mojada pesaba más, se endurecía, fermentaba. Y en la montaña, donde el aguacero podía aparecer sin aviso, la impermeabilización no era lujo: era supervivencia.

Antes de poner la enjalma, el arriero extendía la mulera. Un paño de algodón o lana que iba directo sobre la piel caliente del animal. Era el primer escudo. Absorbía el sudor, evitaba el roce, recogía el cansancio del día. Muchas veces, al caer la noche, esa mulera se exprimía, se colgaba cerca del fogón y se volvía testigo silencioso de la jornada, impregnada del olor agrio del esfuerzo compartido.

Colocar la enjalma era un acto aprendido desde joven, repetido hasta volverse reflejo. Siempre por el lado izquierdo, la arrea, el lado de la costumbre. El arriero levantaba el aparejo con un solo movimiento y lo dejaba caer suave, ajustándolo con la palma abierta, buscando el punto exacto sobre el espinazo. No debía ir muy adelante ni muy atrás. Todo dependía del equilibrio.

Luego venían las correas, ese sistema de amarre que era pura física campesina. La cincha abrazaba el vientre de la mula con la tensión justa. Ni floja, porque la carga se volteaba. Ni apretada, porque el animal se quedaba sin aire. El arriero conocía ese punto como se conoce la respiración de un hijo dormido. A veces ayudado por el ijuelo, esa pequeña palanca de madera que permitía ajustar sin brusquedad, la cincha quedaba firme, segura, confiable.

La retranca se acomodaba atrás, rodeando el anca, sosteniéndose en la base de la cola. Era la memoria del descenso. Cuando el camino se inclinaba hacia abajo y la gravedad empujaba la carga hacia el cuello de la mula, la retranca resistía, frenaba, anclaba. Era la mano invisible que impedía que todo se viniera encima. Y el pretal, adelante, apoyado en el pecho fuerte del animal, cumplía la función contraria: impedir que en la subida la carga se deslizara hacia atrás. Tres puntos. Tres fuerzas en equilibrio. Un sistema tan simple como perfecto.

Cuando todo estaba listo, llegaba el momento de la cargada. Los bultos, casi siempre gemelos, envueltos en fique, café, sal, panela, herramientas, telas, sueños. Cada uno rondando los sesenta kilos. El arriero levantaba el primero con un gesto que mezclaba técnica y resignación, lo apoyaba en la rodilla, lo impulsaba hacia arriba y lo dejaba caer en su sitio. El segundo equilibraba el conjunto. Y entonces la sobrecarga: la red de cabuya, los nudos aprendidos de memoria, las lazadas tensadas con precisión milimétrica. La carga dejaba de ser dos bultos para convertirse en una sola masa compacta, inseparable de la enjalma, inmune al bamboleo del camino.

La mula daba los primeros pasos. El arriero observaba. Si la carga bailaba, se ajustaba. Si el animal se incomodaba, se corregía. No había prisa en ese momento. La prisa venía después, en la trocha. Aquí mandaba el cuidado.

Durante horas, días, semanas, la enjalma cumplía su trabajo en silencio. Amortiguaba. Protegía. Repartía el peso. Permitía

que la mula avanzara sin llagas, sin sangrar, sin quebrarse. Y en ese avance lento, persistente, se fue escribiendo la geografía humana de Antioquia. Cada pueblo fundado, cada finca abierta, cada mercado abastecido, llevaba en su origen la huella invisible de una enjalma bien hecha.

Pero la enjalma no terminaba su función al caer la noche. En los descansaderos, en las fondas de camino, en los claros improvisados junto al río, el arriero la desataba, la abría, desparramaba la paja aún tibia y se tendía sobre ella. La enjalma se convertía en cama. En aislamiento contra la humedad del suelo. En refugio mínimo. El mismo objeto que protegía a la mula durante el día protegía al hombre durante la noche. No había metáfora más clara de la reciprocidad.

Ese gesto —dormir sobre la enjalma— resume una forma de entender la vida: cargar de día, resistir de noche, volver a cargar al amanecer. La paja, aplastada por el peso del animal, ahora sostenía el cansancio del arriero. Dos cuerpos unidos por un mismo instrumento. Dos destinos amarrados por cabuya.

Con el tiempo, llegaron las carreteras. Llegaron los camiones. Llegaron los motores. Y la enjalma fue quedando arrinconada, primero en los caminos más difíciles, luego en la memoria. Pero no desapareció. Se quedó en el lenguaje. En las metáforas. En esa forma tan paisa de decir que alguien "carga la enjalma" cuando asume una responsabilidad pesada, cuando sostiene sobre sus hombros el peso del negocio, de la familia, de la vida misma.

Porque la enjalma es eso: la ética del peso bien llevado. No se trata de cargar más, sino de cargar mejor. De distribuir. De cuidar. De entender que el progreso no se logra a fuerza de romper, sino de sostener. La habilidad del arriero para cuadrar la carga sobre una mula inquieta es la misma habilidad que permitió a los colonos levantar pueblos en laderas imposibles, organizar economías precarias y convertir la dificultad en carácter.

La enjalma es ingeniería de la necesidad, sí, pero también es poesía práctica. Es el ejemplo perfecto de cómo una cultura puede transformar materiales humildes —paja, fique, cuero— en una tecnología eficaz, duradera y profundamente humana. No brilla. No hace ruido. No reclama atención. Pero sin ella, nada se habría movido.

Y así, aunque ya no cruce montañas cargada de café o sal, la enjalma sigue ahí, invisible pero presente, sosteniendo el imaginario de una región que aprendió a avanzar sin olvidar el cuidado. La Colonización Antioqueña no se entiende solo por los mapas que dejó, sino por los objetos que la hicieron posible. Y entre todos ellos, la enjalma ocupa un lugar central: blanda, resistente, silenciosa, como el verdadero motor de una historia que se escribió paso a paso, lomo a lomo, sueño a sueño.



La enjalma no fue un objeto uniforme ni estandarizado. Su forma, firmeza y duración dependían en gran medida del artesano que la fabricaba, de su experiencia y del conocimiento transmitido de generación en generación. Cada enjalmero imprimía su sello: el tipo de paja, la manera de cuñarla, la calidad del fique, el grosor de la tapa y el cuidado en los remates. En los caminos del Eje Cafetero se reconocía, casi al tacto, una enjalma bien hecha. Entre arrieros se decía que las más apetecidas provenían de San Félix, reputadas por su equilibrio, resistencia y suavidad para la mula. Aunque hoy no existan imágenes que lo confirmen, esa fama persiste en la memoria oral como testimonio del prestigio artesanal y del valor que tuvo la enjalma en la vida del camino.

Donde el tiple encendía el camino

Crónica de fondas y arrieros

El primer sonido no era el del gallo, ni el de la campana de la iglesia perdida entre la neblina.

Era un rasgueo tímido, casi vergonzante, que se escapaba del corredor de una fonda perdida en la montaña.



La fonda caminera fue refugio y punto de encuentro del mundo arriero. Allí se mezclaban el descanso, la comida caliente, la música y la palabra compartida al caer la noche. Entre fogones, mulas amarradas y guitarras, la fonda sostuvo la vida del camino, alimentó cuerpos cansados y fortaleció los lazos humanos que hicieron posible la colonización. Fotoografia AI

Tres cuerdas finas encendían la madrugada: un tiple se despertaba antes que el sol, como si tuviera memoria propia del camino y supiera que, sin su voz, el día no terminaba de comenzar.

La fonda estaba allí desde antes de tener nombre. Los viejos decían que primero fue un rancho de bahareque, levantado a la vera de una trocha apenas insinuada entre cafetales bravíos y helechos gigantes.

Cuentan que una noche pasó un arriero con las alforjas vacías y el corazón lleno de cansancio, y al apoyar el tiple contra la pared, éste clavó raíces invisibles en el suelo. Desde entonces, quien intentaba llevárselo sentía que el instrumento se ponía pesado como una piedra de río, decidido a quedarse en aquel corredor para siempre, como si la fonda lo hubiera adoptado.

En los días de colonización, cuando los mapas todavía se dibujaban con miedo en las cocinas, los caminos no eran líneas rectas sino cicatrices en la montaña. Por esos filos avanzaban arrieros y familias enteras, empujados por la necesidad y por una terquedad antigua que los hacía creer que siempre había un valle más fértil después de la próxima cordillera.

Así nacieron pueblos como Salamina, Aguadas, Pácora y Manizales, sembrados a golpes de hacha y esperanza en la piel áspera de la cordillera.

La fonda era el respiro. Vista desde lejos, parecía una casa cualquiera: techo de teja color sangre seca, paredes encaladas, un portón de madera que crujía como si rezara. Pero al acercarse, el viajero descubría que no era solo una casa: era un puerto de montaña.

En lugar de barcos, llegaban muladas; en lugar de faro, una lámpara de petróleo colgada en la entrada; en lugar de sirenas, el coro múltiple de tiples, guitarras y voces roncas que se confundían con el croar de las ranas y el rumor del río.

No se entraba a la fonda: se desembarcaba en ella. El aire olía a café recién tostado, a panela derretida y a leña húmeda que se empeñaba en echar humo.

En el patio interior siempre había una olla hirviendo algo: fríjoles, sopa de arroz, agua de panela con clavos de olor.

La mayora, de manos eternamente perfumadas a comino y cilantro, sabía el nombre de cada arriero y el apodo de cada mula. A veces confundía los dos y terminaba hablándole al animal como si fuera persona y al hombre como si fuera bestia, pero nadie se ofendía: en el camino todos aprendían a ser un poco de las dos cosas.

De día, la fonda era puro trajín. Se descargaban bultos de café, se pesaban sacos de sal, se negociaban mulas como si fueran lingotes de oro. En las mesas de madera, rayadas por generaciones de machetes impacientes, se discutía el precio del maíz, se trazaban nuevas rutas, se chismoseaba sobre la guerra lejana que siempre parecía estar a punto de alcanzarlos y nunca terminaba de llegar.

Los niños corrían descalzos, persiguiendo gallinas y secretos, y los perros dormitaban en las puertas con un ojo abierto, por si acaso el destino entraba disfrazado de desconocido.

Pero la verdadera alma de la fonda despertaba cuando caía la tarde. Entonces la luz se volvía espesa, como si el sol, antes de irse, dejara un último sorbo de oro en el aire.

La neblina bajaba puntual, colándose por las rendijas del techo y trepándose por los corredores como un gato curioso. Era la hora en que las mulas suspiraban, los arrieros se aflojaban el sombrero y el tiple, desde su rincón, empezaba a impacientarse. Dicen que el primer arriero que tocó tiple en esa fonda no sabía cantar. O, al menos, eso afirmaba él. Había aprendido los tonos a punta de oído, espiando serenatas ajenas, pero su voz se le quebraba cuando intentaba decir en canción lo que nunca se atrevía a decir en conversación.

Aquella noche, sin embargo, la soledad le pesó más que la vergüenza. Tomó el tiple con manos encallecidas, rasgueó un acorde que parecía un tropiezo, y la montaña entera se quedó en silencio para escucharlo.

El bambuco que salió de esas cuerdas no nació allí, pero allí encontró casa. Llegó embarrado de otros caminos, mestizo de tantas tierras, y se sentó en la cocina como un arriero más, a calentarse las manos junto al fogón. En la fonda, esa música se hizo carne: acompañó la partida y el regreso, la carta que nunca llegó, el duelo que no terminó, la risa que escondía el miedo.

No hacía falta decir que era importante: bastaba con que cada noche alguien descolgara el tiple para que la memoria se sentara a la mesa. Los arrieros no hablaban de teoría musical. Hablaban de barro, de pendientes, de lluvias, de mulas tercas y patronos injustos.

Y, sin embargo, cuando se reunían en torno al tiple, parecían conocer un idioma secreto. Uno rasgueaba la base, otro se arriesgaba con punteos tímidos, un tercero inventaba letras sobre la marcha:

—Ay camino, no te estires tanto, que al otro lado también hay tristeza… Las mujeres que servían el café sonreían de medio lado: sabían que, aunque ellos se las dieran de duros, en el fondo cada bambuco era una carta de amor que nadie se atrevía a firmar.

Había noches en que la fonda se convertía en un milagro visible. Caía un aguacero de esos que borran el horizonte, las mulas se arremolinaban bajo el alero y el río rugía como si quisiera llevarse la montaña entera.

Dentro, el ruido del agua se mezclaba con el de las cucharas golpeando los tazones, con las risas nerviosas, con el chisporroteo del fogón. En el punto más alto de la tormenta, cuando un trueno hacía temblar hasta las botellas de aguardiente, alguien atacaba las cuerdas del tiple con una fuerza que rozaba el desafío.

Entonces el aguacero parecía bajar el volumen, como si también tuviera curiosidad de escuchar la canción. La fonda no preguntaba de dónde venía cada quien.

Recibía por igual a colonos que buscaban finca, a mineros con los ojos llenos de socavón, a campesinos que bajaban al pueblo con dos racimos de plátano y cien preocupaciones.

También llegaban viajeros solitarios, de esos que nadie sabe de dónde vienen ni por qué camino se irán. Había un viejo, por ejemplo, que aparecía siempre que la luna estaba en creciente.

Se sentaba en una esquina, pedía café oscuro sin azúcar y, a la tercera taza, empezaba a contar historias en las que las montañas caminaban de noche para cambiar de lugar a los pueblos.

Nadie le creía del todo, pero todos se lo agradecían: mientras lo escuchaban, el cansancio dejaba de doler. Con el tiempo, las rutas de arriería dibujaron una telaraña de caminos sobre la cordillera.

Por esos hilos de barro y polvo viajaba no solo la mercancía, sino la noticia, el rumor, la esperanza. Cada fonda era un nudo en esa red, un punto luminoso donde los hilos se cruzaban y el mundo parecía hacerse más pequeño por un rato.

Los arrieros aprendieron a medir las distancias no en kilómetros, sino en tazas de café:

—De aquí a la fonda de la Loma son dos tintos y un bambuco —decían—.

El mapa era una partitura, y cada parada una nota sostenida por la paciencia del camino.

En el viejo Caldas, muchas de esas fondas terminaron convertidas en pueblos completos, como si la vida hubiera decidido echar raíces allí donde las mulas descansaban. Primero fue una casa de paso, luego otra al frente, después una tienda, una herrería, una capilla levantada a medias entre plegarias y apuestas.

Lo que comenzó como corredor con hamacas y fogón de leña terminó siendo plaza, mercado, cementerio y escuela. Los cronistas dirán que fue la economía, la conveniencia, la ruta del café.

Pero quienes duermen todavía en esos caseríos aseguran que fueron los tiples los que se quedaron colgados de los aleros, empeñados en seguir sonando, y por eso la gente no tuvo más remedio que quedarse también. Los años pasaron como pasan las muladas: levantando polvo.

Llegaron las primeras trochas carrozables, los camiones gruñones, los buses que parecían llevar a toda la humanidad en el techo. Muchos arrieros cambiaron la recua por el volante; otros se quedaron sin oficio, mirando desde la baranda cómo los motores hacían en una tarde lo que ellos tardaban tres días.

Algunas fondas se cerraron sin despedirse: un día amanecieron con las puertas aseguradas y el corredor vacío, como si el último bambuco se hubiera escapado por la noche sin avisar.

No todas murieron. Hubo fondas tercas —tal vez contagiadas de sus arrieros— que se negaron a desaparecer. Se reinventaron como tiendas, como casonas familiares, como cafés que olían a pasado. En sus paredes todavía se pueden leer, si uno se acerca lo suficiente, las sombras de antiguas guitarras, los clavos donde colgaron mil sombreros, las marcas de altura que iban dejando los niños cada año, orgullosos de crecer en dirección al techo.

En algunos corredores, el piso de madera guarda huellas invisibles de bailes que nadie registró: pasos de bambuco, pasillo, guabina, todos bailados más con el alma que con los pies. Y, sin embargo, la nostalgia no alcanza a ser derrota.

Hay una melancolía terca que, lejos de apagarse, empuja hacia adelante. Es la certeza de que, mientras alguien recuerde el sonido de un tiple en la madrugada, el camino no está del todo perdido.

Los nietos de aquellos arrieros, muchos ya viviendo en ciudades donde las montañas son apenas un rumor en el horizonte, heredan una guitarra, una foto amarillenta, un estribillo que no sabe morir. Cuando vuelven al pueblo —una Semana Santa, una fiesta patronal, un diciembre de abrazos apurados—, basta que crucen la puerta de una vieja fonda para sentir que el tiempo se pone de pie a saludarlos.

El eco de esas casas paisas encuentra reflejo, improbable pero terco, en otros rincones del continente. Al otro lado del mapa, en la Argentina de los barrios de tierra y zaguán, hubo pulquerías y cantinas humildes donde también se tejió patria a punta de guitarra y vasos compartidos. Allá no entraban mulas sino carruajes cansados, ni se servía café sino vino áspero y caña, pero el ritual era el mismo: un hombre cansado llegaba con el día a cuestas y, en lugar de descargar bultos, se sacaba del pecho una canción que no cabía en silencio.

Mientras en las fondas antioqueñas un tiple hilaba bambucos, en esas pulquerías la milonga y la chacarera aprendían a caminar descalzas sobre el piso de tierra. Si uno afina bien el oído —dicen los viejos que saben de estas cosas—, puede escuchar cómo las músicas se saludan de cordillera a cordillera.

Un bambuco que nace en el filo de una montaña paisa cruza los páramos, sigue el cauce imaginario de los ríos, se sube a

un barco varado en la nostalgia y, cuando llega al sur, se transforma en zamba o chacarera sin perder del todo su acento. Del otro lado, una milonga nostálgica se cuela por los portillos de la cordillera y, al llegar a los cafetales, se disfraza de pasillo o de guabina, sorprendida de encontrar primos tan parecidos tan lejos de casa.

En medio de ese intercambio secreto, las fondas y las pulquerías actúan como puertas giratorias de la memoria. Ambos lugares fueron escuelas sin pizarrón.

En las fondas se aprendía a escuchar antes que a hablar, a compartir el último pedazo de arepa, a dar posada a quien venía vencido por la lluvia. En las pulquerías, los payadores medían su ingenio en décimas encendidas, mientras la gente del barrio aprendía, entre vaso y vaso, que también tenía derecho a contar su propia versión del país.

Ni unas ni otras pidieron permiso para existir; simplemente nacieron donde hacía falta un techo para la soledad. Los libros de historia las mencionan poco, pero sin ellas la patria quedaría muda en demasiados renglones.

Hoy, cuando las carreteras cortan las montañas como bisturí y las ciudades crecen hacia arriba en lugar de hacia los lados, podría pensarse que ya no hacen falta fondas, ni pulquerías, ni casas de paso con tiple colgado en la pared.

Sin embargo, basta mirar con atención para encontrar sus reencarnaciones: un café cultural en una casona antigua de Salamina, un bar de barrio en Buenos Aires donde todavía se canta a la mesa, una pequeña casa al borde de una vía terciaria donde la dueña insiste en regalarle al viajero una taza de café "aunque no compre nada". En cada uno de esos lugares, el tiempo parece aflojar el paso, como si respetara un acuerdo viejo. Quien se sienta en uno de esos corredores —de madera paisa o de baldosa porteña— descubre que no ha llegado a un negocio, sino a una estación del alma.

Mientras mira caer la tarde, tal vez escuche a lo lejos un tiple que se niega a callar o una guitarra criolla que se resiste a ser solo mueble. La música no está ahí para entretener, sino para recordarle al viajero que no está solo, que otros antes que él anduvieron rotos y, sin embargo, siguieron caminando.

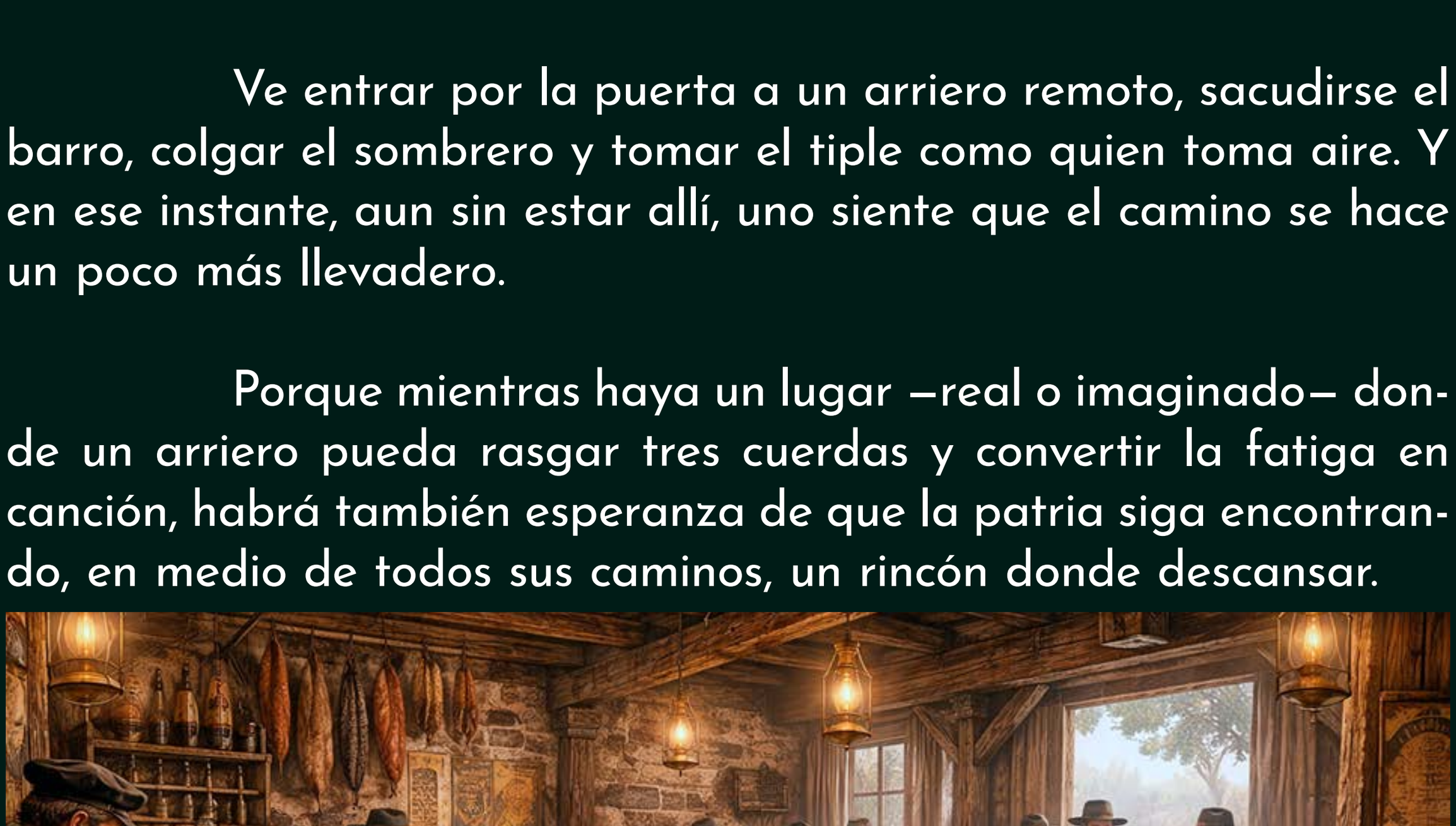
Hay en esas cuerdas una invitación silenciosa: seguir, aunque duela; cantar, aunque falte el aire; recordar, aunque el olvido parezca más fácil. Porque al final, las fondas paisas y aquellas pulquerías de barrio no fueron solo lugares donde se bebía y se comía.

Fueron, sobre todo, talleres de humanidad donde se ensayaba una y otra vez la misma lección: nadie llega lejos viajando solo. Un tiple afinado al borde del camino podía más que muchas proclamas; una milonga cantada a media voz en un bar de esquina podía sostener a un barrio entero en tiempos de tormenta.

Y aunque los nombres cambien y las fachadas se maquillen, esa verdad sigue ahí, terca, esperándonos en cualquier mesa de madera. Tal vez por eso, cuando la vida aprieta, uno sueña con volver a una fonda que tal vez ya no exista. Imagina el corredor largo, el fogón encendido, el olor a café y a tierra mojada, el rumor de voces que se mezclan con un bambuco antiguo.

Ve entrar por la puerta a un arriero remoto, sacudirse el barro, colgar el sombrero y tomar el tiple como quien toma aire. Y en ese instante, aun sin estar allí, uno siente que el camino se hace un poco más llevadero.

Porque mientras haya un lugar —real o imaginado— donde un arriero pueda rasgar tres cuerdas y convertir la fatiga en canción, habrá también esperanza de que la patria siga encontrando, en medio de todos sus caminos, un rincón donde descansar.



La pulquería fue el corazón social del mundo gaucho: refugio de viajeros, espacio de conversación, música y bebida. Entre mesas rústicas y luces tenues, allí se compartían noticias, penas y celebraciones, sosteniendo la vida del camino y la identidad rural argentina.. Fotografia AI

El tiple
Alma sonora de la colonización

Antes de que existieran carreteras, antes de que los pueblos tuvieran nombre fijo y plaza trazada, hubo un sonido que aprendió a caminar. No llevaba ruedas ni herraduras, no pesaba como la carga ni se cansaba como el cuerpo. Era un sonido pequeño, vibrante, obstinado, que se colgaba del hombro del colono y viajaba con él montaña adentro. Ese sonido fue el tiple.



El encordado del tiple revela su carácter profundo y vibrante: doce cuerdas dispuestas en órdenes triples que combinan agudos y graves en una sola voz. Tensadas con precisión artesanal, sostienen el rasgueo y la melodía que acompañaron la colonización antioqueña, convirtiendo al instrumento en memoria sonora, compañía de camino y expresión viva de la cultura andina. Fotografia AI

En la colonización antioqueña, cuando el territorio aún era promesa y la noche caía sin aviso sobre la trocha, el tiple se convirtió en una forma de compañía. No era solo música: era presencia. Mientras la mula rumiaba en silencio y el fogón abría su ojo de fuego, el tiple despertaba algo más antiguo que el cansancio. En sus cuerdas se acomodaban la nostalgia del lugar dejado atrás y la esperanza del pueblo que aún no existía.

El tiple no necesitó grandes escenarios para nacer. Surgió en patios de tierra, en corredores de madera, en fondas donde el humo y la risa se mezclaban. Su caja pequeña parecía hecha para el camino: resistente, cercana al pecho, fácil de cargar entre herramientas y semillas. Y sin embargo, de ese cuerpo humilde brotaba un sonido luminoso, capaz de llenar el silencio de las montañas y devolverle ritmo al corazón.

Cada rasgueo era una afirmación: seguimos aquí. Cada bambuco entonado al anochecer era una manera de decir que el esfuerzo tenía sentido. El tiple acompañó al arriero en la bajada peligrosa y al campesino en la espera larga. Cantó en los nacimientos, en los velorios, en las fiestas patronales. Fue testigo del amor joven y del duelo antiguo. Aprendió a llorar y a celebrar con la misma dignidad.

En los campamentos improvisados, el tiple se afinaba casi en secreto. No hacía falta pedir silencio: el respeto venía solo. Al sonar, detenía el tiempo. Las coplas hablaban de caminos abiertos a machete, de mujeres que esperaban en la vereda, de hijos nacidos entre trochas. La historia no se escribía aún en papel, pero ya se cantaba. Y al cantarse, se hacía memoria.

En el viejo Caldas, en el norte del Valle, en las laderas del Tolima, el tiple fue sembrando identidad. Cada región le dio un acento, un ritmo, una forma de pulsar las cuerdas. Así como el paisaje se transformaba con el café y la finca, el sonido del tiple se iba volviendo propio, inconfundible. Era música nacida del trabajo, moldeada por la paciencia y sostenida por la comunidad.

Cuando el día terminaba en la fonda, el tiple tomaba la palabra. Entre platos de comida caliente y aguardiente servido con cuidado, la guitarra podía acompañar, pero era el tiple el que mandaba. Marcaba el compás de la vida compartida. Nadie preguntaba quién sabía tocar: siempre aparecía alguien. El conocimiento

pasaba de mano en mano, de oído en oído. No había partituras, pero sí tradición. No había academia, pero sí escuela.

Así, mientras se fundaban pueblos y se trazaban caminos, el tiple se convirtió en la voz íntima de la colonización. No gritó epopeyas, no proclamó victorias. Cantó lo cotidiano. Y en ese canto humilde quedó atrapado el espíritu de una región que aprendió a resistir sin dejar de celebrar.

Con el paso del tiempo, el tiple dejó de ser solo acompañante para reclamar su lugar propio. Su historia, sin embargo, siempre estuvo ligada a la gente común. No nació en salones aristocráticos ni buscó aplausos fáciles. Fue instrumento del pueblo, hecho por manos campesinas, tocado por quienes encontraban en la música una forma de seguir andando.

Desde una mirada histórica y documental, el tiple colombiano tiene sus raíces en los instrumentos de cuerda traídos por los españoles durante la conquista y el virreinato. Inspirado en la vihuela y en el guitarrón europeo, fue adaptado en el contexto andino hasta adquirir una identidad propia. Su tamaño reducido, su robustez estructural y su afinación particular lo hicieron ideal para acompañar la voz humana en espacios abiertos y reuniones comunitarias.

Estudios del Banco de la República señalan que el tiple nació como instrumento popular, lejos de los círculos académicos. Su fabricación artesanal, realizada con maderas locales como cedro, nogal y pino colombiano, consolidó un saber técnico transmitido de generación en generación. La disposición de sus doce cuerdas, agrupadas en cuatro órdenes triples, produce una sonoridad rica, brillante y profunda que distingue al tiple de otros instrumentos de cuerda.

Durante los siglos XVIII y XIX, cuando la crisis minera impulsó a miles de familias antioqueñas a buscar nuevas tierras, el tiple viajó con ellas. En medio de esa expansión territorial, conocida como la colonización antioqueña, el instrumento cumplió un rol social y cultural fundamental. Acompañó la vida cotidiana, fortaleció la identidad colectiva y ayudó a consolidar un repertorio musical propio de la región andina.

En el viejo Caldas, el tiple se convirtió en escuela informal. Los campesinos aprendían observando, escuchando, imitando. El co-

nocimiento musical se transmitía oralmente, reforzando el sentido de pertenencia. En el norte del Valle, especialmente en municipios como Sevilla, Caicedonia y Alcalá, el tiple se fusionó con influencias del Tolima y del Quindío, dando origen a estilos regionales dentro del bambuco y el pasillo.

El instrumento también adquirió un valor simbólico como forma de resistencia cultural. En contextos de violencia, desplazamiento y crisis social, el tiple siguió sonando. Fue refugio espiritual y afirmación identitaria. Su presencia constante en veredas, festivales y encuentros comunitarios reafirmó la continuidad de la tradición musical andina.

La historia del tiple no puede separarse de sus constructores ni de sus intérpretes. En municipios como Salamina, Aguadas y Pácora, aún subsisten talleres artesanales donde se elaboran tiples con técnicas tradicionales. Cada instrumento es único, determinado por la madera, el constructor y el propósito musical.

Entre los intérpretes destacados se encuentra Pedro Nel Martínez, músico fundamental en la preservación y difusión del tiple como instrumento solista. Su trabajo artístico, pedagógico y documental permitió que el tiple trascendiera el ámbito local y alcanzara reconocimiento nacional e internacional, sin perder su raíz campesina.

En la actualidad, el tiple mantiene un papel central en festivales como el Mono Núñez, en Ginebra, Valle, y en numerosos concursos y encuentros especializados. Ha sido incorporado en escuelas de música, programas públicos de formación y proyectos de fusión contemporánea, demostrando su capacidad de adaptación sin perder identidad.

Aunque históricamente fue instrumento acompañante, el tiple ha ganado terreno como solista autónomo, especialmente en regiones como Santander y Boyacá, donde se ejecuta con plectro. A partir de concursos realizados en Mariquita y otros municipios, surgieron generaciones de tiplistas solistas que ampliaron el lenguaje técnico y expresivo del instrumento.

Dentro de esta evolución destaca el tiple requinto, una variante de menor tamaño y afinación más aguda. Su timbre brillante y su capacidad melódica lo han convertido en protagonista de pasillos, danzas y torbellinos, asumiendo un rol solista claro den-

tro de los ensambles andinos. El requinto representa una expansión tímbrica del tiple tradicional y una exploración más virtuosa de sus posibilidades.

Entre los exponentes contemporáneos del tiple requinto sobresale Carlos Andrés Quintero Badillo, músico santandereano reconocido por su maestría técnica y profundidad interpretativa. Su dominio del plectro, su fraseo limpio y su compromiso con la docencia lo han posicionado como figura clave en la proyección actual del instrumento. Ha participado en festivales y concursos nacionales, dejando una huella sonora que conecta tradición y modernidad.

Hoy, aunque algunos educadores señalan una menor presencia del tiple en los medios masivos, su práctica sigue viva en comunidades, festivales y procesos educativos. Nuevas generaciones de intérpretes continúan explorando el instrumento, asegurando su permanencia.

El tiple, entonces, no es solo un instrumento musical. Es memoria sonora, testimonio de una colonización cantada, y puente entre el pasado y el presente. Mientras haya alguien dispuesto a rasguear sus cuerdas, la historia seguirá sonando.



En el camino de herradura, mientras la recua avanza cargada de futuro, el tiple detiene el tiempo. Sus cuerdas acompañan al arriero en la pausa del viaje, mezclando música y montaña. Así, entre mulas, trochas y melodías, el tiple fue voz íntima de la colonización antioqueña, consuelo del cansancio y testigo del paisaje que se abría.. Fotografia AI

El carriel
alma de cuero, memoria del camino

Hay objetos que no se fabrican únicamente con las manos, sino con el tiempo. El carriel antioqueño es uno de ellos. Antes de ser zurrón, antes de ser artesanía, antes incluso de ser símbolo, fue necesidad. Y antes de la necesidad, fue intuición: la certeza silenciosa de que el hombre que se lanza a la montaña necesita llevar algo más que comida y dinero; necesita llevar su vida entera doblada en pedazos pequeños, protegida del agua, del olvido y del miedo.



El carriel de Jericó, nacido en la cultura del arriero, ha cambiado con el tiempo sin perder su esencia. Sus formas, tamaños y usos han evolucionado, pero sigue siendo guardián de memoria, oficio y camino. Hoy, como ayer, el carriel no pesa por lo que lleva dentro, sino por la historia que representa y la identidad paisa que sostiene. Ilustración AI

En la colonización antioqueña, cuando el país aún era una promesa mal dibujada sobre mapas inciertos, el carriel colgó del hombro de los hombres como una extensión del pecho. No se llevaba atrás, como una carga más: se llevaba adelante, cerca del corazón. Allí donde el cuero rozaba el costado, el arriero sentía que no estaba solo. Que algo suyo —íntimo, secreto, irrenunciable— viajaba con él.

Las montañas eran inmensas y a veces crueles. Las trochas, apenas una herida abierta en la selva. El silencio, profundo. En ese mundo áspero, el carriel era una pequeña patria portátil. En su interior convivían lo práctico y lo simbólico, lo urgente y lo sagrado: monedas envueltas en trapo, documentos doblados hasta el cansancio, semillas guardadas como promesas, un escapulario, una carta que ya no se leía pero que se tocaba con los dedos antes de dormir. Cada compartimento era una historia. Cada "secreto" una confesión.

La colonización antioqueña no fue una marcha triunfal. Fue, sobre todo, una suma de renuncias. Familias que dejaron atrás el valle conocido, hombres que se despidieron sin saber si volverían, mujeres que esperaron años mirando el camino. El carriel fue testigo mudo de esa nostalgia. En él viajaban los nombres de los ausentes, las direcciones improbables, los recuerdos que no cabían en palabras.

Y si hay un lugar donde esa memoria se volvió forma, cuero y costura, ese lugar es Jericó.

Jericó: el taller donde la montaña aprendió a hablar en cuero

Jericó no es solo un pueblo; es una pausa en la historia. Colgado de la cordillera como un balcón antiguo, Jericó aprendió temprano que su destino estaba en las manos. Mientras los caminos se abrían hacia el sur y el occidente, allí, entre calles empinadas y casas de bahareque, el cuero comenzó a contar historias.

Los talabarteros de Jericó no aprendieron el oficio en libros. Lo aprendieron mirando. Mirando a los mayores coser sin apuro, repujar sin prisa, medir sin reglas. Cada carriel era un acto de paciencia. El cuero se escogía como se escoge un buen animal: por su firmeza, por su docilidad, por su memoria. Porque el cuero también recuerda.

En Jericó, el carriel dejó de ser solo herramienta para convertirse en lenguaje. Los repujados —flores, animales, escenas campesinas— no eran adornos: eran mapas afectivos. Cada figura hablaba del territorio, del clima, del oficio. Un carriel jericoano no gritaba; susurraba. Tenía la sobriedad de la montaña y la elegancia de lo necesario.

Allí se perfeccionaron los compartimentos secretos, no por desconfianza sino por cultura. El paisa aprendió a guardar. A no mostrar todo. A llevar consigo lo esencial sin hacerlo evidente. El carriel enseñó una ética: la de la discreción, la del valor silencioso, la de la riqueza que no necesita ostentación.

Por eso Jericó se volvió capital simbólica del carriel. No por decreto, sino por coherencia. Porque en ese pueblo el tiempo camina despacio, como caminaban los arrieros. Porque allí el pasado no estorba: acompaña.

El carriel como biografía portátil

Cada carriel envejece distinto. El cuero se oscurece donde la mano lo toca más. Se ablanda en las esquinas donde se busca una y otra vez lo mismo. Se marca con la lluvia, con el sol, con el sudor. Un carriel nuevo es hermoso, pero un carriel usado es verdadero.

En la colonización, el carriel fue botiquín y archivo. Allí se guardaban remedios, pero también decisiones. Era testigo de negocios cerrados con un apretón de manos, de promesas hechas bajo techo ajeno, de despedidas rápidas antes de volver a la trocha. En sus entrañas viajaban los papeles que fundaron pueblos y las monedas que pagaron jornales.

La famosa cola de zorro o de conejo, colgando como un gesto extraño para el forastero, tenía su propia lógica: espantar insectos, secar el rocío, atraer la suerte. El carriel no separaba lo práctico de lo simbólico. En el mundo del arriero, todo servía para vivir un día más.

Y así, cargado de pequeñas cosas, el carriel fue también un peso emocional. Porque llevarlo era aceptar el camino. Era saber que no había marcha atrás fácil. Que lo que se dejaba atrás, se dejaba de verdad.

Cuando el camino cambió, el símbolo quedó

Con la llegada del siglo XX, las carreteras comenzaron a borrar las trochas. Los camiones reemplazaron a las recuas. El ruido del motor apagó, poco a poco, el sonido de las herraduras. Pero el carriel no desapareció. Se transformó.

Pasó del trabajo a la memoria. De la necesidad al símbolo. Se volvió prenda de fiesta, objeto de herencia, signo de pertenencia. En desfiles, en ferias, en celebraciones, el carriel volvió a colgarse del hombro como una declaración: venimos de lejos.

En Jericó, los talleres resistieron. Adaptaron tamaños, probaron colores, dialogaron con el presente sin traicionar el pasado. Cada carriel nuevo seguía cargando la sombra de los antiguos. Cada costura era un acto de fidelidad.

Hoy, cuando todo parece caber en un bolsillo electrónico, el carriel sigue recordándonos otra forma de estar en el mundo. Una forma más lenta. Más cuidadosa. Más consciente de lo que se lleva.

Porque el carriel no enseña a cargar cosas: enseña a elegir. A decidir qué vale la pena acompañarnos. A guardar sin olvidar. A caminar sabiendo que el camino marca, pero también construye.

En cada carriel hay un arriero que ya no está, una montaña que fue cruzada, un pueblo que comenzó con una semilla guardada a tiempo. El cuero aún huele a viaje. A lluvia vieja. A fogón apagado.

Y mientras exista alguien que lo cuelgue del hombro con respeto, mientras en Jericó una mano siga cosiendo despacio, la colonización antioqueña no será solo historia: seguirá siendo memoria viva, latiendo en silencio, como un corazón de cuero contra el costado del tiempo.

La mulera, la alpargata y la cotiza
símbolos del arriero antioqueño

Hubo un tiempo —no tan lejano, pero ya cubierto por el polvo de la memoria— en que el mundo se medía a paso de mula y a fuerza de espalda. Un tiempo en que el camino no era una línea trazada en un mapa, sino una herida abierta en la montaña, una conversación constante entre el cuerpo humano y la piedra. En ese tiempo, el arriero antioqueño no solo llevaba cargas: llevaba país. Y sobre su cuerpo, humilde y resistente, tres objetos acompañaban su andar como extensiones naturales de sí mismo: la mulera, la alpargata y la cotiza. No eran simples piezas del atuendo; eran símbolos vivos de una forma de habitar el mundo.

La mulera: el cuerpo hecho herramienta

La mulera era lo primero que se ajustaba el arriero antes de salir. Ancha, firme, curtida por el sudor y el sol, se ceñía a la



El carriel de Jericó, nacido en la cultura del arriero, ha cambiado con el tiempo sin perder su esencia. Sus formas, tamaños y usos han evolucionado, pero sigue siendo guardián de memoria, oficio y camino. Hoy, como ayer, el carriel no pesa por lo que lleva dentro, sino por la historia que representa y la identidad paisa que sostiene. Ilustración AI

espalda como una segunda piel. No era cómoda; nunca pretendió serlo. Su función no era aliviar, sino resistir. Sobre ella descansaba el peso del viaje, el cruce de cuerdas, los nudos tensos que sujetaban bultos, sacos, herramientas, mercados, ilusiones ajenas.

La mulera no protegía la espalda: la entrenaba. Enseñaba al cuerpo a cargar sin quejarse, a inclinarse sin romperse, a aceptar el dolor como una forma más del paisaje. Allí se marcaban las cicatrices invisibles del oficio: los hombros endurecidos, la columna aprendiendo a no protestar, la respiración acompasada al paso lento de la recua.

Cada mulera contaba una historia distinta. Algunas estaban remendadas una y otra vez, con parches que hablaban de caídas, de lluvias traicioneras, de descensos imposibles. Otras, más nuevas, anunciaban a un joven que apenas comenzaba a entender el peso del camino. Pero todas, sin excepción, terminaban envejeciendo igual: oscuras, flexibles, impregnadas de ese olor mezcla de cuero, polvo y vida andada.

La mulera era también un símbolo de dignidad. Sin ella, el arriero estaba incompleto. Era la señal visible de quien había elegido el camino largo, el trabajo duro, la constancia sin aplausos. Cuando un hombre se la quitaba al final de la jornada, no solo descargaba peso: dejaba caer sobre el suelo un día entero de país recorrido.

La alpargata: el descanso humilde

Si la mulera representaba la dureza del oficio, la alpargata era su respiro. Ligera, tejida, sencilla, la alpargata aparecía en los momentos breves de descanso: en la fonda, en el rancho improvisado, en el patio de tierra donde la mula también reposaba. Era el calzado de la pausa, de la conversación baja, del café humeante servido en totuma.

Con la alpargata, el pie volvía a sentir la tierra sin intermediarios. No había suela gruesa ni cuero rígido: solo fibras humildes separando la piel del polvo. Era un contacto casi íntimo con el suelo, como si el arriero necesitara recordarse humano después de tantas horas de endurecerse.

La alpargata no servía para la trocha más dura. No estaba hecha para el barro profundo ni la pendiente traicionera.

Pero cumplía una función igual de importante: devolverle al cuerpo una forma de ternura. Era el calzado del hogar transitorio, de la noche compartida alrededor del fogón, del silencio que precede al sueño.

En su sencillez, la alpargata hablaba de un mundo sin excesos. De una cultura que entendía que no todo debía durar para siempre, que algunas cosas estaban hechas para gastarse rápido, para acompañar solo un tramo del camino. Cuando se rompía, no se lloraba: se remendaba o se cambiaba. Así también era la vida.

La cotiza: la frontera entre el camino y el pueblo

La cotiza ocupaba un lugar intermedio, como todo lo que pertenece a las transiciones. Más firme que la alpargata, menos ruda que el calzado de faena, la cotiza era la elección para entrar al pueblo, para presentarse ante otros, para cruzar el umbral entre la soledad del camino y la mirada ajena.

Con cotizas, el arriero se hacía visible. Era la señal de que venía de lejos, de que traía historias en la ropa y polvo en la mirada. La cotiza tenía algo de ceremonia discreta: permitía caminar con dignidad por la plaza, entrar a la tienda, negociar, saludar.

No era lujo, pero tampoco abandono. Era equilibrio. Y en ese equilibrio se manifestaba una ética profunda: la del hombre que sabe cuándo endurecerse y cuándo mostrarse, cuándo ser herramienta y cuándo ser presencia.

Las cotizas también marcaban el paso del tiempo. Un arriero viejo sabía elegirlas bien: ni muy nuevas —para no parecer inexperto— ni demasiado gastadas —para no mostrar cansancio excesivo—. En ellas se leía la madurez del oficio.

Un cuerpo hecho camino

Mulera, alpargata y cotiza no eran objetos aislados. Juntas formaban un sistema, una manera de habitar el cuerpo y el territorio. Cada una respondía a un momento distinto del día, del viaje, de la vida misma. El arriero se transformaba según lo que llevaba puesto, sin dejar de ser nunca el mismo.

Este triángulo simbólico acompañó la colonización antioqueña en su avance silencioso. Mientras se fundaban pueblos, se

abrían caminos y se sembraban cafetales, estos objetos sostenían lo cotidiano, lo invisible, lo que no suele aparecer en los libros de historia. Sin ellos, la épica se habría desmoronado.

Porque la colonización no fue solo machete y fe. Fue también cansancio, ampollas, hombros adoloridos, pies húmedos, noches sin certezas. Y fue en esa dimensión íntima donde la mulera, la alpargata y la cotiza se volvieron esenciales.

Melancolía de lo que ya no vuelve

Hoy, cuando los caminos de herradura han sido cubiertos por asfalto y el ruido de los motores ha reemplazado el tintinear de las campanas, estos objetos sobreviven más como símbolos que como herramientas. Se exhiben en museos, en desfiles, en celebraciones. Se recuerdan con orgullo, pero ya no con necesidad.

Y hay en ello una melancolía profunda. No porque el progreso sea un error, sino porque algo del ritmo humano se perdió en el trayecto. La lentitud obligada, el contacto directo con el suelo, la conciencia del peso real de las cosas.

La mulera ya no marca hombros, la alpargata ya no descansa pies cansados, la cotiza ya no anuncia la llegada del arriero al pueblo. Pero su memoria persiste, como persisten los ecos en la montaña después del último paso.

Tal vez por eso, cuando pensamos en el arriero antioqueño, no lo imaginamos quieto. Siempre está en tránsito. Siempre cargando. Siempre avanzando. Y sobre su cuerpo, aunque ya no lo veamos, siguen ajustadas la mulera del esfuerzo, la alpargata del descanso y la cotiza del encuentro.

Son más que objetos. Son una forma de entender la vida: caminar con lo necesario, cargar lo justo, saber cuándo endurecerse y cuándo sentir la tierra. En ese equilibrio silencioso, hecho de cuero, fibra y polvo, se escribió una parte esencial del alma paisa.

Y mientras alguien recuerde el sonido de un paso sobre la trocha, mientras una historia se cuente al borde del camino, estas piezas seguirán vivas, sosteniendo —aunque sea en la memoria— el peso de un mundo que aprendió a avanzar despacio.

El mercado de la colonización antioqueña

Donde la montaña aprendió a intercambiar nombres

El mercado llegó antes que la plaza, antes que la iglesia y, muchas veces, antes que el nombre del pueblo. Llegó como llegan las cosas necesarias: sin anuncio, sin permiso, empujado por el hambre y sostenido por la esperanza. En la colonización antioqueña, el mercado no fue un edificio ni una institución; fue un acto



El mercado del siglo XIX fue el corazón palpitante de los pueblos nacientes. Entre toldos, animales, granos y voces cruzadas, se intercambiaban alimentos, noticias y destinos. Con la iglesia al fondo y la montaña vigilante, el mercado no solo abastecía la vida diaria: organizaba la comunidad, afirmaba la fe y sellaba el espíritu colectivo de la colonización antioqueña.. Ilustración AI

humano, un pacto silencioso entre quienes bajaban de la montaña y quienes apenas empezaban a habitarla.

Al principio era solo un claro en el monte. Un espacio ganado a machete, donde la tierra todavía sangraba savia fresca y el olor de la madera recién cortada se mezclaba con el del sudor y la panela. Allí, una vez por semana —o cuando el camino lo permitía— se reunían los colonos, los arrieros, las mujeres con canastos, los hombres con costales al hombro, y hasta las mulas parecían saber que ese día no se avanzaba: ese día se encontraba el mundo.

El mercado era movimiento detenido. Una coreografía lenta donde cada quien traía lo que tenía y se llevaba lo que necesitaba, pero también algo más difícil de nombrar: noticias, rumores, consuelos. Allí se sabía quién había enfermado en la vereda alta, qué río se había crecido, qué familia buscaba ayuda para tumbar monte, qué niño había nacido con los ojos claros como promesa.

Las mercancías hablaban. El café aún en pergamino susurraba futuro. El maíz seco crujía como una oración antigua. El tabaco, enrollado en hojas, guardaba historias de noches largas. La sal era casi sagrada: venía de lejos y se tocaba con respeto. Y el dinero —cuando lo había— pasaba de mano en mano con la desconfianza de quien sabe que vale menos que la palabra empeñada.

Pero el verdadero comercio no estaba en las manos, sino en las miradas. Se regateaba poco y se confiaba mucho. El fiado no era una deuda: era una forma de reconocerse. “Después me paga”, decían, y ese después podía ser una cosecha, una vida, o nunca. El mercado funcionaba porque la memoria era más fuerte que la ley.

Había algo de mágico en esos encuentros. No en el sentido de lo fantástico, sino en esa magia antigua donde lo cotidiano se vuelve sagrado sin darse cuenta. A veces, alguien juraba haber visto a su padre muerto caminando entre los puestos, revisando granos, oliendo el café. Otros decían que ciertos mercados amanecían con más gente de la que había llegado, como si los cerros también bajaran a comprar.

El mercado de la colonización antioqueña era un umbral. Entre la selva y el pueblo. Entre el trueque y la moneda. Entre la soledad del rancho y la idea —todavía frágil— de comunidad. Allí se ensayaba el futuro. Allí se decidía si un caserío sobrevivía o se borraba del mapa sin haber sido escrito.

Los arrieros llegaban primero. Sus mulas abrían camino como si conocieran el ritual. Traían mercancías que parecían milagros: telas, herramientas, aguardiente, clavos, espejos. El espejo, sobre todo, causaba un silencio breve. Verse en medio de la montaña era un acto extraño, casi peligroso. Algunos se persignaban antes de mirarse, como si el reflejo pudiera robar algo.

Las mujeres sostenían el mercado con una firmeza callada. Vendían huevos, gallinas, arepas, dulces de panela, hierbas medicinales. Pero también vendían tiempo, escucha, consejo. El mercado era su espacio de palabra. Allí se tejían alianzas invisibles, se pactaban matrimonios, se decidían destinos. Muchas veces, lo que se compraba no era comida, sino pertenencia.

El mercado crecía y se movía. Si el camino cambiaba, el mercado se desplazaba. Si un río se llevaba el paso, el mercado esperaba. No tenía raíces fijas porque el territorio aún no las tenía. Era un organismo vivo, sensible al clima, al conflicto, a la bonanza. Cuando el café empezó a dominar el paisaje, el mercado se llenó de sacos y expectativas. Cuando la violencia rondaba, se hacía pequeño, casi susurrado.

Había días en que el mercado parecía recordar. Como si los objetos supieran que estaban siendo intercambiados en tierra recién nacida. Una azada podía pesar más de lo normal. Un racimo de plátanos podía oler a infancia. El realismo mágico no estaba en lo extraordinario, sino en esa densidad emocional que flotaba en el aire, invisible pero palpable.

Con el tiempo, el mercado se formalizó. Apareció la plaza, el quiosco, la balanza oficial. Pero algo se perdió en ese orden. El mercado dejó de ser un encuentro total para convertirse en una transacción. Aun así, en los pueblos del viejo Caldas, del norte del Valle, del Tolima alto, todavía hay mañanas en que el mercado vuelve a ser lo que fue: un latido colectivo.

Porque el mercado de la colonización antioqueña no solo movió productos: movió humanidad. Enseñó a negociar sin destruir, a confiar sin garantías, a sobrevivir sin olvidar. Fue escuela, refugio y espejo. Y aunque muchos de esos mercados ya no existen, siguen ocurriendo en la memoria, cada vez que alguien recuerda que un pueblo no nace cuando se funda, sino cuando se reúne.

El mercado campesino - Donde la tierra vuelve a hablar

Si el mercado de la colonización fue el lugar donde el mundo se abría, el mercado campesino fue —y sigue siendo— el sitio donde el mundo se reconoce. Ya no es la urgencia del asentamiento ni la ansiedad del porvenir inmediato; es la persistencia. Es la repetición que no cansa. El regreso. El ciclo.

El mercado campesino no nace de la necesidad de intercambiar, sino del deseo de volver a verse. Es menos épico, pero más profundo. Menos ruidoso, pero más duradero. No funda pueblos, los mantiene despiertos.

A diferencia del mercado inicial, que se armaba como se arma un campamento, el mercado campesino aparece siempre en el mismo lugar, casi como un ritual. La plaza, la esquina, el atrio, el borde del camino. La tierra ya está acostumbrada a ese peso, y lo recibe sin quejarse. Las piedras saben dónde acomodarse. Los árboles reconocen el murmullo antes de que llegue la gente.

El mercado campesino empieza mucho antes del amanecer. Empieza en la cocina oscura, cuando una mujer envuelve el queso fresco en hojas limpias. Empieza cuando un hombre amarra las gallinas con cuidado, hablándoles como si entendieran el viaje. Empieza cuando alguien prueba una naranja y decide que ya está lista para ser llevada al mundo.

Y hay algo que no se dice, pero se siente: no todo lo que se lleva se va a vender. Hay productos que bajan solo para ser mostrados, tocados, comentados. El mercado es también una vitrina del orgullo campesino. “Esto lo sembré yo”, dicen los silencios.

En el mercado campesino, las mercancías tienen nombre propio. No son “papas”, son “las papas de Don Julián”. No es miel, es “la miel de la vereda arriba”. No es café, es “el café que resistió la helada”. Cada producto es una historia comprimida, un relato agrícola envuelto en hojas, costales o canastos.

El dinero circula, sí, pero no manda. Manda el gesto. Manda la costumbre. Manda la memoria compartida. Muchas veces el intercambio es desigual en números, pero justo en afectos. El campesino sabe cuándo perder un poco para no perderlo todo. Sabe que el mercado no es el lugar para ganar, sino para seguir estando.

Hay puestos que parecen no vender nada, pero siempre están llenos. Allí se conversa. Allí se llora bajito. Allí se pregunta por los ausentes. El mercado campesino es el periódico del territorio, el archivo oral donde se guarda lo que no cabe en documentos.

Y es aquí donde el realismo mágico se vuelve cotidiano.

Hay mañanas en que el mercado parece respirar. Los productos sudan más de lo normal. Las frutas brillan como si alguien las hubiera pulido con paciencia sobrenatural. Los panes se inflan de más, como si recordaran el trigo que ya no crece allí. Nadie lo comenta, pero todos lo sienten: algo invisible camina entre los puestos.

Algunos dicen que son los antiguos colonos, que bajan a ver qué quedó de lo que soñaron. Otros creen que es la tierra misma, probándose a sí misma en forma de mercado. Hay quien asegura que, si uno presta suficiente atención, puede escuchar a las semillas hablando entre sí, comparando destinos.

El mercado campesino no corre. Se demora. El tiempo allí se estira como masa tibia. Nadie llega con afán y nadie se va sin despedirse. Incluso los forasteros, al principio incómodos, terminan adaptándose al ritmo, como si el lugar los educara sin palabras. Las manos son protagonistas. Manos que pesan, que palpan, que comparan. Manos curtidas que saben sin mirar. Manos jóvenes que aprenden observando. En el mercado campesino, las manos son más confiables que los ojos.

Y hay silencios. Silencios llenos. Cuando alguien pregunta por un producto que ya no llega. Cuando se menciona una finca abandonada. Cuando se nombra a quien se fue para no volver. El mercado también es un lugar de duelo, pero un duelo compartido, soportable.

Con los años, el mercado campesino ha resistido modernizaciones, amenazas, desplazamientos. Ha cambiado de forma, de horario, de productos. Pero no ha perdido su esencia. Incluso cuando se le llama “feria”, “tianguis” o “mercado alternativo”, sigue siendo lo mismo: un pacto entre la tierra y la gente.

En tiempos de crisis, el mercado campesino se vuelve más importante que cualquier política pública. Allí se organiza la ayuda. Allí se redistribuye lo poco. Allí se recuerda que nadie so-

brevive solo. Durante guerras, pandemias o derrumbes, el mercado no cierra: se transforma.

Hay algo profundamente melancólico en el mercado campesino actual. No por lo que es, sino por lo que carga. Cada puesto es una resistencia. Cada canasto es una declaración silenciosa contra el olvido. Cada jornada es una pregunta: "¿seguiremos viniendo?"

Y aun así, el mercado no se lamenta. No se queja. Simplemente ocurre. Como la lluvia. Como la cosecha buena o mala. Como la vida campesina, que entiende que la permanencia no es quedarse igual, sino seguir volviendo.

Cuando el mercado se desmonta, queda algo flotando en el aire. Un olor mezclado. Un eco de voces. Un cansancio dulce. La plaza queda vacía, pero no sola. La tierra guarda lo ocurrido como se guardan los secretos importantes.

Porque el mercado campesino no termina cuando se levanta el último puesto. Continúa en la comida compartida, en la historia contada en la cocina, en la semilla guardada para la próxima siembra. Continúa en la certeza íntima de que, mientras haya mercado, habrá territorio.

Y así, entre la épica del origen y la humildad de la persistencia, el mercado —primero de colonización, luego campesino— se convierte en una sola cosa:

Un corazón que aprendió a latir al ritmo de la montaña,
un lugar donde el pasado compra presente
y el futuro se paga en confianza.

Y entre los puestos de víveres, las semillas y los animales vivos, siempre hubo figuras que no traían alimento para el cuerpo, sino remedios para el miedo. El mercado campesino también fue escenario del asombro y la sospecha, del rumor y la fe. Allí, donde la gente se reunía a comprar lo necesario para vivir, aparecía el culebrero, con su voz entrenada para convencer, su palabra larga y su mirada sabia.

Él entendía que el mercado no solo vendía cosas: vendía esperanza. Entre frascos, ungüentos y promesas, el culebrero ocupó un lugar propio en ese universo de intercambio, convirtiéndose en

parte inseparable de la memoria popular, un personaje que hablaba el idioma antiguo de la plaza y conocía los dolores secretos del camino.

Y no muy lejos de allí, caminando entre el ruido y la curiosidad, estaba el cacharrero, cargando en su andar la historia circular de los objetos. Él era el puente entre lo que ya no servía y lo que aún podía tener otra vida. En el mercado, donde todo nace, se vende y se transforma, el cacharrero tejía su oficio recogiendo restos, memorias gastadas, hierros torcidos y utensilios vencidos por el tiempo. Su presencia recordaba que nada se pierde del todo, que cada objeto guarda una segunda oportunidad, y que el mercado —como la vida campesina— también se sostiene sobre el arte silencioso de reutilizar, reparar y volver a empezar.



Hacia 1900, el mercado campesino ya era rito semanal y columna del pueblo. Entre canastos, café, maíz y trueques lentos, la vida se ordenaba sin prisa. Allí convergían veredas, acentos y miradas. Más que comercio, el mercado era encuentro, memoria compartida y continuidad silenciosa de la colonización que aprendió a quedarse... Ilustración AI

La voz del culebrero
Pregón y memoria del arriero antioqueño

La plaza de cualquier pueblo del viejo Caldas o de Antioquia era un teatro sin telón: una boca abierta de piedra y polvo donde el día se representaba a sí mismo. El aire traía, mezclados, el dulzor del guarapo y la punzada tibia de la panela recién molida; olía también a tierra húmeda, a maíz apilado, a cuero sudado y a café que chisporroteaba en una paila. Entre los puestos, las mulas descansaban con la mulera todavía puesta, la carga ladeada como un cansancio antiguo; los arrieros conversaban a media voz, y las monedas circulaban con ese sonido breve que en los mercados parece una forma de música.

Entonces, sin necesidad de campana ni anuncio, ocurría la entrada. Como un relámpago hecho de garganta aparecía el culebrero, y con él cambiaba el ritmo del lugar. No pedía permiso: tomaba el centro con la autoridad de quien conoce el alma del



El culebrero irrumpe en la plaza como palabra viva. Rodeado de curiosos, frascos y serpientes, mezcla saber antiguo, fe popular y espectáculo. En el mercado campesino del cambio de siglo, su voz prometía alivio y misterio. No vendía solo remedios: ofrecía esperanza, relato y un instante de asombro en medio de la rutina cotidiana. Ilustración AI

gentío. No necesitaba tarima ni micrófono; le bastaba el pecho y esa voz entrenada en caminos y plazas para levantar un círculo de curiosos. El mercado se detenía en lo esencial: la gente dejaba el regateo a medias, el trueque quedaba en suspenso, y hasta el rumor de los animales parecía bajar el volumen para oírlo mejor.

Los niños llegaban primero, atraídos por la promesa de un cuento y la posibilidad de ver, con sus propios ojos, el misterio convertido en frasco. Las mujeres se reían de sus exageraciones —esa risa que es defensa y diversión al mismo tiempo—, y los hombres, aunque fingían indiferencia, se acercaban lo suficiente para "solo mirar", hasta que terminaban comprando un pequeño envase: un específico milagroso para la tos, una gota para el dolor de muela, una pomada que juraba enderezar torceduras del cuerpo y del ánimo. Nadie quería admitirlo, pero todos necesitaban creer un poquito: creer en el alivio rápido, en la receta sin espera, en el remedio que cabe en el bolsillo y no exige explicaciones.

Su presencia era esperada como se espera la misa dominical o el circo que llega una vez al año: por la novedad, sí, pero sobre todo por la compañía. El culebrero no vendía solo productos; vendía confianza y vendía ilusión, que es una forma de consuelo. Su verbo era mercancía: cada frase abría una puerta, cada chiste hacía más liviano el miedo a la enfermedad. El carriel —ese archivo de la vida campesina— se volvía farmacia ambulante, y el pregón, un espectáculo popular donde el pueblo se miraba a sí mismo: sus dolores, sus esperanzas, su necesidad de un relato que ordenara el mundo.

Y cuando alzaba la voz, la plaza entera parecía alinearse en torno a la palabra. Podía empezar así, con esa parlanchina precisión de quien nombra a todos para que nadie se sienta por fuera:

"¡Atención, atención, señoras y señores, viejas y viejitos, señoritas casadas, solteras, viudas y arrejuntadas! ¡Vengan, arrímense, no se me queden allá como timoratos! ¡Aquí traigo el remedio que cura desde el dolor de cabeza hasta la tristeza del corazón! ¡Pomada de culebra, milagro paisa, bendición de Dios y alivio del bolsillo! ¡Que no hay mal que aguante cuando la fe aprieta y la pomadita acompaña! ¡Y si no le cura el cuerpo, por lo menos le endereza la suerte!"

El pregón del culebrero era más largo que una misa y, a ratos, más divertido que una comedia: un río de palabras que

se desbordaba por la plaza hasta meterse en los oídos de todos, incluso de los que juraban no creer en nada. No vendía solo pomadas; vendía confianza, y esa confianza se fabricaba en público, como se amasa el pan: con repetición, con calor, con paciencia y con espectáculo. La voz se le estiraba y se le encogía según el ánimo del corro: unas veces susurraba como quien revela un secreto; otras, tronaba como pregonero de fiesta.

El mercado, que ya era bullicio, se convertía entonces en teatro popular. El culebrero era actor, narrador y médico improvisado; un mediador entre el saber empírico de las plantas y esa espiritualidad cotidiana que también curaba por sugestión, por consuelo y por costumbre. En pueblos donde el médico quedaba lejos —por camino de herradura, por horas de mula o por plata que no alcanzaba—, el culebrero llenaba un vacío: recetaba, calmaba, aconsejaba, y de paso dejaba la sensación de que alguien, por fin, se había tomado el tiempo de escuchar el dolor.

Todo empezaba con el saludo interminable, una lista que no era simple chanza sino estrategia: nombrar a todos para que nadie se sienta afuera del milagro. "Señoras y señores, viejas y viejitos, señoritas casadas y solteras, viudas y arrejuntadas…", decía, y cada categoría arrancaba una risa distinta, como si el pueblo se reconociera en sus propios apodos. La repetición era su martillo: golpeaba la misma idea con distintos sinónimos —ofrecer, entregar, regalar— hasta que la frase parecía verdad por cansancio, y el público, ya rendido, asentía con la cabeza sin darse cuenta.

Luego venía la parte fina: la metáfora, el cuento, el truco. En ese instante, la pomada dejaba de ser un frasco y se volvía promesa; el jarabe dejaba de ser líquido y se volvía esperanza embotellada. El culebrero sabía —lo sabía por oficio y por calle— que la gente no compraba solo el remedio, sino la ilusión de participar en un acto colectivo: reír juntos, creer juntos, salir del puesto con algo en la mano y una historia en la boca.

Y entonces, como quien remata una faena, soltaba una de esas frases que no caben en el papel sin que se les oiga el tono:

"¡Este jarabe, señores, no solo quita la tos, también endereza la voz, alegra la vida y hasta enamora a la vecina! ¡Si no le sirve para el mal de ojo, le sirve para el mal de amores, y si no le cura la tristeza, por lo menos le da risa cuando lo toma! ¡Vea pues: ¡remedio completo, pa' que no diga después que en esta plaza no se consigue de todo… hasta consuelo!"

El oficio del culebrero iba amarrado, por la misma soga de camino, al del arriero. Los dos se movían donde la rueda no llegaba y donde el mapa era, en realidad, una cadena de trochas: lomas que se suben con la respiración a mordiscos, quebradas que se cruzan tanteando piedra por piedra, y pueblos que aparecen de golpe como un descanso. En esa Colombia montañosa, la arriería fue clave para conectar regiones y mover mercancías a lomo de mula entre los siglos XVIII y XX, y también para sostener el poblamiento ligado a la colonización antioqueña. Por eso, cuando el arriero entraba al caserío con la recua, era como si entrara el mundo; y cuando el culebrero llegaba detrás —o a veces al frente, anunciándose—, era como si entrara la esperanza.

En San Félix, en Aguadas o en Neira, se les veía compartir la misma sombra y el mismo cansancio. Se encontraban en fondas camineras, esos puntos de tregua que nacieron a lo largo de los caminos de herradura para que el viajero comiera, comprara algo, dejara pastar las bestias y, sobre todo, supiera en qué iba la vida. Allí el pregón se mezclaba con el grito áspero de "¡Arre, mula!", con el golpe de una pezuña en la tabla húmeda, con el olor a guarapo y a fogón. El arriero descargaba sal, café, panela, tabaco o aguardiente —lo que hiciera falta en el siguiente pueblo—, y el culebrero, más liviano de bultos pero no de oficio, descargaba remedios, consejos y palabras.

La cotiza del culebrero golpeaba el barro igual que la del arriero: mismo barro pegajoso, misma llovizna que se mete por el cuello, mismo sol que raja la frente a mediodía. Y cuando llevaba puesto el sombrero aguadeño, parecía parte de la misma estampa: esa artesanía de Aguadas, tejida en palma de iraca, que en la región se volvió emblema y protección. Los dos, vistos de lejos, podían confundirse: un cuerpo curtido, un carriel con secretos, un paso de quien ya aprendió a medir la montaña sin pedirle permiso.

La diferencia verdadera estaba en la mercancía. El arriero confiaba en la mula, en su terquedad sabia, en ese instinto que recuerda el camino aun cuando la niebla lo borra; el culebrero confiaba en la lengua. Y esa lengua —afilada, generosa, tramposa a ratos— era una forma de tecnología antigua: oralidad pura. Con ella construía un puente entre la necesidad y la esperanza, entre el dolor que no sabe nombrarse y la promesa de que algo, aunque sea pequeño, puede aliviar. Esa era su herencia: una tradición de plaza y camino donde la palabra valía tanto como el frasco, y a veces más.

Y como si supiera que la fe se contagia mejor con risa, remataba así, echándole la responsabilidad al animal, que siempre parece más sincero que el cristiano:

"¡No me crean a mí, créanle a la mula que me acompaña! ¡Mírenle los ojos: ¡ojos de bestia trabajadora, ojos que no saben mentir! Ella sabe que este ungüento le quita hasta el cansancio de la trocha. ¡Si cura a la bestia, cómo no va a curar al cristiano!"

Más allá de la caricatura del vendedor parlanchín, el culebrero cumplía una función social, casi de servicio público, en pueblos donde la farmacia era un lujo y el médico un visitante ocasional. Llegaba con soluciones inmediatas —o con la sensación de que lo eran—: yerbas para el retortijón, ungüentos para la picadura, tónicos para la fatiga que deja la trocha metida en los huesos. Y aunque muchos lo miraran con desconfianza (como se mira todo lo que promete demasiado), terminaba armando alrededor de su voz una fila invisible de necesidades: la tos del niño, el reuma del abuelo, el susto de la mujer embarazada, el "malestar" sin nombre del jornalero.

Su saber no era puro ni académico: era una mezcla viva. Venía de la tradición de plantas y remedios que circula de boca en boca en el campo, del ensayo y error campesino, del consejo heredado y de la creatividad personal para combinar, rebautizar y convencer. En Antioquia y el viejo Caldas, esa medicina popular caminó de la mano de las ferias y los mercados rurales, donde el culebrero/yerbatero se volvió personaje esperado, porque allí se intercambiaban no solo productos sino también remedios, recetas y creencias. A falta de receta sellada, bastaba la escena: el frasco alzado contra la luz, la explicación dicha como si fuera juramento, la risa del público funcionando como garantía comunitaria.

Pero el impacto iba mucho más allá de lo medicinal. El culebrero era, sobre todo, un narrador: un cronista oral que traía chismes y noticias, que mezclaba la novedad con la leyenda y le ponía sabor de cuento a lo que, dicho en seco, sería pura preocupación. Su pregón era un periódico improvisado, porque la plaza era el lugar donde el pueblo se enteraba de quién se casó, quién se fue, quién volvió con plata, quién quedó debiendo y quién andaba "de malas". Y su humor —a veces picaresco, a veces compasivo— funcionaba como una terapia colectiva: si el cuerpo no sanaba de inmediato, al menos el ánimo salía un poco menos apretado.

En esas mañanas de mercado, la gente no solo compraba remedios: compraba compañía. Compraba la certeza de que alguien sabía nombrar sus dolores —con apodos, con metáforas, con exageración— y que, al nombrarlos, los volvía más llevaderos, como si el mal perdiera fuerza cuando se vuelve historia compartida. Por eso el culebrero vendía también pertenencia: por unos minutos, todos eran parte del mismo corro, del mismo chiste, del mismo "a ver qué dijo".

Y remataba con esa clase de garantía que no viene en etiqueta, sino en linaje y terquedad:

"¡Este específico, señores, lo usó mi abuelo, lo usó mi padre y lo uso yo! ¡Sirve para el dolor de muela, para el dolor de barriga y hasta para el dolor de bolsillo cuando la plata no alcanza! ¡Porque cuando la cosa está dura, más duro tiene que ser el remedio... y más suavecito el corazón pa' reírse!"

Con la llegada de farmacias modernas y la expansión de la medicina oficial, el oficio del culebrero empezó a correrse hacia los bordes: del centro de la plaza al ladito, del corro grande al grupo pequeño, de la fe cerrada a la curiosidad. Las plazas se fueron llenando de productos industrializados —cajas, etiquetas, marcas— y, poco a poco, la voz del pregonero perdió ese lugar de "autoridad" que antes tenía cuando era, para muchos, el único alivio disponible. No fue un apagón de un día para otro; fue más bien un descenso lento, como cuando se acaba la tarde y nadie se da cuenta del momento exacto en que el sol se fue.

Aun así, el culebrero no desapareció del todo. En muchos pueblos quedó vigente en ferias populares y espacios de tradición, con su mesa improvisada, sus botellas de líquidos coloridos, sus plantas secas y sus letreros escritos a mano, atrayendo a creyentes y a mirones por igual. Ya no siempre llega como necesidad urgente; a veces llega como memoria: la gente se arrima a escuchar "por acordarse", como quien se acerca a un viejo radio por el placer del ruido conocido.

Y es que el pregón —ese arte de sostener un mundo con la lengua— tiene una forma rara de sobrevivir. Cada vez que un vendedor ambulante exagera sus virtudes, cada vez que un pregón callejero arranca una sonrisa y la gente se queda unos minutos más de los que pensaba, el eco del culebrero se hace presente. Su figura recuerda que la palabra puede ser mercancía, sí, pero también

puede ser medicina del ánimo y un arte del encuentro: un modo de reunir extraños para que, por un instante, vuelvan a ser comunidad.

Por eso el remate suena todavía familiar, como si estuviera guardado en alguna esquina de la memoria colectiva:

"¡Si no le cura, le consuela! ¡Si no le sana, le entretiene! ¡Y si no le sirve, por lo menos le hace reír, que también es medicina!"

El culebrero antioqueño fue más que un vendedor: fue actor de la vida comunitaria, puente entre necesidad y esperanza, y guardián de saberes y teatralidades que se hicieron patrimonio vivo en los mercados rurales. Y hoy, cuando su oficio parece extinguirse o disfrazarse, queda la pregunta —que es también una herida bonita—: ¿qué voces actuales cumplen esa función de conmover, de curar con palabras, de mantener despierta la memoria de los pueblos? Quizás el culebrero no ha muerto del todo; quizás sigue, terco y alegre, en cada pregón que todavía nos junta para escuchar.



El culebrero vuelve a levantar su círculo en la plaza. Su palabra serpentea entre la duda y la fe, mientras el público escucha con atención antigua. En frascos diminutos guarda promesas grandes. En el mercado campesino, su presencia recuerda que la salud, el miedo y la esperanza siempre caminaron juntas en la historia popular. Ilustración AI

El Cacharrero
Llevando El Siglo XIX En Una Canasta

La Colonización Antioqueña no fue solo una épica de hachas, machetes y tierras baldías; fue, fundamentalmente, un gigantesco movimiento logístico. Si el arriero (con su mula, mulera y enjalma) era la locomotora que movía la carga pesada, los grandes volúmenes de sal, tabaco o café, el cacharrero era el engranaje fino, el hombre que garantizaba que el progreso llegara al detalle, a la cocina y al tocador de cada familia colona.



El cacharrero recorre el mercado como quien lee una historia rota. Recoge ollas cansadas, hierros torcidos y objetos olvidados, devolviéndoles sentido. En sus manos, lo inútil vuelve a tener destino. Su oficio habla de una economía humilde y sabia, donde nada se desprecia y todo puede renacer con paciencia. Ilustración AI

El cacharrero fue el heredero directo de los trajinantes coloniales, aquellos buhoneros que recorrían las provincias ofreciendo mercancías en la punta de lanza de la civilización. A partir de finales del siglo XVIII y con explosión en el siglo XIX, cuando el fenómeno migratorio antioqueño se desbordó desde el núcleo de Rionegro, Sonsón y Abejorral hacia las selvas del sur (lo que luego se llamaría el Gran Caldas: Salamina , Manizales, Pereira, Armenia,), el cacharrero se hizo indispensable.

Las colonias nacían en el aislamiento total. Una nueva finca en la ladera de Salamina o en las breñas del Quindío podía tardar semanas en recibir un cargamento de mulada. Además, el arriero mayorista se dedicaba a mover bultos cerrados de mercancía homogénea para los grandes comerciantes de las nacientes villas. ¿Quién proveía al colono individual de una aguja, un espejo pequeño, un peine o una taza que se había roto? Ahí entraba el cacharrero.

Su carga era ligera, variada y se especializaba en la minucia. Un cacharrero típico cargaba una bestia (a menudo un burro o una mula pequeña) o, en las trochas más difíciles, llevaba la mercancía en un serón de cuero o una canasta a la espalda, caminando incansablemente junto a los grandes arrieros o, más a menudo, desviándose hacia las veredas inexploradas. Su jornada no terminaba en la fonda principal, sino en el rancho más remoto, donde su llegada significaba una fiesta, la irrupción de las noticias y la materialidad del mundo exterior.

La ruta del cacharrero era la última milla del comercio. Él era el único capaz de sortear las dificultades logísticas y económicas que hacían inviable el envío de un bulto completo de hilo o de loza a una casa campesina. En esa dificultad de acceso residía su éxito y su valor social.

La Ofrenda de la Civilización: El Pequeño Imperio de la Loza y el Hilo

El corazón del negocio del cacharrero residía en la magia de los cacharros: utensilios baratos, prácticos y que, sin embargo, representaban la diferencia entre la mera subsistencia y la vida civilizada.

Los artículos de su canasta eran los cimientos de la nueva casa colona:

• Herramientas de Costura: Agujas, dedales, hilos (de algodón o lino), botones. Estos eran cruciales para la mujer colona, que era la encargada de mantener la vestimenta y la integridad del hogar.

• Utensilios de Cocina: Ollas de hierro pequeñas (cuando el presupuesto no alcanzaba para las grandes), cucharas de metal, platos, pocillos, y el imprescindible molino de mano (si lo podía transportar). Estos reemplazaban los rudimentarios utensilios de barro y madera utilizados en la etapa más temprana de la colonización.

• Higiene y Cuidado Personal: Peines, jabones de tocador (un lujo), y el pequeño espejo, un objeto cargado de simbolismo personal que permitía a la mujer del campo mantener un vínculo con la estética y la decencia urbana.

Pero el cacharrero no solo llevaba necesidad, sino también deseo. La verdadera rentabilidad venía de los artículos novedosos y simbólicos:

• Loza y Porcelana Barata: Tazas y platos de loza blanca o decorada con patrones simples, a menudo importados. En la tosquedad del rancho de bahareque, un juego de loza representaba el orden, la aspiración a la "decencia" y el abandono de la rudeza de la selva. Estos objetos eran cuidados con celo.

• Cosméticos y Perfumes: El cacharrero fue pionero en la distribución de los primeros cosméticos modernos. Polvos faciales, coloretes y perfumes baratos (como el icónico polvo "Coqueta"), daban a la mujer campesina un toque de coquetería y la conectaban con las modas de Medellín y Bogotá, siendo un escape emocional de la dureza del trabajo en el campo.

• Medicamentos y Quincallería: También vendía remedios caseros o patentes sencillas, aliviando dolores y males comunes, actuando como un boticario móvil.

Al comprar cacharros, el colono no solo adquiría un objeto; compraba una promesa de ascenso social, una pequeña porción del mundo civilizado que el cacharrero transportaba envuelta en papel de periódico y asegurada en su canasta de fique.

La función más crucial y menos reconocida del cacharrero fue su papel como motor financiero y de comunicación en el aislamiento rural. El cacharrero no necesitaba un contrato notariado, solo la palabra.

En el Viejo Caldas, donde el dinero escaseaba y el acceso al crédito bancario era nulo, el cacharrero ofrecía su propio sistema de financiación:

- El Fiado de la Cosecha: La mayoría de sus ventas se realizaban a crédito (el famoso "fiado"). El cacharrero anotaba el saldo en una libreta (a veces un cuaderno pequeño o incluso en la tapa de cuero de su carriel) y le permitía al colono pagar meses después, al momento de recoger la cosecha de café, fríjol o plátano. Este acto de confianza era fundamental para que las familias pudieran equipar su hogar antes de que su producción generara ingresos.

- La Moneda en Especie: El cacharrero era un experto en el trueque. Aceptaba café sin trillar, maíz pilado, huevos frescos o aves de corral como pago. Esto lo obligaba a ser también un comerciante mayorista secundario, pues luego debía llevar estos productos de vuelta a los centros urbanos (Manizales, Pereira) para venderlos y reabastecer su propia mercancía. Él asumía el riesgo de la variación de precios en el mercado de la ciudad.

Este sistema de crédito personal y flexible inició la monetización de la economía rural. Sin el cacharrero, la circulación de bienes importados y manufacturados habría sido mucho más lenta en las fronteras de la colonización.

La red de arriería se concentraba en las rutas principales que movían la carga de exportación. Pero el cacharrero se internaba por las ramificaciones menores de la trocha. Por ello, se convirtió en el correo más confiable de la vida campesina.

Llevaba mensajes verbales o cartas escritas a mano de una finca a otra, de una vereda a la cabecera municipal, y viceversa. Su memoria era un archivo social. El cacharrero sabía quién se había casado, quién había muerto, qué precio tenía el café en Medellín, o quién había logrado titular su tierra. Esta labor de conector social lo dotó de un conocimiento profundo de la estructura familiar y económica de cada vereda, información que era vital tanto para el comercio como, trágicamente, para la política.

Si bien la figura histórica del cacharrero se forjó en la pujanza del siglo XIX, su rol se complejizó y se oscureció con la llegada de los conflictos sociales y políticos del siglo XX, especialmente durante el periodo conocido como La Violencia.

Debido a su oficio itinerante, el cacharrero estaba en contacto constante y cercano con las bases sociales. Su entrada y salida de las fincas y veredas le daban un acceso privilegiado a la información local, las afiliaciones políticas y los rumores.

- Instrumento de Guerra Informal: Documentos históricos sugieren que en algunas regiones, grupos armados paramilitares de la época (como los "Pájaros" o, en su fase embrionaria, algunos miembros de la policía Chulavita) reclutaron o utilizaron a personas con oficios de alto contacto social, incluidos algunos cacharreros, como informantes. Un cacharrero podía identificar a los líderes liberales o a los campesinos militantes en zonas conservadoras y viceversa, haciendo de su libreta de fiados una lista de posibles objetivos.

- Riesgo y Neutralidad: No obstante, la mayoría de los cacharreros intentaban mantener una estricta neutralidad para proteger su negocio y su vida. El riesgo era constante: podían ser despojados de su mercancía por bandoleros o grupos armados, y un solo rumor podía sellar su destino.

A pesar de los episodios oscuros, la imagen que ha perdurado en la cultura paisa es la del cacharrero honrado; el hombre de confianza que cumplía con la palabra y regresaba fielmente a saldar el crédito.

El cacharrero, al igual que el arriero, es un símbolo de la capacidad colombiana de resolver la distancia con la inventiva. Él transportó no solo tijeras y porcelana, sino la semilla de la economía de mercado a las bases rurales.

La próxima vez que se vea una miscelánea de barrio, o que se use un utensilio doméstico de bajo costo, se estará rindiendo homenaje indirecto al cacharrero: el hombre que, a lomo de bestia o a pie, aseguró que la civilización, por pequeña que fuera, nunca estuviera demasiado lejos. El cacharrero fue, en definitiva, el articulador invisible del inmenso proyecto colonizador.

Crónicas de Arriería

Memoria viva de los caminos que fundaron el Eje cafetero

Cuando los caminos se van quedando en silencio y las huellas empiezan a borrarse bajo la hierba nueva, queda algo flotando en el aire. No es polvo ni neblina. Es memoria. Así termina esta travesía: no con un final rotundo, sino con un murmullo que se resiste a desaparecer. Las crónicas de la arriería no se cierran; se recogen, como se recoge la carga al caer la tarde, sabiendo que ya no se anda igual, pero que el cuerpo recuerda.

La colonización antioqueña fue un movimiento del cuerpo y del alma. No solo desplazó personas: desplazó costumbres, palabras, silencios. Con mulas cargadas de mundo, los arrieros abrieron la piel de la montaña y, sin saberlo, sembraron una cultura que aún respira en el viejo Caldas, en el norte del Valle, en el norte del Tolima. Cada trocha fue una frase; cada fonda, un punto y aparte; cada mercado, un párrafo vivo donde la tierra aprendió a hablar con la gente.

Allí estuvieron la mula paciente, el carriel cargado de secretos, la enjalma hecha a mano, la alpargata gastada, el tiple sonando al caer la noche. Allí estuvieron la fonda como refugio, el mercado como corazón, el culebrero como voz ambigua entre fe y engaño, el cacharrero como guardián de lo que no quiso morir. Ninguno fue protagonista único, porque la arriería nunca fue de héroes solitarios, sino de comunidades que avanzaban juntas, aun sin saberlo.

Hoy, cuando los caminos de herradura son apenas líneas en la memoria y las mulas ya no mandan el ritmo del comercio, algo de todo aquello persiste. Persiste en los pueblos que nacieron de la nada y aprendieron a llamarse hogar. Persiste en los acentos, en la forma de saludar, en la costumbre de fiar, en la manera de sentarse a conversar sin apuro. Persiste en la nostalgia que no se enseña, pero se hereda.

Porque estas crónicas no hablan solo de lo que fue, sino de lo que sigue siendo sin que siempre lo notemos. El viejo Caldas no se entiende sin el sudor de los arrieros; el norte del Valle no se explica sin las trochas abiertas a fuerza de terquedad; el norte del Tolima no se nombra sin ese tránsito humano que lo volvió fértil. La colonización no fue una línea recta hacia el progreso: fue una suma de intentos, fracasos, regresos y esperanzas renovadas.

Hay una tristeza suave al mirar atrás. No por lo perdido, sino por lo irrepetible. Nada de aquello puede volver exactamente igual. Y, sin embargo, todo está ahí, escondido en las cosas pequeñas: en una fonda restaurada, en un carriel colgado en la pared, en un mercado campesino que resiste los sábados, en un tiple que aún afina su voz. La memoria no necesita monumentos; necesita gestos. Estas páginas han sido un intento por escuchar de nuevo ese mundo. Por sentarse en la banca de madera, por caminar despacio, por dejar que el polvo se asiente antes de seguir hablando. Han sido una forma de decir que la historia no siempre se escribe con fechas, sino con pasos; no siempre con documentos, sino con objetos gastados; no siempre con discursos, sino con silencios compartidos. Tal vez la mayor herencia de la arriería no fue el comercio ni las rutas, sino una manera de estar en el mundo: avanzar sin romper del todo, llevar solo lo necesario, confiar en el encuentro, entender que el camino es más importante que la llegada. Esa filosofía sencilla, casi invisible, sigue latiendo en la cultura paisa y en los territorios que ayudó a fundar.

Cuando el lector cierre estas crónicas, no habrá un punto final. Habrá, con suerte, una sensación parecida a la de despedirse al amanecer después de una noche larga: cansancio, gratitud y un silencio lleno. Porque lo que aquí se cuenta no pide ser recordado con solemnidad, sino con cariño. Como se recuerda a los abuelos, a los caminos viejos, a las canciones que ya no se cantan igual.

La colonización antioqueña dio vida a pueblos, sí, pero también dio vida a una forma de memoria que camina. Y mientras alguien siga nombrando una fonda, ajustándose una ruana, tocando un tiple o llevando un carriel por puro afecto, esas crónicas no se habrán ido del todo.

Se quedarán ahí, como se quedan los caminos antiguos: no siempre visibles, pero siempre listos para ser recorridos otra vez.

Crónicas Varias y del Alma

Presentación

Estas crónicas que el lector tiene ahora entre sus manos no nacieron con la intención de formar un libro. Surgieron, más bien, como actos de memoria: textos escritos desde la necesidad de recordar, de nombrar, de volver a mirar aquello que parecía diluirse en el olvido cotidiano. Son crónicas varias, distintas entre sí en tema y en ritmo, pero unidas por una misma pulsión: la de contar el mundo que nos hizo, los oficios, los personajes y las herencias que dieron forma a nuestra manera de ser.

Algunas de ellas vieron primero la luz en las páginas de la *Revista de Caldas*, donde encontraron una respuesta inesperada y generosa. Más de veinte mil lecturas acompañaron estos textos, no como cifras frías, sino como señales claras de que la memoria todavía convoca, de que hay lectores atentos a las historias pequeñas, a las voces que vienen del mercado, del camino, de la fonda, de la arriería y del linaje. Ese eco, persistente y respetuoso, fue el que terminó de convencerme de que estas crónicas merecían otro destino: reunirse, dialogar entre sí y permanecer.

No son textos escritos desde la distancia académica ni desde la nostalgia fácil. Son relatos que caminan entre la historia y la evocación, entre el dato y la emoción, entre lo que fue documentado y lo que fue vivido, oído o heredado. En ellos conviven el rigor y la imaginación, el archivo y la voz popular, la certeza y ese leve temblor que produce recordar lo que ya no está, pero sigue latiendo.

He decidido compartirlas aquí tal como fueron pensadas: como una conversación abierta con el lector. No buscan imponer una versión definitiva del pasado, sino invitar a recorrerlo con calma, a detenerse en los detalles, a reconocer en estos relatos fragmentos de una historia común. Si estas crónicas llegan ahora a este libro es porque creo, honestamente, que valen la pena ser leídas de nuevo, juntas, como un tejido de memoria que sigue creciendo cada vez que alguien lo mira, lo siente y lo recuerda.

Herencia de grandeza

Los Gómez de Castro y la memoria que camina

Hay apellidos que no solo se escriben en los archivos, sino en los caminos, en las plazas, en las iglesias levantadas con paciencia y fe. El de los Gómez de Castro es uno de ellos. Desde los días coloniales hasta el presente, este linaje ha sido una corriente subterránea que atraviesa la historia de Colombia, dejando a su paso pueblos fundados, conciencias formadas y una ética que todavía resuena en la vida pública, cultural y espiritual del país.

Todo comienza en el siglo XVIII, cuando el Reino de España aún gobernaba estas tierras lejanas y montañosas. En ese tiempo, dos hermanos antioqueños —don Antonio y don José Gómez de Castro— se atrevieron a hacer algo que no todos osaban: dirigirse directamente al rey para pedir que el entonces llamado Valle de San José de la Marinilla fuera reconocido como Villa o Ciudad. No fue una súplica menor. Era un acto de visión, de confianza en la tierra que habitaban y en la gente que la trabajaba. El 21 de noviembre de 1787, en San Lorenzo El Real, el rey Carlos IV respondió con una real cédula que dio forma jurídica a ese sueño. Años después, en 1794, llegaría el Escudo de Armas, como confirmación simbólica de que aquel valle ya tenía identidad propia.

Pero los Gómez de Castro no se conformaron con títulos. Antes incluso de ese reconocimiento, en 1761, la Real Audiencia les había concedido extensas tierras que se extendían desde Marinilla hasta el valle del río Magdalena. Antonio Gómez de Castro, capitán de milicias, socio de Sancho Londoño y alcalde ordinario de los Valles de San Nicolás El Magno en Rionegro, fue minero en El Tablazo y Guarne, comerciante, terrateniente y, según los registros de la época, uno de los hombres más ricos de Antioquia. Su riqueza, sin embargo, no fue solo material: fue la capacidad de ver futuro donde otros solo veían monte.

Esa visión se multiplicó en sus descendientes. Sus nietos Nicolás y Antonio fundaron Salamina, mientras que Narciso Gómez de Castro, héroe de la Batalla de Boyacá, fue de los prime-

ros en asentarse en la aldea que más tarde se llamaría Manizales. Su hijo, Juan Antonio Gómez, figura entre los veinte exploradores iniciales de la llamada "Aldea Encaramada", como la nombró el historiador Enrique Otero D'Acosta. Juan Antonio no solo ayudó a fundar Manizales, sino también Villamaría, y fue el primer alcalde de San Francisco, hoy Chinchiná. Cada uno de ellos cargó la doble condición del colono: abrir camino y quedarse.

La expansión no se detuvo ahí. Aranzazu nació por obra de Antonio, Ramón, José María y Joaquín Gómez. A su alrededor, otros pueblos fueron tomando forma: Neira, Marulanda, Manzanares, Pensilvania, Armenia, Calarcá y numerosos asentamientos en el norte del Valle del Cauca y del Tolima. Los Gómez de Castro no solo fundaron pueblos; echaron raíces profundas en ellos, dejando apellido, familia, trabajo y memoria.

De los tres hermanos fundadores —don Antonio, don José y don Javier Gómez de Castro— casados con las hermanas Jiménez Duque, Jerónima, Lucía y Juana, surgió una descendencia tan vasta como sorprendente. De ese tronco común brotaron cincuenta obispos, entre ellos tres cardenales; tres presidentes de la República; santos, beatos y siervos de Dios; monseñores, rectores del Seminario de Medellín como Ulpiano Ramírez Urrea, Lubín Gómez Hoyos, Guillermo Gómez Restrepo, Juan Manuel González Arbeláez y Néstor Giraldo Ramírez. A ellos se suman gobernadores, militares, médicos, artistas, poetas, abogados y una Miss Universo: Luz Marina Zuluaga.

En este linaje parece haberse dado una combinación rara: inteligencia, humanismo, bondad y sentido del progreso. No abundan los relatos de deshonra o corrupción. Por el contrario, la historia sugiere que la virtud fue heredada tanto por educación como por ejemplo. Muchos de sus miembros bajaron de las montañas antioqueñas hasta Santafé de Bogotá para formarse en jurisprudencia y teología en los colegios reales de San Bartolomé y el Mayor del Rosario. Aquella formación cristiana y liberal se convirtió en semilla viva, multiplicada luego en obras de caridad, cultura y servicio público.

Ahí está la figura de Valerio Antonio Jiménez Hoyos, tres veces obispo de Medellín, cuya bondad fue tan reconocida que al papa Pío IX le llegó una carta firmada por párrocos, alcaldes y ciudadanos afirmando que no podía hallarse persona más buena ni más apta para ese cargo. O la memoria entrañable de María de

Jesús Gómez Arbeláez, "Mamá Sus", quien tras el saqueo de Marinilla en 1877 alimentó durante un mes a más de quinientas personas, sacrificando diariamente tres reses y enviando emisarios hasta Cocorná para asegurar víveres.

Las mujeres de este linaje merecen un lugar especial. En Marinilla, Simona Duque de Alzate ofreció a siete de sus hijos a la causa libertadora. Pastorita Gómez evangelizó juventudes; Berenice Gómez formó generaciones; Berta y Rebeca Gómez impulsaron la cultura; Carolina Gómez de Gómez fue símbolo de civismo; y Amanda Gómez Gómez quedó en la memoria como la mejor alcaldesa de su pueblo.

En Medellín, doña Teresa Santamaría Gómez fue motor del Museo de Antioquia, del Teatro Pablo Tobón Uribe, del Colegio Mayor de Antioquia —primera institución de educación superior para mujeres en Colombia— y creadora de la Casa del Estudiante y de la revista Letras y Encajes. En Manizales brillaron Pilar Villegas de Hoyos, dos veces gobernadora de Caldas; Berta Botero de Gutiérrez; Luz Marina Zuluaga de Vélez; y Margarita María Gómez de Jaramillo. En Pereira, Ana Milena Muñoz Gómez de Gaviria dejó huella como primera dama influyente, mientras que Rafaela Gómez de Orozco fundó Támesis y Belalcázar y promovió el repoblamiento de Anserma Viejo.

También estuvieron en la guerra y en la defensa de la patria: José Joaquín y Juan Nicolás de Hoyos Gómez; el teniente coronel Modesto de Hoyos Gómez y su esposa Margarita Urrea; Narciso Gómez de Castro; Juan Antonio Gómez; el general Eusebio María Gómez; capitanes, presbíteros combatientes, firmantes del Acta de Independencia, benefactores de Bolívar. Y en la palabra escrita: historiadores, poetas, periodistas, pensadores que ayudaron a narrar el país que ayudaron a construir.

Este no es solo un recuento de nombres. Es la memoria viva de una familia que entendió la colonización como responsabilidad, la fe como acción, y la cultura como deber. Los Gómez de Castro siguen caminando en las calles, las escuelas y los templos de los pueblos que ayudaron a fundar. Su herencia no es solo grandeza pasada: es una nostalgia activa, una invitación a recordar que la patria se levanta, siempre, con hechos, con virtud y con memoria.

Del Silencio al Canto
Las mujeres de la Colonización Antioqueña

Arquitectas de la Vida: Fogones, Caminos y Memoria

Este relato no es un informe histórico ni una crónica fría. Es un cántico. Un tejido de palabras que busca devolver la voz a quienes la historia oficial quiso silenciar: nuestras abuelas, madres y colonas. Ellas, invisibles en los libros, pero eternas en la memoria de los pueblos. Ellas, que no conquistaron con armas, sino con fogones encendidos, con semillas guardadas en el corazón y con la ternura que sostuvo la vida en medio de la selva.



Ellas, cuyos nombres quizás nunca fueron grabados en piedra, pero cuya labor fue más sólida que el granito de las montañas que domesticaron. Sus manos, curtidas por el sol y el trabajo, escribieron con surcos y tejidos la epopeya de nuestra existencia. Este homenaje es nuestro intento de devolverles la voz, de pintarlas con colores más vivos que el barro de la tierra que amaron, y de asegurar que jamás sean olvidadas.

Imaginemos sus pasos. No el estruendo de batallas, sino el crujido de la vegetación virgen bajo pies descalzos. El jadeo cansado en la niebla de las laderas, el arrullo de un niño dormido sobre la espalda. Fueron ellas las que caminaron detrás del arriero, cargando no solo hijos, sino futuro. Cada paso era un acto de fe, un salto al vacío donde la incertidumbre era tan densa como el follaje.

La imagen romántica del colono varón como héroe solitario es una mentira cómoda. La verdad es más hermosa: era una familia entera, un universo andante, y en el centro estaba ella, la mujer. Con manos curtidas, encendió el primer fogón bajo la lluvia persistente del occidente colombiano. Ese fuego no era solo calor: era promesa de hogar, de seguridad, de pertenencia.

El hogar no fue cuatro paredes improvisadas. Fue fortaleza, santuario, bastión de resistencia. Allí, alrededor del fogón, se tejía la vida. El aroma del maíz tostado y del pan de barro se mezclaba con cuentos y rezos, con bambucos que recordaban la tierra de origen. Cada gesto era cultura, cada acción era resistencia.

La maternidad, idealizada por la sociedad patriarcal, se convirtió en poder silencioso. Al cuidar hijos, ellas preservaban la memoria colectiva. En cada consejo, en cada herida curada, transmitían saberes ancestrales. Tejer una manta era abrigar la identidad; preparar el pan era nutrir el alma. Fueron las primeras educadoras, médicas, mediadoras. Su hogar era faro de humanidad en un paisaje inhóspito.

No fueron espectadoras de la economía: fueron sus gestoras. En caminos polvorientos y plazas nacientes, comerciaban con cestas de mimbre rebosantes de productos, tejidos y chicha. Su trabajo era sustento y también vínculo social. Tejían redes de solidaridad: compartían semillas, alimentos, herramientas. Se apoyaban en partos, enfermedades y duelos.

Aunque la tierra y el capital eran privilegio masculino, ellas encontraron autonomía en el trueque y la producción artesa-

nal. Fueron agentes de cambio, constructoras de una economía del corazón, donde la riqueza era la vida compartida y la dignidad preservada.

No solo conquistaron la tierra: defendieron el alma. Fueron guardianas de la memoria, portadoras de recetas, rezos, cantos y medicinas. En sus voces florecieron bambucos y arrullos, en sus manos la chicha se convirtió en pegamento social.

Las mujeres indígenas y afrodescendientes, doblemente oprimidas, fueron aún más heroicas. Preservaron lenguas, tradiciones y dignidad. Enseñaron técnicas agrícolas, aportaron sabores y ritmos, enriquecieron la identidad regional. Su resistencia fue cultural y política: mantener viva la memoria en medio del despojo.

La historia oficial escribió nombres de varones, pero bajo esa superficie late otra verdad: ellas fueron fundadoras invisibles. Lideraron con ternura y firmeza, sacaron adelante familias cuando la figura masculina desaparecía. La "matrona" era respetada y temida, mediadora de conflictos, consejera infalible. Su poder no estaba en títulos, sino en respeto ganado a pulso.

Organizaban mingas, trueques, fiestas patronales. Su liderazgo era tejido social, construcción de comunidad. Fueron sembradoras de vida y futuro, las verdaderas forjadoras de la civilización del hacha y el maíz.

Ellas fueron arquitectas de la vida. Con manos que removieron la tierra negra, sembraron esperanza. Con fogones encendidos en medio de la selva, declararon la victoria sobre el frío y la soledad. Con cantos y rezos, tejieron la identidad de un pueblo que aún hoy late en nuestras venas.

Guardianas de la Cultura y la Economía del Corazón

Nuestras abuelas no solo conquistaron la tierra con sus manos; defendieron su alma con sus voces y sus cantos. En un contexto de desarraigo, de enfrentamiento constante con un entorno hostil y con sociedades que a menudo pretendían borrar su identidad, ellas se convirtieron en las guardianas más fervorosas de la cultura. Su resistencia no se medía únicamente en el número de animales que criaban o de surcos que abrían, sino en la tenacidad con la que preservaron y transmitieron los saberes ancestrales que constituían su ADN cultural.

Fueron portadoras de un tesoro invaluable: la memoria. En sus memorias residían las recetas de cocina que daban sabor a la vida, los conocimientos de la medicina tradicional que curaban dolencias con hierbas, las creencias y los rezos que les daban fuerza espiritual, y los bambucos, aquellas canciones que resonaban en las noches de vigilia y de fiesta. Sus tejidos, más allá de cubrir cuerpos, abrigaban memorias, creencias, mitos y nostalgias. Fueron ellas, en un gesto silencioso pero decidido, quienes conservaron la lengua, la música, el ritmo del fogón y el arte de vivir con poco, pero soñar con todo.

En medio del desarraigo, la violencia o la soledad, mantuvieron encendida la llama del hogar, una llama que ardía no solo con leña, sino con la identidad de sus pueblos. Este rol fue especialmente pronunciado en el caso de las mujeres indígenas y afrodescendientes, quienes enfrentaron una doble resistencia: la opresión por su género en una sociedad patriarcal, y la discriminación por su etnia en un proyecto de colonización que a menudo implicaba el despojo de sus tierras y la supresión de sus culturas.

Para ellas, la preservación cultural no era un simple acto de nostalgia, sino una forma de resistencia política y de defensa de la dignidad de sus pueblos. Las mujeres indígenas, en particular, tenían un rol clave en la transmisión intergeneracional de sus tradiciones espirituales y su conocimiento del entorno. Las mujeres afrodescendientes, por su parte, llevaron consigo un bagaje cultural rico y resiliente, proveniente de sus raíces africanas y de su adaptación en las costas del Pacífico colombiano. Juntas, en la nueva tierra de encuentro del Eje Cafetero, tejieron una urdimbre cultural única, una síntesis de saberes que enriqueció enormemente la identidad regional.

Ellas eran las curanderas, las parteras, las que conocían las hierbas y las palabras mágicas. En sus manos florecieron las labores agrícolas, pero también la medicina natural, los cantos de cuna en lenguas antiguas y la elaboración de la chicha. La chicha, en particular, fue mucho más que una bebida fermentada. Era un elemento central de la vida comunitaria, un catalizador social que tejió los lazos de solidaridad entre familias y pueblos. La elaboración y el consumo de la chicha eran eventos sociales que congregaban a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. En estas reuniones, se pactaban alianzas, se resolvían conflictos, se celebraban nacimientos y se honraban a los difuntos.

Era un espacio donde la cultura oral florecía, donde se contaban historias y se cantaban canciones que reafirmaban la identidad colectiva. La chicha era el pegamento social que ayudaba a cohesionar una sociedad dispersa y vulnerable. Al igual que la música y la danza, la chicha era un vehículo de resistencia. A través de los cuentos y las leyendas que se contaban junto a su aroma dulzón y fermentado, se enseñaba a las nuevas generaciones el valor del trabajo, la importancia de la solidaridad y el profundo sentido de pertenencia a la tierra.

Las mujeres, como principales transmisoras de esta cultura, eran las que sostenían la economía doméstica mientras, al mismo tiempo, mantenían viva la chispa de la identidad colectiva. Su capacidad para adaptarse, resistir y transformar el entorno fue clave para la consolidación de una identidad antioqueña que, lejos de ser monolítica, se nutrió de la diversidad de sus ancestros femeninos. Su legado es indeleble, está presente en la religiosidad popular, en los rituales de paso, en las fiestas patronales y en las tradiciones familiares que todavía hoy perduran en la región.

Gracias a ellas, nuestra cultura no se perdió en el proceso de colonización; se fortaleció y se hizo más rica. Fueron las verdaderas gestoras del "corazón" de la economía colonial, un corazón que latía con la sangre de su sudor y su ingenio. Con manos que parecían tener vida propia, tejían mantas, redes, canastos y prendas de vestir. Estas labores no eran meramente funcionales; representaban un vínculo indeleble con sus raíces culturales y su historia. Cada patrón en una manta, cada tipo de red para la pesca o la recolección, era un fragmento de su identidad.

En los mercados locales, sus productos no solo eran intercambiados por otras mercancías, sino que también servían como moneda social, un modo de fortalecer los lazos comunitarios y demostrar su habilidad y dignidad. La labor femenina contemplaba desde la molienda de café, chocolate y maíz, sin contar en la época con las tecnologías adecuadas que facilitaran estas tareas. Este trabajo manual, a menudo subestimado, era una forma de resistencia cultural, una manera de decir: "Aunque estamos en una tierra nueva, nosotros llevamos nuestra cultura dentro de nosotros, y la expresamos a través de nuestros cuerpos y nuestras manos".

Liderazgo Invisible y Fuerza Silenciosa

La historia oficial de la colonización antioqueña suele es-

tar escrita en clave masculina, con nombres de varones que fundaron pueblos, abrieron caminos y poblaron las montañas. Sin embargo, bajo esa superficie rígida y masculina late una realidad mucho más compleja, profunda y, diríamos, más humana. Las mujeres, invisibilizadas por la historiografía tradicional, fueron protagonistas esenciales de este proceso. No fueron simples acompañantes pasivas, sino agentes activas e indispensables que moldearon la faz de la región con un liderazgo distinto, silencioso pero formidable.

Fueron sembradoras, cuidadoras, comerciantes y, en muchos sentidos, fundadoras. Su aporte no fue secundario ni doméstico; fue estructural, fundacional. Sin su capacidad para crear un hogar en medio de la selva, sin su temple para resistir las adversidades y sin su ternura para organizar una vida nueva, la colonización habría sido inviable. Ellas fueron las verdaderas forjadoras de la civilización del hacha y el maíz, no por la fuerza bruta, sino por la fuerza de la perseverancia, la inteligencia y el amor.

Este liderazgo femenino, aunque no reconocido con títulos o cargos públicos, era innegable. Surgía en los momentos de crisis, cuando la figura masculina se ausentaba por largos periodos o desaparecía. En ocasiones, cuando la muerte, la guerra o el abandono dejaban a una familia sin su cabeza, eran las mujeres quienes asumían el liderazgo con una firmeza admirable. Sacaban adelante a sus hijos, administraban la parcela, pagaban las deudas y defendían el hogar.

En la memoria oral de los pueblos colonizados, perdura la figura de la "matrona", una mujer respetada y a veces temida por su autoridad y su sabiduría acumulada. Ella era la que tomaba las decisiones difíciles, la que mediaba en los conflictos vecinales y la que ofrecía el consejo infalible. Su poder no se basaba en la fuerza física, sino en el respeto que le profesaban sus semejantes, un respeto ganado a pulso a través de años de trabajo duro y de un profundo conocimiento de la vida en la colonia.

Participaron activamente en la organización de la vida comunitaria, utilizando su capacidad para tejer lazos y cuidar de los más vulnerables, cualidades fundamentales en contextos de aislamiento y precariedad. Organizaban las mingas, las reuniones de trueque, las fiestas patronales y los rituales religiosos populares, que eran el alma social de los nuevos pueblos. Su liderazgo era un liderazgo de cuidado, de construcción de puentes, de tejido social.

No podemos hablar de la mujer en la colonización sin reconocer el papel crucial de las mujeres indígenas y afrodescendientes. Ellas enfrentaron una doble opresión, una resistencia doble, que añade una dimensión extra de heroicidad a su contribución. Sometidas a la esclavitud, a la explotación y al despojo de sus territorios, sus cuerpos y su cultura se convirtieron en el campo de batalla de la dominación colonial. Sin embargo, resistieron. Preservaron sus lenguas, sus tradiciones y su dignidad.

Su aporte a la cultura y la economía regional es incalculable, aunque pocas veces reconocido por la historia oficial. Fueron ellas, en gran medida, quienes enseñaron a los colonos blancos las técnicas agrícolas más efectivas para la zona cafetera, quienes aportaron variedades de maíz y otros cultivos, y quienes enriquecieron la gastronomía y la música local con sus sabores y ritmos ancestrales. Su resistencia no fue solo física, sino también cultural. Al mantener viva su identidad en medio de un sistema que la ignoraba o la denigraba, ellas forjaron un componente esencial de la identidad multicultural del Eje Cafetero.

El patriarcado que las rodeaba era una cadena pesada. La sociedad antioqueña de la época estaba marcada por un fuerte machismo, donde la autoridad masculina era incuestionable y la mujer era valorada en función de su relación con los hombres: hija de, esposa de, madre de. La virginidad y la fidelidad eran exigencias morales impuestas con rigor, mientras que cualquier desviación era castigada socialmente. La Iglesia católica jugó un papel central en la consolidación de estas normas, promoviendo la sumisión femenina y regulando estrictamente la sexualidad y la reproducción.

A pesar de estas cadenas, la realidad cotidiana era mucho más compleja. Muchas mujeres encontraron formas de negociar su lugar en la sociedad, de resistir y de desafiar las normas establecidas. Las redes de parentesco femenino fueron clave para la supervivencia y el bienestar de las familias, creando un espacio de autonomía y apoyo mutuo fuera del control masculino. Fueron, en última instancia, las verdaderas sembradoras de vida y de futuro, las que con su trabajo silencioso y su fuerza indomable, construyeron el verdadero corazón palpitante de una sociedad en construcción.

Ellas demostraron que el liderazgo no siempre se ejerce desde un púlpito o un cabildo, sino desde la cocina, desde el fogón, desde la crianza, desde la solidaridad. Su poder era invisible para

los cronistas, pero evidente para quienes vivían bajo su cuidado. Y ese poder silencioso fue el que sostuvo la colonización, el que dio forma a los pueblos, el que sembró la esperanza en medio de la incertidumbre.

Raíz Profunda: Legado, Esperanza y Futuro

Al poner fin a este homenaje, no cerramos un capítulo del pasado, sino que abrimos una ventana hacia el presente. Porque el legado de nuestras abuelas fundadoras no es una reliquia en un museo; es una corriente viva que fluye a través de nuestras venas, que da forma a nuestra identidad y que nos ofrece la fuerza para enfrentar el futuro. Reconocer su papel no es solo un acto de justicia histórica, sino también una forma de comprender la hondura humana de ese proceso que transformó el occidente colombiano y forjó la identidad de una región.

Hoy, al recorrer los caminos de Antioquia y sus tierras hermanas, Caldas, Quindío y Risaralda, resuena el eco de sus pasos, el murmullo de sus cantos y la calidez de sus fogones. Sentimos su presencia en el aroma del café recién molido, que nació de la tierra que sus manos prepararon, y en el sonido de los bambucos que todavía llenan las plazas durante las festividades patronales, heredando el alma que ellas pusieron en cada melodía. Somos el fruto de su lucha, de su sacrificio y de su inmenso amor. Son la raíz profunda de la identidad y la esperanza antioqueña.

El legado de estas mujeres es multifacético y perdurable. Primero, está el legado de la resistencia. No fue una resistencia de armas, sino de espíritu. Fueron capaces de crear un hogar en medio de la selva, de encontrar la belleza en la simplicidad, y de construir una comunidad a partir de la ayuda mutua. Enseñaron que la verdadera fuerza no reside en la dominación, sino en la capacidad de cuidar, de criar, de sanar y de construir. Su ejemplo nos recuerda que la civilización no se mide por el tamaño de los ejércitos o la extensión de los territorios conquistados, sino por la calidad de la vida que se construye en ellos. Fueron las primeras en entender que la tierra no se domina, sino que se ama y se dialoga con ella.

En segundo lugar, está el legado económico. Ellas demostraron que la economía no tiene por qué ser solo un juego de poder y acumulación, sino que puede ser un ejercicio de cooperación y autoabastecimiento. Sus redes de trueque y sus economías domésticas sostenibles son modelos inspiradores en un mundo cada

vez más globalizado y extractivista. Nos enseñaron a valorar el trabajo manual, a apreciar la belleza de lo hecho a mano y a entender que la verdadera riqueza no está en el capital, sino en la capacidad de generar vida y bienestar para uno mismo y para los demás.

Finalmente, y quizás lo más importante, está el legado de la memoria y la cultura. Gracias a ellas, nuestra cultura no se ha borrado. Las canciones, los cuentos, las recetas, las costumbres y las fiestas que hoy celebramos son un testamento vivo de su tenacidad. Ellas fueron las principales transmisoras de la cultura, la lengua y la memoria a las nuevas generaciones. A través de los cuentos, las canciones, los rezos y las leyendas, les enseñaron a nuestros padres y abuelos el valor del trabajo, la importancia de la solidaridad y el profundo sentido de pertenencia a esta tierra que conquistaron con tanto amor.

Hoy, la memoria de las mujeres en la colonización sigue siendo un campo de disputa, pero gracias a los estudios de género y a la historiografía feminista, sus voces comienzan a ser escuchadas, sus aportes visibilizados y sus historias contadas de una manera más completa y equitativa. Honrar su memoria es reconocer que la historia no se construye solo con gestas heroicas y conquistas militares, sino también con el esfuerzo cotidiano, la ternura, la solidaridad y el inmenso poder del cuidado.

La colonización antioqueña fue, ante todo, una epopeya colectiva, un tejido donde hilos de diferentes colores —indígenas, mestizos, afrodescendientes, blancos— se entrelazaron para formar una nueva tela. Y los hilos más sutiles, los más invisibles a simple vista, pero que sostienen toda la estructura, fueron los hilos que ellas tejieron con sus manos y sus corazones.

Abuelas, madres, colonas: ustedes son canto y raíz. Son la esperanza que florece en cada fogón, en cada tejido, en cada canción. Gracias por enseñarnos que la verdadera conquista no fue de tierras, sino de humanidad. Gracias por recordarnos que la civilización se construye con amor.

Hoy, sus nietos y nietas nos inclinamos ante ustedes. Porque en la fibra de nuestro ser late su corazón palpitante. Porque ustedes son la raíz profunda de nuestra identidad y la esperanza que nos sostiene.

La arquitectura de tabla parada
En la colonización antioqueña en Colombia

La colonización antioqueña es un proceso histórico que transformó el paisaje del occidente colombiano durante los siglos XIX y XX. Este fenómeno no solo definió la configuración demográfica y social de regiones como el Eje Cafetero, sino que también dejó un legado arquitectónico único que aún se conserva en muchos pueblos y ciudades. Uno de los elementos más destacados de este



Entre montañas cubiertas de neblina se alza esta casa de tabla parada, pintada en tonos vibrantes que celebran la tradición. Sus balcones rebosan flores que caen como cascadas de color, mientras el jardín enmarca la entrada con armonía natural. Es un refugio andino donde arquitectura, paisaje y memoria conviven en perfecta serenidad. Fotoografia AI

legado es la arquitectura de "tabla parada", una técnica constructiva que caracterizó las edificaciones rurales y urbanas durante la expansión colonizadora de los antioqueños.

La arquitectura de tabla parada refleja una adaptación a las condiciones geográficas, climáticas y económicas del territorio colonizado. Este estilo, que tuvo su auge durante el apogeo de la economía cafetera, combina elementos europeos y locales, y se ajusta a las necesidades y recursos disponibles de los colonos. En este ensayo, se explorarán los orígenes, características, distribución y legado de la arquitectura de tabla parada en el contexto de la colonización antioqueña, destacando su importancia en la identidad cultural y arquitectónica de Colombia.

Orígenes de la colonización antioqueña y la necesidad de nuevas soluciones constructivas

La colonización antioqueña comenzó a mediados del siglo XIX, cuando familias campesinas de la región de Antioquia comenzaron a migrar hacia el sur y occidente del país en busca de tierras fértiles. Estos colonos enfrentaban terrenos montañosos, densas selvas y climas variables, por lo que se vieron en la necesidad de adaptar sus técnicas constructivas para satisfacer las exigencias de un entorno desafiante.

Inicialmente, los colonos utilizaron las técnicas tradicionales de construcción con barro y bahareque, que eran comunes en Antioquia y otras regiones de Colombia. Sin embargo, estas técnicas tenían limitaciones frente a las condiciones ambientales de las nuevas tierras. En respuesta a estos desafíos, surgió la arquitectura de tabla parada como una solución práctica y eficiente.

La "tabla parada" es una técnica que utiliza tablones de madera colocados de manera vertical para formar las paredes de las edificaciones. Este estilo se ajustaba bien a las características del terreno y a la disponibilidad de recursos en las regiones colonizadas. Las selvas y bosques proporcionaban abundante madera, que se convirtió en el principal material de construcción. A su vez, el diseño vertical facilitaba la construcción rápida y duradera de viviendas en las áreas rurales y urbanas.

Características de la arquitectura de tabla parada

Una de las principales características de la arquitectura de tabla parada es el uso de tablones de madera alineados ver-

ticalmente para formar las paredes exteriores de las viviendas. A diferencia del bahareque, que requiere una estructura interna de madera y un recubrimiento de barro, la tabla parada utiliza los tablones como elementos estructurales y como revestimiento al mismo tiempo.

1. Madera local y su adaptabilidad: La madera, proveniente de árboles nativos como el cedro, el nogal y el roble, era ampliamente disponible en las zonas colonizadas. Los colonos seleccionaban cuidadosamente las especies que ofrecían mayor resistencia a la humedad, los insectos y las variaciones climáticas. Estos tablones, de hasta varios centímetros de grosor, proporcionaban estabilidad y protección, además de ser un material relativamente fácil de manipular.

2. Diseño modular y funcional: Las casas construidas con tabla parada presentaban un diseño modular, lo que permitía a los colonos ampliar o modificar las edificaciones según las necesidades familiares o económicas. El interior de las casas solía estar dividido en varias habitaciones que se distribuían alrededor de una sala principal o un corredor, un espacio común donde las familias realizaban diversas actividades cotidianas. Los techos a dos aguas y las ventanas amplias ayudaban a ventilar las casas en climas cálidos, mientras que las pequeñas terrazas o corredores cubiertos ofrecían protección contra la lluvia y el sol.

3. Estética sencilla pero simbólica: Aunque la arquitectura de tabla parada se caracteriza por su funcionalidad y economía, muchas edificaciones reflejaban el ingenio y la creatividad de los colonos. Las fachadas de las casas a menudo eran pintadas de colores vivos, en un intento por replicar la belleza y el colorido del entorno natural. Los balcones, ventanas y puertas a menudo presentaban detalles ornamentales, con tallas simples pero simbólicas que hacían eco de las tradiciones antioqueñas.

El papel de la arquitectura de tabla parada en la configuración urbana

La arquitectura de tabla parada no solo fue un fenómeno rural, sino que también influyó en el desarrollo de los nuevos centros urbanos que surgieron durante la colonización antioqueña. A medida que los colonos se asentaban y formaban pueblos y ciudades, la necesidad de construir rápidamente viviendas, iglesias, almacenes y edificios públicos llevó a la adopción de esta técnica en los espacios urbanos.

Los pueblos que surgieron como resultado de la colonización antioqueña se caracterizaron por un patrón urbano organizado, con una plaza central rodeada por las principales instituciones religiosas, comerciales y gubernamentales. Alrededor de esta plaza, las casas construidas con tabla parada formaban un paisaje arquitectónico homogéneo que unía a la comunidad. Aunque muchas de estas edificaciones han sido sustituidas por construcciones modernas, algunas siguen en pie y son testimonio del legado de la colonización.

Uno de los aspectos más notables de la arquitectura de tabla parada en el contexto urbano fue su capacidad para integrar elementos de modernización, como el uso de vidrio en las ventanas o la incorporación de aleros y techos de teja, que mejoraban la funcionalidad y la estética de las edificaciones. Estas adaptaciones no solo mejoraron la calidad de vida de los habitantes, sino que también demostraron la capacidad de los colonos para fusionar tradición e innovación.

La sostenibilidad de la arquitectura de tabla parada y su relación con el entorno

Uno de los aspectos más notables de la arquitectura de tabla parada es su sostenibilidad. La dependencia de materiales locales, como la madera, permitía a los colonos construir de manera eficiente sin recurrir a recursos costosos o difíciles de obtener. Además, la madera es un material renovable, lo que contribuyó a una relación más armoniosa entre la arquitectura y el entorno natural.

Sin embargo, el uso extensivo de la madera también planteaba desafíos ambientales. A medida que aumentaba la demanda de madera para la construcción, los bosques locales comenzaron a sufrir la presión de la tala excesiva. Aunque la arquitectura de tabla parada aprovechaba un recurso natural abundante, la falta de prácticas de manejo forestal sostenible llevó a la deforestación en algunas áreas.

A pesar de estos desafíos, la arquitectura de tabla parada sigue siendo un ejemplo de cómo las comunidades pueden adaptarse a su entorno utilizando materiales disponibles localmente. En un momento en que la sostenibilidad es una preocupación global, el estudio de esta técnica constructiva ofrece lecciones valiosas sobre cómo equilibrar las necesidades humanas con la protección del medio ambiente.

El legado de la arquitectura de tabla parada en la actualidad

Aunque la arquitectura de tabla parada ha sido en gran parte reemplazada por técnicas modernas de construcción, su legado persiste en muchas regiones de Colombia. En pueblos como Salamina, San Félix, Marulanda, Murillo, Aguadas, Jericó, y otros municipios del Eje Cafetero, aún se pueden encontrar casas, iglesias y edificios públicos construidos con esta técnica. Estas edificaciones no solo son valoradas por su belleza estética, sino también por su valor histórico y cultural.

En las últimas décadas, ha habido un creciente interés por preservar y restaurar las construcciones de tabla parada. El reconocimiento de su importancia patrimonial ha llevado a iniciativas de conservación que buscan mantener estas edificaciones como testimonio de la colonización antioqueña y como parte integral de la identidad cultural de la región.

Además, el estilo arquitectónico de tabla parada ha influido en la arquitectura contemporánea en algunas áreas rurales y urbanas de Colombia. Algunos arquitectos y diseñadores han retomado elementos de esta técnica para crear edificaciones que combinan lo tradicional con lo moderno, utilizando materiales locales y sostenibles.

La arquitectura de tabla parada es un testimonio tangible del ingenio, la adaptabilidad y el espíritu emprendedor de los colonos antioqueños durante el proceso de expansión territorial en Colombia. Esta técnica, que surgió como una respuesta a las necesidades de los colonos en un entorno geográfico y climático desafiante, no solo permitió la creación de viviendas funcionales y duraderas, sino que también contribuyó a la formación de una identidad arquitectónica y cultural que perdura hasta nuestros días.

Aunque el avance de la modernidad ha desplazado en gran medida a la arquitectura de tabla parada, su legado continúa vivo en los paisajes rurales y urbanos de Colombia. Las casas de tabla parada, con sus colores vibrantes y su estructura sencilla pero ingeniosa, siguen siendo un símbolo de la historia y la tradición de la región. Además, su enfoque en el uso de materiales locales y renovables ofrece lecciones valiosas para los desafíos actuales en torno a la sostenibilidad y la relación entre la arquitectura y el medio ambiente.

En última instancia, la arquitectura de tabla parada representa mucho más que una simple técnica constructiva; es una expresión de la historia de resistencia, adaptación y creatividad de un pueblo que, a través de su arquitectura, forjó una nueva vida en los territorios inhóspitos del occidente colombiano.

La Construcciones en Tabla Parada en San Félix - Caldas

El corregimiento de San Félix está situado en una zona montañosa con un clima templado y lluvioso, lo que ha influido en la forma en que se construyen las casas. Las viviendas de tabla parada están adaptadas a las condiciones climáticas locales, aprovechando la madera como un material que ofrece una excelente respuesta a la humedad y las variaciones de temperatura. Los amplios corredores y los ventanales grandes permiten una ventilación cruzada eficiente, lo que contribuye a mantener las casas frescas durante el día y evitar la acumulación de humedad en el interior.

La ubicación de San Félix, a una altitud de aproximadamente 1,800 metros sobre el nivel del mar, también ha favorecido el uso de techos altos y pendientes pronunciadas, que ayudan a evitar que el agua de las lluvias se acumule. Este diseño, además, mejora el aislamiento térmico, manteniendo las casas cálidas durante las noches frescas.

San Félix es un lugar donde la arquitectura tradicional sigue desempeñando un papel crucial en la identidad cultural de la comunidad. Las casas de tabla parada no solo son parte del paisaje urbano y rural, sino que también representan la historia y la cultura de los colonos antioqueños que llegaron a esta región durante el siglo XIX.

En las últimas décadas, ha habido un renovado interés por conservar y restaurar estas construcciones como parte del patrimonio cultural de Caldas. San Félix ha sido identificado como uno de los corregimientos donde se ha preservado mejor este estilo arquitectónico, y varias de sus edificaciones han sido objeto de programas de restauración. Este esfuerzo por preservar las casas de tabla parada ha sido impulsado tanto por la comunidad local como por organizaciones culturales que buscan mantener vivas las tradiciones de la colonización antioqueña.

A pesar de su importancia cultural y patrimonial, las casas de tabla parada en San Félix enfrentan varios desafíos. Uno de

los principales problemas es el deterioro de la madera, que, aunque resistente, puede verse afectada por la humedad, los insectos y la falta de mantenimiento adecuado. La conservación de estas viviendas requiere no solo una inversión económica, sino también el acceso a mano de obra especializada en técnicas tradicionales de construcción y restauración de madera.

Otro desafío es el cambio en las dinámicas económicas y sociales de la región. Con la modernización de la construcción y la migración de las nuevas generaciones hacia las ciudades, muchas de las casas tradicionales han sido abandonadas o reemplazadas por construcciones más modernas. Este fenómeno pone en riesgo la continuidad del legado arquitectónico de tabla parada.
No obstante, algunos habitantes de San Félix están tomando medidas para proteger y restaurar estas casas. Existen iniciativas comunitarias para fomentar la preservación de las viviendas tradicionales y promover el turismo cultural como una fuente de ingresos que pueda sostener los esfuerzos de conservación. El corregimiento ha comenzado a atraer a visitantes que buscan experimentar la autenticidad de los pueblos coloniales y aprender sobre la historia de la región.

Las casas de tabla parada en San Félix, Caldas, son un valioso testimonio de la historia de la colonización antioqueña y de la capacidad de los colonos para adaptarse a las condiciones ambientales de la región. Estas viviendas, construidas con materiales locales y técnicas sencillas, representan no solo una solución práctica a las necesidades habitacionales de los colonos, sino también un importante patrimonio cultural que sigue siendo parte integral de la identidad de la comunidad.

Aunque enfrentan desafíos en términos de conservación y sostenibilidad, las casas de tabla parada en San Félix siguen siendo un símbolo de la resiliencia y el ingenio de sus habitantes. Los esfuerzos por restaurar y preservar estas edificaciones son cruciales para asegurar que este legado arquitectónico continúe siendo apreciado por las futuras generaciones y siga contribuyendo a la rica diversidad cultural de Colombia.

La arquitectura de tabla parada en San Félix no es solo una parte de la historia local, sino también una conexión viva con las tradiciones que han moldeado la identidad del corregimiento y de la región de Caldas en su conjunto.

El Final

Esa distancia que separa a Salamina de la Patagonia no puede medirse en kilómetros. Se mide en nostalgias, en silencios largos frente al viento del sur, en madrugadas frías a orillas del río Limay cuando la memoria se vuelve más fuerte que la geografía. Este libro nació allí, en ese confín austral del mundo, donde el paisaje es imponente y el horizonte parece no tener límites, pero donde mi corazón ha permanecido siempre anclado en Colombia.

Escribí estas crónicas desde la lejanía, pero nunca desde el olvido. Cada página fue un puente tendido entre dos tierras: la que me acoge y la que me dio identidad. Mientras el viento patagónico golpeaba las ventanas y el agua del Limay seguía su curso incesante, yo regresaba una y otra vez a las calles empedradas de San Félix, a su plaza viva, a sus montañas verdes y a las voces que aún resuenan en mi memoria.

La distancia tiene una virtud secreta: obliga a mirar con mayor claridad. Desde aquí, desde este extremo austral, Colombia no es solo un territorio; es una emoción permanente. Es infancia, es historia, es raíz. Es el eco de los antepasados, el rumor de los cafetales, el tañido de campanas que marcan no solo las horas, sino la pertenencia.

En estas crónicas quise rescatar lo que el tiempo amenaza con desdibujar. No escribí para idealizar el pasado, sino para dialogar con él. Porque la memoria no es un museo inmóvil; es una corriente viva que nos atraviesa. Salamina —con su arquitectura, su temple, su vocación cultural— no es únicamente un escenario físico: es una forma de entender el mundo, una ética heredada, una sensibilidad que se transmite sin necesidad de discursos.

A orillas del Limay comprendí que la patria no siempre coincide con el lugar donde uno está, sino con el lugar que uno lleva dentro. Mientras contemplaba las aguas frías y transparentes del río patagónico, pensaba en los ríos colombianos, en su fuerza tropical, en su música distinta. Y en esa comparación inevitable descubrí que

el exilio voluntario no es ruptura, sino transformación. Se aprende a mirar desde lejos y, en esa mirada, el amor se vuelve más consciente.

Este libro es, en el fondo, una conversación con Colombia. Una conversación hecha de recuerdos, de nombres propios, de episodios que quizás para otros sean pequeños, pero que para mí contienen el pulso entero de una comunidad. Escribir fue mi manera de no desprenderme, de seguir participando, de seguir perteneciendo.

Muchas veces, mientras redactaba estas páginas, sentí que el viento austral traía consigo voces del pasado. La voz de los mayores contando historias al caer la tarde, la voz de los líderes que soñaron un pueblo mejor, la voz de la gente sencilla que construyó con trabajo y dignidad la identidad de Salamina. Desde esta lejana Patagonia, cada palabra fue un acto de regreso.

No ha sido un ejercicio exento de melancolía. Hay una tristeza suave que acompaña al que escribe desde lejos. Una conciencia permanente de lo que no se ve a diario: los cambios en las calles, los nuevos rostros en la plaza, los niños que crecen sin que uno advierta su transformación. Pero también hay una certeza luminosa: el amor verdadero por la patria no depende de la proximidad física, sino de la fidelidad interior.

Colombia ha sido en estas páginas más que un recuerdo; ha sido interlocutora. Le he hablado en silencio, le he preguntado por su destino, por sus heridas, por sus esperanzas. Y también le he ofrecido lo único que puedo dar desde aquí: palabras. Palabras que intentan honrar su complejidad, su belleza y sus contradicciones.

Escribir desde el sur del mundo sobre el norte del corazón es un acto de resistencia contra el olvido. Es afirmar que la identidad no se diluye con la distancia. Que uno puede habitar otros cielos sin renunciar al propio. Que la patria no es una frontera, sino una memoria compartida.

A orillas del Limay aprendí que los ríos, aunque distintos, comparten una misma vocación: avanzar. Así también la historia. Así también la vida. Salamina y Colombia continúan su curso, enfrentando desafíos, reinventándose, soñando. Yo, desde aquí, he querido acompañar ese movimiento con la palabra escrita, como quien envía una carta larga y sentida a la casa que dejó atrás, pero que nunca abandonó del todo.

Si estas crónicas logran despertar en alguien el deseo de mirar su propio pueblo con más atención, de escuchar a sus mayores, de valorar la historia que lo precede, entonces habrán cumplido su propósito. Porque recordar no es quedarse en el pasado, sino fortalecer el porvenir.

Cierro este libro con gratitud. Gratitud por la tierra que me vio nacer y por la que hoy me cobija. Gratitud por la memoria que insiste y por la escritura que permite tender puentes invisibles. Desde esta lejana Patagonia, bajo el cielo amplio y el viento persistente, reafirmo lo que cada página ha querido decir: mi corazón sigue latiendo al ritmo de Colombia.

Y mientras el Limay continúa su curso hacia el mar, mis palabras regresan, una y otra vez, a la patria querida.